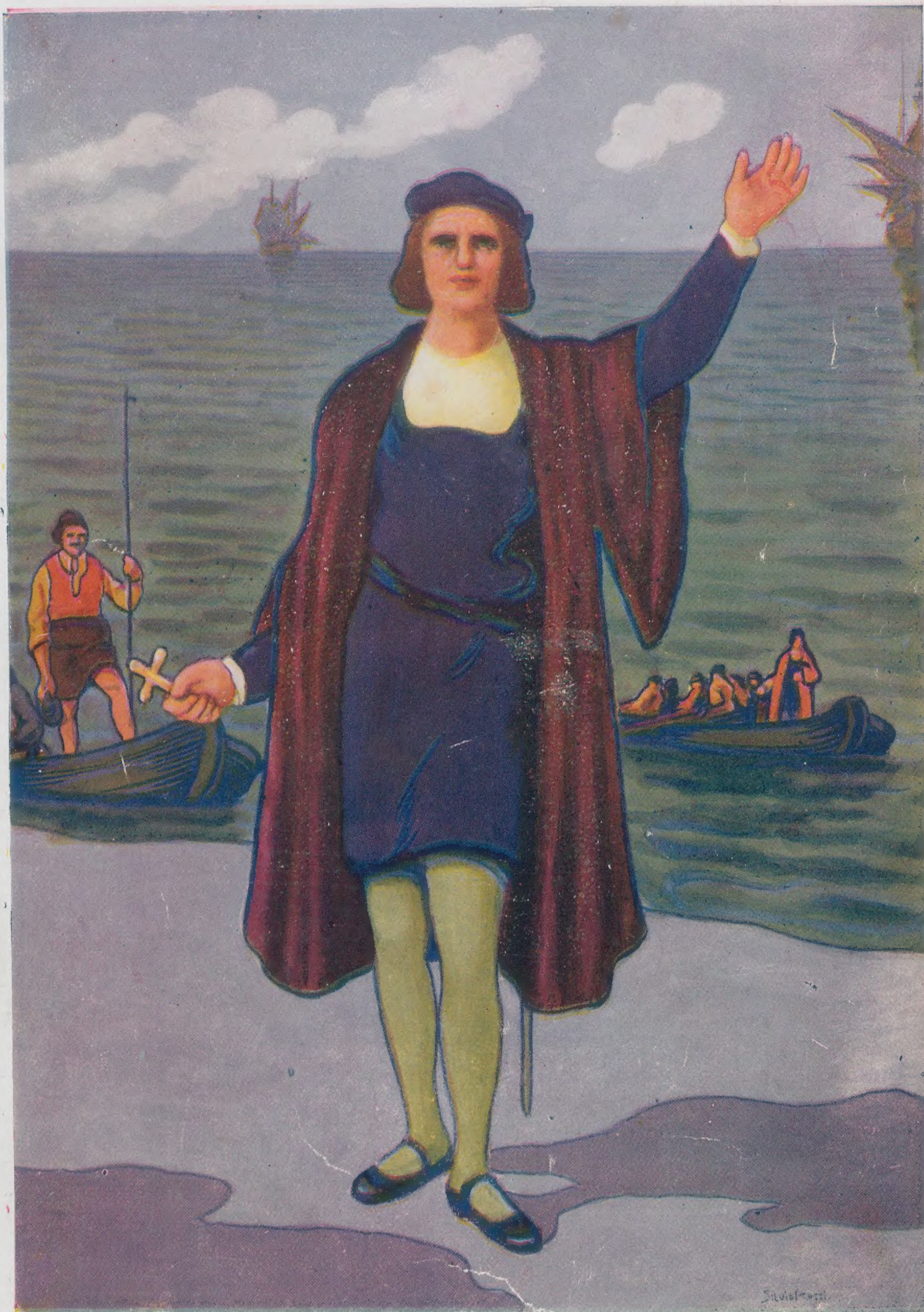
Fray Mocho
REVISTA SEMANAL



1492 = 12 de Octubre = 1927
Por Silvio Rossi

N.° 807

FRAY MOCHO

Fundado el 3 de Mayo de 1912. Redaccion y Administración. BOLIVAR 879

Año XVI Buenos Aires, octubre 11 de 1927 N.° 807

De todas partes, por Rojas

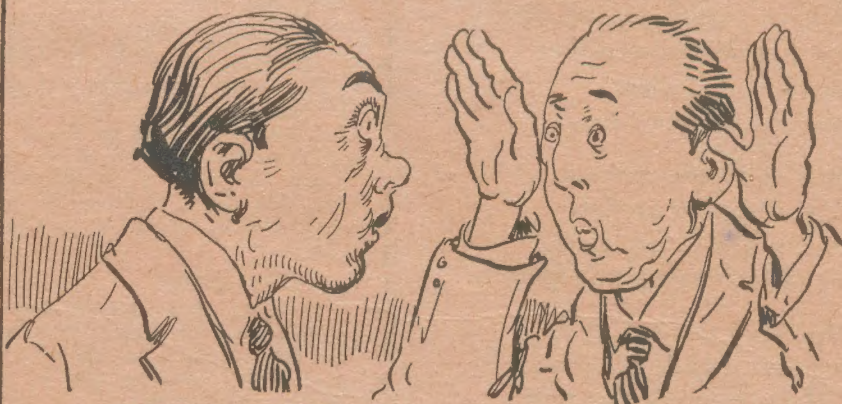




—Jugaremos al ajedrez, al tute, al monte, a la guitarrita, a los caballitos...
—Vea, tengo miedo de que nos cache la policía. Mejor será que juguemos al asalto.
—Tiene usted razón; así estaremos más seguros.

—Nada menos que tres mil aeroplanos va a tener Rusia. ¿Qué dirán ahora las naciones europeas?

—Pues dirán... que hay que cortarle las alas.



—En París, a un ladrón que se le tenía por aviador, lo sorprendieron robando varios objetos de plata.
—¿Y cómo se dieron cuenta de que el ratero era aviador?
—Porque los objetos volaban que era un gusto.



—En China se han presentado complicaciones bélicas entre el mariscal Chan-Tso-Ling y Feng-Tien quienes atacaban a Yen-Shu-Shan de Shausi a lo largo de Pekín. Por eso Chan-Tso-Ling y Yen-Shu-Shan no se entienden con Feng-Tien.
—Y si continúa usted hablando así, yo tampoco lo entenderé.



—Unas cuarenta personas han sido detenidas en España por conspirar contra Primo de Rivera. Parece que éste dijo que a él nadie le puede acusar de ningún mal manejo político, pues antes que todo es patriota.
—Y las personas detenidas ¿le acusaron todas?
—Sí, señor; le acusaron las cuarenta.

LA PRUEBA

Por Leo Dartey

Con el busto inclinado hacia adelante y las rodillas temblorosas, Evelina crispaba sus manos sobre las hojas de papel abiertas ante sus ojos.

Una por una volvió a leer, con gestos de desesperación las cartas perfumadas que se agitaban entre sus temblorosos dedos. Después las arrojó lejos con un ademán de horror, se dejó caer sobre una silla ante el fuego y allí permaneció postrada.

¡A pesar del calor que despedía la chimenea y del chal con que se abrigaba los hombros y la espalda temblaba, con un frío doloroso!

Sus miembros helados, de los que parecía haberse retirado la sangre, se agitaban en espasmos convulsivos, y su cabeza, por el contrario, estaba ardorosa y febril. Llevó la mano a la frente y se sobresaltó al contacto de su frialdad mortal, y se puso a temblar.

—Tengo frío!... Tengo frío... frío!

Temblaba así, sin cesar, desde por la mañana, desde que había descubierto entre el correo comercial de su marido, postrado súbitamente por una fiebre maligna, aquellas odiosas cartas de traición y de vergüenza.

¡Era ese su bello y ciego amor! ¡La más baja de las traiciones, la inmunda ligereza del hombre fácil, sin escrúpulos! ¡Tres mujeres! ¡Tres mujeres le escribían al mismo tiempo, casi con las mismas palabras! ¡Tres mujeres!

Temblaba cada vez más, apretada contra el fuego, y por un momento debió sujetar su mentón con las manos para impedir que les castañetearan los dientes. Su hija, de cuatro años, jugaba en un rincón, prudente y tranquila, como los niños que sienten vagamente, rodar la desgracia en la casa y que se tornan silenciosos para pasar desapercibidos.

¡Su hijita! Evelina tuvo un doloroso escalofrío al posar sus ojos sobre la cabecita rubia. La noche antes, cuando su padre se había puesto enfermo, ella temió de ver a su hija huérfana! ¡Pobrecilla! Esta amenaza no era nada comparada con la que ahora pesaba sobre su cabeza.

Pobre niña, humillada por el crimen del padre, que no vacilaba en besarla al volver por la noche después de las traiciones abominables.

Un odio rencoroso invadió ahora a la joven, después del estupor de los primeros momentos que habían seguido al descubrimiento. Hubiera querido poder gritar al miserable, su desprecio, y arrojarlo de su vida para siempre.

Pero no podía. ¡El estaba en la habitación inmediata, moribundo, inconsciente, en pleno delirio! ¿Qué hacer contra él?

El doctor al marcharse aquella mañana, no había ocultado sus temores y había recetado una posición en estos términos.

—Esto, "solamente" esto, puede salvarlo, y su curación, señora, depende de la regularidad con que usted le administre el remedio. "Exactamente" cada hora. De otro modo yo no respondo de nada.

Y media loca, con los ojos desorbitados, escuchaba la respiración ardorosa de la fiebre que llegaba hasta sus oídos desde la habitación contigua.

No podía hacer nada, nada, para satisfacer su resentimiento y su dolor... Nada más que cuidarlo... ¡Que ironía! ¡Para ponerlo bien y en condiciones de volver a dedicarse a aquellas o a otras mujeres!

Porque sabía, estaba segura de que ningún reproche, ningún remordimiento podrían remediar la vida de aquel hombre a quien de pronto la odiosa correspondencia la revelaba como injusto de ser adorado y colocado por encima de todas las cosas.

—¡Estaba irremediablemente perdido para ella! ¡Sabía que no podía intentar nada! Enemiga del divorcio, quedaría dolorosa y resignada, en el lugar de su deber, loca de angustia y de rebeldía, y veía la larga, la interminable fila de los días que le quedaban por vivir al lado del perjuro.

El abandono, la soledad, las escenas terribles, la ruina, sin duda... ¡Acaso un día, los golpes!... Y las traiciones renovadas... Y nunca una esperanza de vida mejor, nunca un momento de felicidad. Su vida estaba condenada para siempre...

Pero de pronto se irguió ferozmente. ¡No: era una cobardía admitir eso; no, no debía admitirlo! Era preciso vengarse, libertarse. No importaba como. ¡Sí, no importaba como!

Las llamas, que reflejaban un rojo sangriento sobre su cara y sus manos, habían hecho afluir la sangre a sus sienes.

En el cuarto vecino la fiebre subía, y sin embargo era ella la que deliraba.

Sí. Se vengaría. Se libertaría. No lo cuidaría para devolverlo a los amores culpables. ¡Oh! Se reiría, si no de ella, con aquellas mujeres!...

Sus nombres la quemaban los labios al pronunciarlos... Clara... Olga... Pura... Mordía el pañuelo, hincando en él los dientes para no gritar, dominada por los celos.

Y lentamente, lúgubremente el reloj dió las cinco. Ella reprimió el impulso que la arrojaba hacia la poción salvadora.

—¡No! ¡No se la daré! No lo salvaré.! Sería demasiado...

¡Era bonita y fácil aquella venganza! ¡Sin riesgo ninguno! no cuidar, dejar extinguirse aquella llama de vida vacilante y reconquistar así la libertad, el más preciado bien de la juventud.

Se volvió a sentar y tembló más fuerte.

—¡Laurita, Olga, Clara!...

La llama danzaba más roja sobre las manos crispadas de la infeliz. De pronto las vió y gritó, con Macbeth.

—¿Sangre? ¿Hay sangre?

Respiró al encontrarlas blancas, fuera del reflejo maldito. Pero solamente eso bastó para hacerla medir bruscamente todo el horror y la abominación de su proyecto.

—¡Criminal! ¡Sangre no!... ¡Pero soy una criminal!

Reaccionó.

—¡No! Criminales son los que se han apoderado de mi felicidad! ¡Criminal el que me ha engañado! ¡Yo estoy en mi derecho de vengarme!

Las agujas del reloj marcaban las cinco y diez... Tuvo que contenerse de nuevo para no levantarse e ir hacia la poción.

A partir de ese instante los minutos se sucedieron suavemente, mientras que la respiración del enfermo se precipitaba al empuje de la fiebre.

Las cinco y cuarto... La hora indicada... Ella miraba el reloj...

De pronto la pequeña, que jugaba tranquila en un rincón, volvió la cabeza. Encontró la mirada de la madre y dulcemente, en un murmullo que delataba la gran preocupación de su corazoncito, dijo, señalando la puerta de la habitación.

—¡Pobre papá!

Entonces, bruscamente, Evelina se enderezó. En la clara mirada de su niña acababa de leer su deber... ¡No mataría! ¡No se vengaría! ¡Perdonaría!

Sí, perdonaría, no al marido, sino al padre. ¡Salvaría al papá de su hijita!

Con ademanes temblorosos, que hacían mover y chocar contra el vaso, la cucharilla, vertió la poción. Y sin fuerzas para terminar el gesto salvador, se lo alargó a la pequeña.

—¡Toma! — la dijo sencillamente. — Lleva esto en seguida a tu padre...

Y se desplomó sobre la silla ocultando el rostro entre las manos y rompiendo a llorar.

PRIMAVERA PORTEÑA

Influjo de la dulce primavera,
que dais el don de Flora y de Pomona:
lirios para la lírica corona,
fresas para la erótica quimera.

Sobre el verde tapiz de la pradera
la fresca hierba el céfiro sazona,
y el canto de los pájaros pregona
la delicia de amar que el mundo espera;

Mientras yo en la ciudad, que es mi destierro,
lejos del campo, sobre asfalto y hierro,
también recibo el don de vuestros hados,

viendo pasar a la gentil doncella
del peplo henchido y de la carne bella:
fresas y lirios por un tul velados.

EL VOTO PROPICIO

Di mi diestra a la oscura ciencia de una Gitana,
y en la fatídica M que troncha un trazo fino,
revelóme el aciago signo de mi destino:
el fatídico signo de una muerte temprana.

Déme esa triste dicha de perecer mañana
la Lívida que acecha mi paso en el camino,
cuando aun mi carne llore por el arte divino.
y arda mi alma en la lumbre de su pasión humana.

Corte el hilo invisible de mi vida su diente,
antes que se marchiten las rosas de mi frente;
mas, concédame, al menos, en mi destino raro,

realizar en el mundo la visión de mis sueños,
que es dejar a otra frente mi corona de ensueños,
y mi amor en el ritmo de un poema preclaro.

RICARDO ROJAS.






El pensamiento y la orientación del Ministro del Interior

Cartera difícil, que reclama atención intensa, inteligencia clara, altura de miras y energías puestas al servicio de postulados altruistas y de equidad firme, es la que ocupa este secretario de Estado.

El doctor José P. Tamborini, médico, que fuera diputado en actuadico, que fuera diputado de actuadel Interior, enterado de que no iba a un puesto sedentario, sino a resolver complicados problemas que diariamente se presentarían a su consideración. Y aceptó la misión tranquilamente, dispuesto a trabajar con serenidad de magistrado imparcial y de criterio ecuánime.

Sin bambolla, silenciosamente, con gentil discreción y exquisito tacto ha desempeñado hasta ahora la función donde tantos hombres han fracasado rotundamente y no por falta de talento e integridad moral.

En estos momentos en que la política nacional se agita como mar turbulento y en que lo de hoy resulta la inversa de mañana, creímos oportuno visitar al digno colaborador del doctor Alvear. Nada trabó nuestro propósito. Argüello, el simpático Argüello, viejo ordenanza del ministerio, más criollo que un palenque de ñandubay nos abre las puertas, diciéndonos con una sonrisita bonachona:

—¡Si habré atendido periodistas desde que estoy acá! ¿Usteder vienen a ver al Ministro, no? El otro día me hicieron un reportaje a mí...

¡Y se contonea gozoso, recordando la interviú de que fué objeto.

De alta talla, reposado, de voz flúida que denota carácter entero y templado en la lucha, el doctor Tamborini, de pie, ante su escritorio, ricamente adornado, en el amplio despacho, que trasunta severidad, con su plácida sonrisa, pone la nota suave, invitando a conversar sin preámbulos ni etiquetas arcaicas.

—Exprésenos algo, doctor, referente a su labor, iniciativas, impresiones personales que recibe a diario.

—La pública notoriedad de la vida de un ministro hace que ésta refleje aspectos menos curiosos que la vida de cualquier otro ciudadano y sea mucho más monótona, por lo mismo que la iluminan los reflectores de la curiosidad, que atisba sus gestos y controla sus actos.

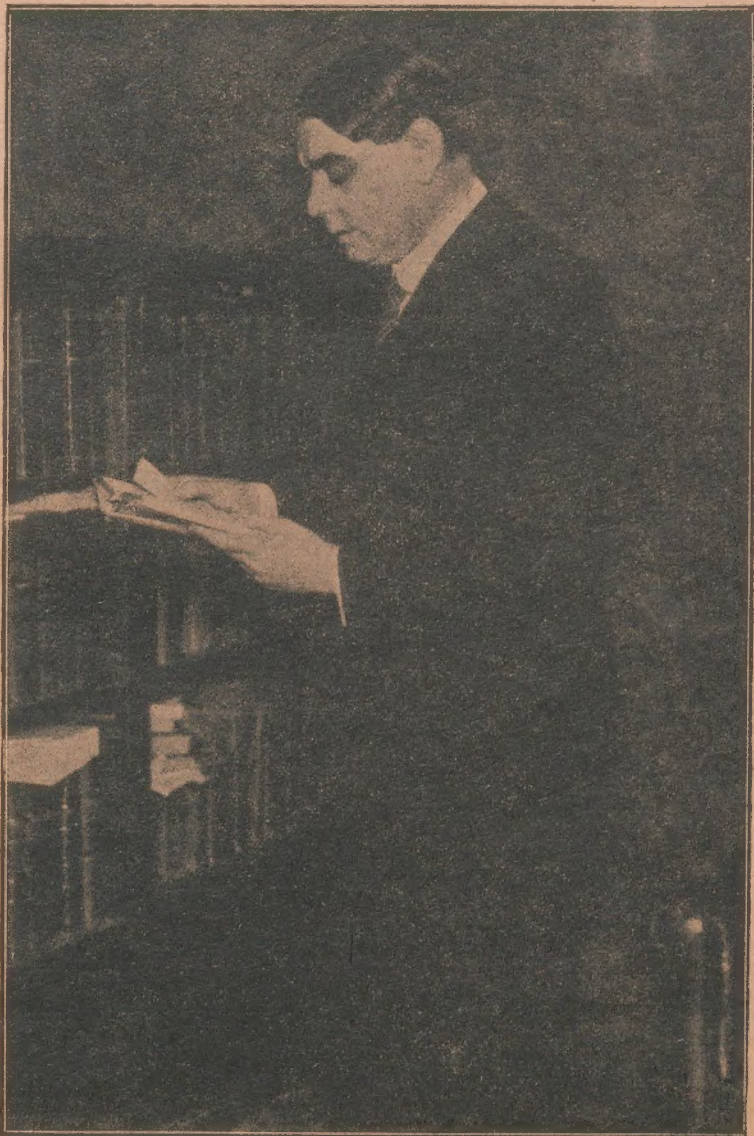
En lo que a mí respecta, debo manifestarle que cumplo las funciones de mi cargo, sin haber variado en nada mis hábitos anteriores al desempeño del Ministerio del Interior. Concurro a mi despacho, con regularidad, para dar solución a las cuestiones de trámite diario y recibir la variada multitud de visitantes de cuya conversación suelo, a veces, recoger sugestiones que dan oportunidad a ejercitar un acto de gobierno o a promover iniciativas de positiva utilidad.

Cuando la rotación casi continua de los asuntos hace un alto en el día, abandono mi despacho para dedicarme a la lectura que sigue siendo, afortunadamente, mi pasión dominante.

—Refiéranos lo más trascendental de su obra.

—Conceptúo, como lo más importante de mi gestión ministerial, el proyecto sobre organización jurídica de los partidos políticos y el código del trabajo.

Pienso que la legislación sobre el primera daría formas específicas a la soberanía popular, creando, al propio tiempo, obligaciones recíprocas a las entidades de aquel carácter para con los ciudadanos que las fomentan y vigorizan.



El Ministro del Interior, doctor José P. Tamborini, consultando un tomo de su biblioteca.

El Ministro del Interior

29 de Septiembre de 1927

La coacción oficial en materia electoral sobre ser un delito es contraproducente.

José P. Tamborini

Autógrafo del doctor Tamborini'

En cuanto al segundo, cuya documentación básica está en manos de una comisión especial de profesores universitarios, tiende a unificar con correcciones fundamentales todo lo que existe sobre esa materia.

—Y ahora permitime que les interrogue yo a mi vez. ¿Qué tal FRAY MOCHO?

—Muy bien, señor ministro; gracias.

Leí el reportaje que Vds. le hicieron a mi colega el titular de Obras Públicas.

—Y qué le pareció?

—Interesante.

Le solicitamos un autógrafo, cuyo contenido, aunque conciso no puede ser más elocuente y necesario en los momentos actuales. Se lo manifestamos. Y el ministro asiente. Entra un empleado cargado de expedientes que previa lectura suscribe rápidamente.

Suena el teléfono. El Presidente desea conversar con él. Nosotros nos despedimos.

—Saludos a FRAY MOCHO, nos expresa, estrechando nuestra diestra.

Roque CEPEDA VERON.

LA MARCA

Por E. F. Bis

Cuando el ingeniero Robles entró en la salita, Irene, invadida por una profunda turbación, se puso de pie, respondió nerviosamente a su saludo y lo hizo sentar. Robles, inquieto, frunció el ceño.

—Irene, ¿ha sucedido algo? En cuanto he recibido su tarjeta, he venido, aunque sin dar mayor importancia a su llamada; pero... ahora que la veo, me parece usted impresionada, alarmada. ¿Qué ha sucedido?

La joven no lo miraba. Había palidecido. Un visible estremecimiento agitaba sus manos.

—Lo que debo decirle es muy grave.

El la miraba sorprendido, mientras ella parecía recogerse en sus pensamientos.

—Cuando usted me propuso hacerme su esposa — prosiguió Irene con esfuerzo, — le confesé que había sido de un hombre a quien amaba locamente... sin que me ligara a él vínculo alguno... Le dije también que ese hombre había partido, abandonándome y que quizá habría muerto... ¿Recuerda?

—Sí, sí... — exclamó. —Pero también me dijo usted que después de haberse enclaustrado durante tantos años, llevando una vida solitaria y tranquila, ahora no era insensible a mi afecto, serio, profundo, constante...

—Y le dije también que no le amaba — murmuró Irene: — que sería para usted una esposa fiel y afectuosa... ¡pero no le amaba!...

Robles estrechó entre las suyas una mano de la joven.

—¡Ah, sí!... Entonces, me dijo eso... Pero yo juré conquistarla, hacerme amar... Y, en todo este tiempo, Irene, creo haberlo conseguido... creo haberle comunicado un poco de mi fuego... ¿Acaso era una ilusión mía? ¿Sus ojos mentían? ¿Me engañaba cuando sentía estremecerse su mano en la mía? ¿Y su rubor era también un engaño, una mentira...

Se levantó, acercóse a ella, conmovido, con los ojos brillantes, llevándose a los labios aquella mano que no había dejado de estrechar y besándola con ardor.

Irene entornó los ojos, estremecida; pero, en seguida se retrajo como asustada, exclamando:

—¡No Robles!... ¿Qué hace? Déjeme...

—Irene...

—Déjeme que calle lo que nunca podré decirle...

—¿Lo que nunca podrá decirme? Explíquese, por caridad...

—Nunca le he dicho quién era aquel hombre ni cuál fué la causa de su abandono... Bastará que le diga su nombre para que lo comprenda todo.

La mirada de Robles, fija en el rostro de ella, tornóse aun más intensa.

—Rogelio Sierra — murmuró Irene lentamente. — Creo que era amigo suyo...

—Rogelio Sierra... Rogelio Sierra... — murmuró Robles, inclinando la cabeza.

Pero sacudióse de pronto y dijo enérgicamente:

—Y bien, ¿qué importa eso? ¿Acaso he podido olvidar por qué razón faltó ese hombre a ese juramento? El pasado no existe. Rogelio puede considerarse muerto. Ya no volverá... ¿Para qué despertar dolorosos recuerdos?...

Irene sonrió con amargura.

—No ha comprendido usted — murmuró; — ha dicho que él no volverá... Pues bien, se engaña; volverá..., ha vuelto...

—¡Cómo! — exclamó Robles, que no podía creer lo que oía. — ¿Ha vuelto Rogelio?

—Sí...

—¿Se ha fugado, entonces?

—Sí... — repitió Irene.

—¡Se ha fugado!... ¡Rogelio se ha fugado! — repitió febril, como si se resistiese a creer la inesperada noticia. — Y bien — replicó luego con energía, — ¿qué importa? Nos casaremos en seguida y él no se atreverá a buscarla. Sólo a mí debe usted darme cuenta de sus acciones y yo la considero mi esposa desde este momento. Apenas nos casemos iremos a establecernos donde usted quiera... Pero ¿por qué llora así?



EL (con el caracol en el oído y sin notar la proximidad del padre). — ¡Es asombroso! Parece que se aproxima una horrible tormenta!

Irene sollozaba penosamente.

—No, no..., no es posible. Estoy ligada a él... Se lo prometí, se lo juré mil veces... Me dijo que volvería... "volveré. Me encierran en una tumba pero sabré salir. Espérame"...

—¡Pero eso es absurdo! — exclamó Robles.

—No, no es absurdo. El ha sabido salir, ha sabido volver.... y lo que le ha dado ese valor ha sido mi pensamiento. Sé que ha vivido por mí, por mí sola, con ese pensamiento fijo, ardiente..., como una llama que no se extingue nunca...

Dominó poco a poco su violenta crisis. Robles, sentado a su lado, la miraba con profunda expresión de tristeza. Ella rompió el silencio.

—Robles — dijo con voz aun conmovida, pero a un mismo tiempo resuelta, — lo he llamado para exponerle mi situación. Nuestro matrimonio es imposible...

—¡Imposible!... — prorrumpió el ingeniero. — ¿Por qué imposible? El no tiene ningún derecho...

—¡Ah, Robles! Ningún derecho material, lo sé... Pero créalo, tiene todos los derechos morales...

De cualquier modo, usted estaba ligada a mí por una promesa...

—Lo sé. Por eso le he llamado. Para suplicarle que me exima de esa promesa. Ya ve que me guía una razón más poderosa que mi voluntad. No sé qué será de mí; quizá un día pueda volver a usted. Y, si soy digna, si no tengo por qué enrojecer ante usted, ni ante mí misma, volveré... Pero hoy es imposible. Olvídeme... ¡Olvídeme para siempre!...

Tenía en sí algo de las almas vencidas.

—Puede creer — agregó aún — que el mejor recuerdo de toda mi vida, el más dulce, el más sereno, será el suyo. ¡Adiós, Robles!...

Le tendió una mano. Como vencido también e incapaz de rebelarse, él la tomó, la estrechó. Luego, con voz conmovida, dijo:

—Tengo la certidumbre de que su sacrificio es inútil, su alma, Irene, es mi alma. Recuerde que la espero... ¡Adiós!...

Estrechó aun débilmente la febril manecita y salió, llevándose consigo un jirón de aquel corazón.

* * *

Esa noche, Irene esperaba presa de febril ansiedad. En sus hoscas pupilas brillaba una vaga llama interna que parecía alimentada de odio y de reproches.

Esperaba impaciente y nerviosa, agitada por un vivo deseo de que aquel momento llegara pronto y no llegara nunca...

Cuando oyó que la puerta de la calle se abría, sintióse desvanecer. Debió apoyarse en una mesita, mientras con una mano se oprimía el corazón. Poco después apareció una figura en el umbral del aposento. Irene la abarcó toda de una ojeada y cerró los ojos, oprimiéndose con fuerza el pecho.

¡Irreconocible!... Aquel hombre tenía los ojos undidos, rodeados de un círculo violáceo, y su nariz parecía mucho más larga y afilada. Inspiraba repugnancia. Flaco, descarnado, encorvado, vestido de obscuro, con un traje demasiado amplio que hacía destacar aun más su delgadez y el lívido color de su rostro huesudo y hundido; calvo, la frente llena de arrugas, escasos cabellos grises... ¡Una ruina! Reinó un silencio prolongado..., penoso...

—Nita... — murmuró él tímidamente, sin moverse.

El antiguo diminutivo la hizo estremecer. Tampoco aquella voz, cascado y ronca, era la suya. Abrió los ojos y lo miró de nuevo.

Un viejo... ¡Era un viejo! Aquel rostro rugoso se contrajo en una especie de sonrisa, triste, alelada.

—Nita — repitió, avanzando un paso, — soy yo... He cambiado mucho, pero soy yo...

La miraba con los labios entreabiertos, como si persistiese en la sonrisa; pero, poco a poco, sus ojos asumieron tal expresión de tristeza y de amargura, que aquella sonrisa forzada, convirtióse en una mueca dolorosa. Irene sintió pena.

—Rogelio — dijo dominando su repugnancia y yendo a su encuentro.

Le tendió las manos, pero Rogelio retrocedió.

—Deja — exclamó, — deja... Te habituarás poco a poco... Todo vendrá por sí solo...

Irene lo miraba sorprendida y muda; entonces, el rostro del presidiario se animó de nuevo.

—No me reconoces, ¿verdad? — dijo con acento grave. — Tienes razón. En la cárcel se envejece pronto. Han transcurrido ocho años... y el tiempo mata muchas cosas... ¿Sabes qué se hace allí dentro, en las largas e interminables horas de ocio?... Se piensa, se aprende a pensar. ¿Y sabes en qué pensaba yo? En ti... nada más que en ti. Sólo me sostenía la esperanza de volver a verte... Creía que me esperarías anhelante, como me esperabas antes, todas las noches, con el deseo acicateado por la larga separación... y que en seguida me echarías los brazos al cuello, como entonces, Nita. También pensaba que pudieras dejarte dominar por el desaliento, que se hubiera debilitado en ti la llama, que hubieras comenzado a olvidarme y que me recibirías... así, como me has recibido...

Interrumpióse un instante y una contracción, que quiso ser una amarga sonrisa, crispó sus labios.

—He aprendido a pensar, ¿verdad? Sin embargo, a medida que el tiempo pasaba la angustia iba invadiéndome el alma. Creí poder fugarme al mes de entrar... ¡En cambio, cuántos meses pasaron!... ¡Cuántos años!... No sé cómo no enloquecí. Es que una fuerza tenaz, sorda, desesperada, me sostenía... Por fin logré huir... y aquí estoy. ¡Pero he llegado tarde!...

Contrajo nuevamente los labios con una mueca dolorosa y prosiguió...

—Te he encontrado así... y, ya lo ves, estoy tranquilo... También en esto me cuesta reconocerme a mí mismo...

Pronunció estas últimas palabras con la cabeza baja, con los ojos fijos en el vacío, y permaneció así un instante, silencioso, inmóvil, absorto. Luego, como siguiendo el curso de sus propios pensamientos:

—Ya no soy el mismo — dijo,— porque tampoco tú eres la misma... Pero verás, Nita, ambos volveremos a ser lo que fuimos. Gálvez, mi amigo, me dará el dinero que me guardaba y en seguida partiremos para el extranjero... Verás, Nita, aun seremos felices... Olvidaremos el pasado...

Nita le escuchaba aterrada.

—¿Pero te quedas aquí..., conmigo?—preguntó sin mirarlo.

—¿Por qué me lo preguntas, Nita? ¿A dónde quieres que vaya?

—Pero es que aquí... tengo tan poca comodidad...

Se detuvo, al ver que Rogelio se cruzaba de brazos y la miraba fijamente, con ojos acerados. Pero, lentamente, aquel torvo destello fué apagándose y los brazos le cayeron a lo largo del cuerpo. Un nudo de llanto le oprimía la garganta.

—¡Ah, Nita!... — dijo tan solo, con voz angustiada.

Reaccionó en seguida. Se acercó a Irene con rostro sombrío, aferróla de un brazo y se lo oprimió.

—Mi único refugio es éste — prorrumpió violentamente. — Dormiré en el suelo, en la cocina o en el pasillo; no necesito más por ahora. Luego hablaremos... ¿Cómo has podido volverte así? ¿Es que amas a alguno? Di, ¿estás ligada a otro hombre? ¿No eres dueña de tí?...

La zarandeó brutalmente, con ojos feroces, inyectados en sangre. Irene sintió repulsión.

—¡Suéltame! — grtió aterrada.

Rogelio la soltó mudo, hosco, con el rostro contraído... Luego abrió los labios para pronunciar un nombre, para proferir una acusación, una invectiva. Pero se contuvo y calló. Una sensación de gran desconsuelo se sobrepuso a su ira; y fué a sentarse en un ángulo, como un perro castigado, con los ojos secos y el corazón sangrante...

* * *

Pasaron varios días, tristes y pesados para ambos. Ninguno de los dos pronunciaba una palabra más de lo necesario.

Rogelio parecía esperar. Todo había muerto, todo... Irene no era la misma... Experimentaba una sensación de infinito abandono. ¿Para qué quería ahora la libertad? ¿Qué haría de ella? ¿A dónde iría? ¡Solo... sin un ideal...

—Irene — dijo, quiero hacerte una pregunta. ¡Pero no me mientas, te lo suplico!...

Intuyendo la verdad, Irene se estremeció.

—Amas a alguien?

Irene hizo un esfuerzo.

—No — balbuceó insegura, bajando los ojos.

Rogelio comprendió que mentía.

—Me engañas — replicó vivamente. — Tú amas al ingeniero Robles. Gálvez me dijo que frecuentaba tu casa... Dime, ¿me engañas con él?...

—¡Oh, no! — exclamó Irene, alzando vivamente la cabeza. — ¡Tu amigo es un miserable si te ha dicho semejante cosa!...

—Entonces, ¿a qué viene aquí?

—Viene como puede venir el más honesto de los amigos. Robles me ama, me lo ha dicho, y no hace de ello ningún misterio ante nadie... Es un caballero... quiere casarse conmigo...

Rogelio sintióse anonadado.

—Y eso — agregó Irene, — a pesar de que conoce mi pasado.

—¿Se lo confiaste todo?

—Sí, todo... como era mi deber.

Rogelio comprendió. Ahora estaba seguro: todo había concluído...

—¿Quiere decir que lo amas y que has aceptado!

—Te engañas — replicó vivamente Irene; — ni una cosa ni la otra...

—¡Oh, calla! ¡No trates de engañarme!... ¡Lo amas..., lo sé! Lo amas... Has olvidado tu juramento... ¿Por qué? ¿Porque nuestro nombre no estaba inscripto en un registro? Pero yo había escrito en mi alma que eras mi mujer... y he vivido por ti..., he sufrido y luchado por ti... Por ti he vuelto... ¡y me perteneces!... ¿No comprendes que me perteneces?

Transcurrieron así algunos días más, llenos de tristes presagios. Irene salió una mañana con el rostro más duro y la mirada más hosca que de costumbre. Parecía decidida a dar un paso grave. Volvió palidísima, nerviosa, agitada; se estremecía a cada rumor, como si tuviese miedo. La expresión de Rogelio era en cambio más serena.

—Nita, ya no me hago ilusiones. Para mí has muerto... Pero, perdiéndote a ti, ¿para qué quiero la libertad que antes anhelaba?... Soy como un ser extraviado. Todo lo que he sufrido en éstos días de amargura, de desilusión, de celos, ha destrozado mi fibra. Ya te he dicho que allá, en la cárcel, mueren muchas cosas... Quizá tú habrías podido hacerlas renacer... Ahora, mi vida debe volver a ser lo que era...

Interrumpióse un instante, sofocando un sollozo, y prosiguió:

—El mundo sólo me reserva nuevas amarguras, nuevos dolores... Volveré a mi celda y me ilusionaré de haber tenido un mal sueño, de que tú estás aun aquí, esperándome...

Esta vez la emoción le ahogaba; debió hacer un visible esfuerzo para dominarse. Señalóse una pequeña cicatriz en forma de cruz que tenía en la frente, y continuó:

—¿Ves esta señal? Me la hicieron mis compañeros de presidio... La llaman irónicamente la marca de la infamia y se la hacían a los que estaban condenados a no salir nunca... Tú amas a otro hombre: no puedo atarte a mi triste carro. Sigue tu destino: yo seguiré el mío. He visto que nuestras sendas son demasiado opuestas: la tuya sube..., la mía baja...

Llamaron rudamente a la puerta de calle. Como cada vez que eso sucedía, Rogelio se estremeció y miró a Irene con desconfianza.

—¡Por Dios — silbó con aspereza. — ¿Quién será? ¿Lo sabes?...

—No, no lo sé... ¿Cómo quieres que lo sepa? — respondió Irene con voz angustiada.

Pero Rogelio estaba seguro de que ella mentía. Por su mente cruzó la terrible sospecha. Acercóse desconfiado a una ventana y miró hacia la calle. Pero retrocedió en seguida, transfigurado.

—¡Me buscan!... — exclamó con terror. — Vienen a arrestarme.

Cerró un instante los ojos, para recobrar su autodominio, para reflexionar.

—Aquí... ¿Cómo pueden buscarme aquí?

Miró a Irene y la vió lívida, incapaz de hablar, de fingir, de reprimir el estreemcimiento que la había invadido. En el cerebro de Rogelio convirtióse instantáneamente en certidumbre la sospecha de la delación.

Abalanzóse hacia ella, la tomó de los brazos y la zarandeó brutalmente.

—¡Me has denunciado!... — aulló en su rostro. — ¡Me has denunciado!

Con un último esfuerzo, Irene quiso reaccionar.

—¿Yo? ¿Qué dices?...

Pero Rogelio estaba ahora seguro. ¡Lo había denunciado!

Retrocedió unos pasos, retorciéndose las manos, aterrado, estupefacto, como ante una cosa inconcebible, monstruosa.

—Me has denunciado... tú... — murmuró aún, como si tuviese necesidad de convencerse.

Llamaron de nuevo a la puerta con insistencia. Aquellos golpes amenazadores parecieron despertar a Rogelio. Cruzó por su mente la visión del inminente fin, del presidio.

¡Y había sido ella!... Pensó rápidamente en vengarse. Ya no tenía nada que perder... Saboreó por un instante la voluptuosidad de aferrarla de la garganta, de clavar los dedos en su cuello, de estrangularla... Pero no lo hizo.

—Podría matarte — le dijo. — ¿Sabes que podría matarte? Ya no temo la cárcel...

La asió de los cabellos, la sacudió fuertemente, como para hacerle vivir una atroz agonía; luego la soltó, con desprecio.

—No, no temas; no voy a matarte... Es mejor que vivas... Has creído asegurarte la felicidad apartando de tu camino un obstáculo que te molestaba. Verás... Vive... Es mi venganza y tu castigo. Me has olvidado la primera vez: ahora, ya no podrás olvidarme. Mi imagen quedará para siempre grabada en tu alma, como lo estaba tu imagen en la mía... vive...

Se echó a reir, con risa convulsiva. Luego volvió a aferrarla de los cabellos y la sacudió nuevamente, von feroz deleite.

Cuando la arrojó lejos de sí, Irene cayó desvanecida, exangüe, en posición supina, con los cabellos echados hacia atrás y la frente descubierta.

Rogelio permaneció un instante mirándola, con el rostro contrahecho por aquella risa convulsa; luego, una extraña idea cruzó por su mente y le hizo brillar intensamente los ojos. Extrajo de su bolsillo un pequeño cortaplumas, inclinóse sobre aquel cuerpo exánime y en la frente marcó dos incisiones en forma de cruz: la marca de la infamia, el estigma imborrable. Dobló entre sus dedos la hoja empañada por la sangre, y, como en ese instante Irene, reanimada quizá por el dolor, abriera los ojos, hízole con la mano un sarcástico además de saludo, y por última vez, roncamente le gritó:

—¡Adiós...

Y corrió a franquear la puerta de calle para entregarse a los hombres que debían hacerle tornar a su tétrico destino. ¿De qué le servía ya la libertad?...

LUNA DE HIEL

¿Historia o cuento?

Por Roberto Galvez

Hasta el umbral del portalón del ducal palacio descendió la comitiva, compuesta de linajudas damas, nobles próceres, famosos políticos y los más célebres artistas, "el todo Madrid", en una palabra, a despedir a la gentil pareja que había contraído matrimonio en aquella mañana, dando así fin a un amoroso noviazgo que acabó por enlazar dos apellidos a cual más ilustres.

El primogénito del duque de Pazo Ameno daba su nombre a la heredera del no menos preclaro marqués de Bellavilla. Jovenes, ricos y sinceramente enamorados, habían conseguido el logro de sus más caras ilusiones: ¡ser el uno del otro!...

Hernán, el duquesito de Pazo Ameno, quiso pasar su luna de miel en una de los hermosos pazos de la geórgica y poética tierra gallega, en donde radicaba la mayor parte de su patrimonio.

Educado en Inglaterra y partidario fervoroso de los deportes, quiso realizar su viaje de bodas en automóvil, para ir así demostrando a su esposa los espléndidos paisajes del suelo donde viera la luz primera.

Despedidas, abrazos, felicitaciones, unas cuantas lágrimas arrancadas por la emoción y el cariño; y tras unos vivas estentóreos que a los novios dió la muchedumbre, apiñada en las aceras, Hernán empuñó el volante y la poderosa máquina arrancó velozmente, llevando dentro de sí el amor y la felicidad.

Al remontar la cuesta de las Perdices, en la carretera de La Coruña, cambiaron un beso, pleno de amor y pasión.

¡¡Al fin, solos...!

... ...

Cristina y Hernán parecían realmente nacidos el uno para el otro. Prometidos, por alianza de sus respectivas familias, desde la niñez, al llegar a la edad en que las almas sienten el anhelo amoroso, las suyas se compenetraron, llegando, gozosos y felices hasta el pie del altar, en donde hubiera de recibir la bandición que los unió en santo e indisoluble lazo.

Hernán, hombre de delicados sentimientos y exquisito gusto, quiso que los primeros días de su felicidad tuviera por marco el hogar donde naciera y la hermosa campiña en que éste se asentaba. El viaje se efectuó felizmente, arribando en una espléndida y clara noche de luna, que con su mágico resplandor iluminaba los campos, impregnándolos de poético ensueño, a la puerta del antiguo palacio. Cristina saltó del auto, penetrando en el edificio, subiendo la suntuosa escalera de piedra a saltos, como una gacela perseguida, mientras su esposo, riendo a compás de aquélla, le gritaba:

—¡Chiquilla, nena, espérame! ¡Mira que no puedo seguirte!...

Y a pesar de su ligereza le costaba trabajo alcanzarla.

Ante una de las puertas de la meseta de la señorial escalera la cogió en sus brazos; mas ella, rápida, se escabulló, mientras riendo gritaba:

—¡Anda, vamos a jugar al escondite; búscame, y si me encuentras perderé una prenda!

Cristina seguía siendo la colegiala del "Sagrado Corazón", de donde acababa de salir para contraer matrimonio. Descomocedora de su nueva mansión, en donde había de reinar como señora y reina, recorrió salones, atravesó salones, atravesó galerías, subió escaleras y exploró desvanes, gritando con voz dulce, incitante y acariciadora:

—¡Orí! ¡Orí!... — siempre que sentía acercarse los pasos de su esposo, que anhelante y amoroso la buscaba.

Acuciada y perseguida, al atravesar un gabinete descubrió una puerta que daba acceso a una escalera; por ella subió rápidamente, sintiendo tras de sí los pasos de Hernán, que, fatigado de aquel juego, la decía:

—Nena, vida mía, ¡espérame!

Aquella voz suplicante parecía enardecerla cada vez más.

Tras de su rápida ascensión, llegó a una especie de sobrado o gran desván, en donde un arcón de roble antiguo era el único mueble que ocupaba el amplio local. Como lo encontraba abierto, a Cristina le pareció el lugar más apropiado para ocultarse dentro de él. Quedamente se introdujo en el vetusto mueble, cerrando la tapa.

Guardó silencio y a los pocos instantes escuchó la voz de su marido, que desorientado, entre serio y enfadado, decíl:

—¡Bueno, chiquilla, basta de bromas que la cena nos espera!

Cristina contenía la respiración para no ser descubierta, y se tapaba la boca para no dejar escapar a borbotones el torrente de su risa cristalina.

Harnán, no sospechando que en sus diabluras Cristina hubiera podido ocultarse en aquel arcón antiguo, cuya colocación y destino desconocía, descendió malhumorado y decidido a dar por terminada la broma, que iba ya pareciéndole harto pesada.

Por su parte, Cristina, al cabo de un rato y queriendo consolar y calmar a su marido empujó la tapa del arcón, dispuesta a dar fin, con un beso, a aquel juego. Al empujar sintió una resistencia superior a sus fuerzas, y su voz no se percibía fuera o no era escuchada. Un terror inmenso le invadió; pero sobreponiéndose a sí misma, a un intersticio por donde penetraba un pequeño rayo de luz, aplicó los labios, gritando:

—¡Socorro, Hernán!... ¡Socorro, Dios mío!...

Un silencio sepulcral fué la respuesta.

Cristina, aterrorizada, enterrada en vida, se desmayó.

... ...

Diez días se sucedieron, en que el dolor, la desesperación y la amargura fueron los únicos compañeros de Hernán.

Sin poderse dar cuenta de la desaparición de su adorada esposa, estaba a punto de llegar a los límites de la locura.

Ni los registros practicados en el estanque del parque, que mandó desecar, ni las batidas por los alrededores, ante un posible rapto o secuestro, dieron los vecinos y servidores, obtuvieron el menor resultado.

Desesperado, y deseando aunque no fuera más que regresar al lugar en donde escuchó por última vez aquel ¡orí!, ¡orí! que llevaba grabado en su cerebro, y aun resonaba en sus oídos, llegó hasta el desván.

Al abrir la puerta, un olor nauseabundo le hizo retroceder; se acercó hasta el arcón. De allí partía el pestífero olor, y en el suelo estaba el anillo de alianza...

Lo adivinó todo. Gritó como un loco:

—¡Vida, Cristina de mi alma! ¿Estás ahí?

A sus voces, los criados subieron apresuradamente; entre todos consiguieron violentar la fuerte cerradura.

... ...

¡Y horror de los horrores; Hernán vió estupefacto, con un rictus de supremo dolor en el rostro, que la esposa, la mujer adorada, la ilusión de toda su vida, no era ya más que una masa tumefacta y maloliente, envuelta en un primoroso vestido sastre de viaje, por donde corrían los líquidos de la descomposición cadavérica.

... ...

En uno de los antiguos conventos españoles, vivero y refugio de santos y mártires, vive aún la vida humana el primogénito de una casa ducal de alto y preclaro nombre, que con su vida ascética y cara demacrada ambula por el claustro, al regresar fatigado de la penosa tarea de prepararse su propia fosa, para llegar hasta la celda, desde donde, acogiéndose a la oración, pretende buscar un consuelo a sus dolorosas aflicciones.

Y en los atardeceres, de la hora emocional, cuando el sol traspone los últimos picachos de la sierra vecina y dora antes con su luz las blanqueadas paredes del antiguo claustro, copiando en la sombra los motivos ojivales, se desliza pauso y callado un cartujo, que al enfrentarse con un compañero y hermano en dolor, religión e infortunio, y escuchar las trágicas y fundamentales palabras de su orden: "¡Morir habemus!", responde Hernán, con palabras plenas de convicción, que más parecen un sollozo:

—¡Ya lo sabemos!...

EL RELICARIO

Mendigos atisbando tras las rejas,
peregrinos de amor, Dios sólo sabe
lo que buscamos en las piedras viejas
donde se abrió nuestra ilusión más suave!

Infancia y Juventud, fugaces giros,
fueron como el rocío de las eras!...
sólo quedan recuerdos y suspiros
en las tristes alforjas limosneras.

Lo que fuera prodigio alucinante,
la rama fiel del duraznero en flor,
es hoy bastón del vago promesante
que vuelve de la tierra del dolor.

Pero a pesar de todo, en el sagrario
de la dormida catedral antigua,
hallo otra vez, perdido relicario,
la sonrisa que todo lo apacigua.

FERNAN FELIX DE AMADOR.

Descubrimientos científicos

El sabio indio, Sir Jagadish C. Bose, ha demostrado que las plantas poseen una especie de bomba cardíaca, que reparte la savia por todo el cuerpo. Y ha podido apreciar que los estimulantes como el alcanfor, el almizcle y la cafeína, obran sobre el corazón vegetal lo mismo que sobre el animal, y que el bromuro potásico, la cocaína y la morfina, ejercen igualmente, sobre él, una acción deprimente.

Sorprendentes han resultado sus experimentos con el veneno de la cobra, que los médicos indios usan desde hace más de mil años, a dosis pequeñísimas, para estimular el corazón en los casos de atonía cardíaca. También sobre las plantas ejerce este veneno el mismo efecto, hasta el punto de restituir a la vida a las que se encuentran en estado agónico.

La mujer de su amigo

Por Paul Ginisty

—¡Pero hija! ¡Eso no está bien! ¡No es así! — exclamó Andrés Gerlin, reprendiendo a su esposa por una futesa.

—Ya — interrumpió Elena — Ya sé que la mujer de tu amigo Emilio no sería capaz de cometer tal disparate. ¿Es eso lo que ibas a decir?

—No te enfades ahora por tan poca cosa, Elena — dijo Andrés, dándole un beso. — Mi intención no fué ofenderte; perdóname si te he agraviado.

—Siempre te obedezco en todo — replicó Elena —; como la mujer de Emilio a su marido.

—Así me gusta.

—¡Si supieras cuánto la odio sin conocerla!

—Pues haces mal, porque es el verdadero tipo de la esposa modelo.

—Entonces ¿por qué no te casaste con ella?

—Porque tú me gustabas más.

Elena no agradeció la galantería. Se levantó de la mesa, y, para calmar sus nervios, se sentó al piano y se puso a tocar una sonata.

Andrés salió a la calle, a sus negocios habituales, tan tranquilo.

* * *

Emilio era el amigo más íntimo de Andrés, quien deploraba que aquél, dos años antes, no hubiese podido ser testigo de su boda con Elena. Pero Emilio había marchado poco antes de la boda a tomar posesión del cargo de cónsul en un puerto de Haití, donde debía permanecer largo tiempo lejos de su París querido.

En su fuero interno Andrés no deseaba el regreso de su camarada, porque, en realidad, Emilio le había servido para urdir una piadosa patraña.

A fin de convertir a Elena a sus aficiones caseras y hacerla renunciar a sus aficiones mundanas, que la inclinaban a frecuentar salones y espectáculos, había concebido la idea de hacer de la mujer de Emilio el arquetipo, el modelo de la perfección doméstica, digno por todos conceptos de ser imitado.

Pero la tal esposa no existía. Emilio era un solterón recalcitrante, enemigo irreductible del matrimonio. Andrés, sin embargo, no cesaba de prodigar todo género de elogios a la supuesta consorte del amigo ausente.

Cuando tenían la más pequeña discrepancia los cónyuges, bastaba que Andrés dijera: "¡Qué feliz es Emilio!", para que Elena renunciase a un antojo cualquiera y se plegara a los deseos de su amo y señor.

Y así marchaban las cosas, a las mil maravillas, en aquel hogar, cortado por el patrón de la esposa modelo, remoto y fantástico.

* * *

Andrés se entretuvo aquel día más de lo regular, y regresó a su casa retrasado.

Apenas le abrieron la puerta Elena corrió hacia él, alborozada:

—¡Cuánto has tardado hoy! ¿No sabes quiénes están ahí?

—No.

—¡Tu amigo Emilio y su compañera!

—¿Emilio?... ¿Compañera...

—¡Sí, tu amigo y su señora! Han querido darte una agradable sorpresa, y por eso no te han avisado que venían. Llegaron esta mañana. Los he invitado a comer, por supuesto, y están esperándote ahí en la sala.

Andrés creyó que s e le juntaban la tierra y el cielo. ¡Emilio allí, casado sin que él lo supiera! ¡La célebre mujer de Emilio, personaje fabuloso, convertido en una aterradora realidad!

Andrés entró a la sala y se arrojó en brazos de Emilio, turbadísimo. Su amigo le presentó una criatura extraña, gorda, muy morena y vestida de un modo estrafalario.

¡Le costó gran trabajo disimular su contrariedad; pero al fin logró serenarse y preguntó:

—¿Qué tal la encuentras a ella?

—¡Divina! ¡Ya la verás!

—No te di cuenta de mi reciente casamiento — dijo Emilio en voz baja a su amigo — porque pensaba venir a Francia en uso de licencia. Carlota no conoce bien el trato social y cuenta con tu mujer para que le enseñe nuestras costumbres y adquiera el don de gentes.

Emilio cogió el brazo de Andrés, y llevándoselo aparte, mientras las mujeres charlaban, añadió:

—He cometido una barbaridad en un momento de ofuscación. Esa cacatúa, perteneciente a la alta sociedad de la villa donde ejerzo mis funciones, me sedujo una noche a la salida de un baile. ¡Tú no sabes lo que es el clima del trópico! El caso, chico, es que me vi obligado a casarme con ella para no comprometer mi carrera, y que soy el hombre más desdichado del mundo.

—¡Cómo me iba a figurar! — exclamó Andrés.

—Verás en seguida a qué ser más comprometedor e insoportable he unido mi destino. ¡Todo por un momento de aberración!

Las dos parejas se sentaron a la mesa, y la antillana se fué animando poco a poco. Se puso a hablar sin ton ni son, a diestro y siniestro. Emilio trató en vano de cortar aquella charla estúpida; pero al fin se decidió a llamar al orden a su mujer, y entonces ésta, indignada, cogió un plato y lo arrojó a la cabeza de su marido. Después se desplomó con un ataque de nervios y hubo necesidad de suspender la comida.

—Todos los días ocurre algo parecido entre nosotros — confesó Emilio melancólicamente. — Dispense usted, señora Gerlin, el escándalo que acaba de presenciar, y tenga lástima de mí.

A los pocos instantes Carlota y su víctima se retiraron al hotel donde se alojaban. Fué una despedida penosa para todos.

* * *

Elena se mantuvo hasta el día siguiente dentro de una reserva preñada de amenazas. No aludió en lo más mínimo a la decepción que había sufrido, y ocultó resignada el dolor que le causara reconocer el engaño de que había sido objeto por parte del hombre en quien había tenido hasta entonces ciega fe.

Mostróse tranquila en extremo, al menos aparentemente, y no dirigió a su marido una sola mirada o palabra que pudiera interpretarse como una queja o un reproche.

Andrés estaba desconcertado ante esta enigmática actitud de su esposa. En su interior, echaba pestes contra el montruo que su amigo le había presentado, y contra sí mismo por su peligroso exceso de imaginación.

Elena permanecía siempre impasible, impertérrita como una esfinge.

Pero a la hora de almorzar, al llegar a los postres, sin que en su rostro se dibujase la menor alteración, cogió un plato y se lo tiró a Andrés a la cabeza.

Y después, revelando el secreto de tal determiación, declaró con voz firme y resuelta:

—¡Como la mujer de Emilio!

EL VALOR

La estimación y el valor de un hombre, consiste en el corazón y en la voluntad; aquí es donde estriba su verdadera felicidad. El valor es la firmeza, no de las piernas y de los brazos, sino del alma; no consiste en el mérito de nuestras armas o de nuestro caballo, sino en el nuestro. Aquel que cae obstinado en su audacia, que por algún peligro de la muerte cercana no decae un momento de su dignidad, es herido, no por nosotros, sino por la fortuna; es muerto, no vencido... El honor de la virtud consiste en combatir, no en batir, es decir, en luchar, no en vencer.

M. E. de Montaigne.

Los juguetes del rey de Roma

Por Dionisio Pérez

Se conserva en el Museo napoleónico de Malmaison — el palacete que adquiriera la Emperatriz Josefina y fuera refugio de su vida — numerosos recuerdos del infortunado Rey de Roma: la cuna y la pila bautismal, dibujos, cuadernos escolares escritos en alemán, juguetes de bronce y oro, ropas... Se había investigado minuciosamente en los palacios que habitara Napoleón durante su segundo matrimonio y en las residencias austriacas del *Aguilucho*, y parecía que no había de encontrarse ya ninguna prenda ni objeto que hubiera pertenecido al Rey de Roma. Y he aquí que la viuda de Alfred Philiphs, joyero que fué de la Reina Victoria de Inglaterra, ha depositado en el Museo de Cannes una colección de cuarenta y ocho juguetes militares y catorce banderitas y estandartes que pertenecieron al hijo de Napoleón.

* * *

Este niño nace en 1811. Ya el Imperio está quebrantado por el "negocio inmoral", de España, como llamó el mismo Napoleón a su intromisión en la Península, y más aún por el cansancio, por el agotamiento de Francia misma. Apenas nacido, Bonaparte se siente poseído, obsesionado, sugestionado de ternura paternal. El Emperador — relata Loredán Larchey — parecía más niño que su hijo. No tenía el príncipe más de cuatro meses y ya su padre lo arrebataba de brazos de la nodriza, lo sentaba sobre sus rodillas, le dirigía largos discursos y cubría su rostro con apasionados besos. Solía terminar colocá;ndole al bebé su tricornio. Muchas veces el chiquillo prorrumpía en llanto, y Napoleón, emocionado, lo consolaba acariciándolo con una delicadeza y una ternura que compensaban sin duda la ausencia del cariño maternal; pero a la vez le increpaba diciéndole: "¡Cómo!... ¿Lloráis?... ¡Un Rey llorando!... Un Rey no debe llorar nunca!"

Tenía el chiquillo un año solamente cuando un día, en los jardines de Versalles, Napoleón se desciñó su espada y cinturón y se los colocó a su hijo. Cubrióle la cabeza con el tricornio y lo paseó, llevándolo de la mano, gritando alborozado: "¡Será un gran capitán!" El sable arrastrando asustaba al niño, que apenas acertaba a dar un paso. Una vez en su gabinete, Napoleón se echó en el suelo; el Rey de Roma llegó gateando hasta sus piernas, y el Emperador lo cogió de la mano y lo fué atrayendo hasta poderlo abrazar, tendido como estaba, y permaneció así largo rato. Otra vez, al terminar un Consejo, entró Francisco Carlos José — que así se llamaba el *Aguilucho* — en la sala. Estaban ya de pie los ministros. El Rey de Roma, que apenas contaba un año, corrió hacia los brazos de su padre. El Emperador lo detuvo, diciéndole: "¡Señor, no habéis saludado a estos señores!" El niño volvióse a ellos e inclinó graciosamente la cabeza varias veces. Napoleón le alzó en alto, lo estrechó contra su pecho, lo besó apasionadamente, le gritó palabras cariñosas y elogios llenos de ternura, sin cuidarse de los personajes que le contemplaban.

Siempre que podía se escapaba de la vigilancia de su institutriz y corría hacia las habitaciones de su padre. Increpaba al oficial de guaria: "¡Abridme, quiero ver a papá!..." El oficial respondía: "¡Señor, no puedo abrir!" Se enojaba el niño y exclamaba invariablemente: "¡¿No me conocéis? ¿No sabéis que soy el Rey de Roma?" El oficial insistía en su negativa, alegando la consigna que se le había dado. El niño corría a buscar a su institutriz — aquella madame de Montesquiou, de la que luego, en la expatriación, se le separó tan cruelmente, — y amparado por su compañía increpaba al oficial: "¡Abrid, yo os lo mando!"

La institutriz, que suplía misericordiosamente la falta del cariño maternal, había compuesto una oración que el niño rezaba al acostarse. La oración terminaba con estas palabras: "¡Dios mío, guiad a papá para que pueda hacer la paz y la felicidad de Francia!" Una noche el Emperador acompañó a su hijo hasta la cuna y oyó las palabras de su rezo. Quedó conmovido profundamente. Abrazó tiernamente al Rey y le rogó que repitiera su oración, asegurándole que Dios escucha siempre las peticiones de los niños...

En estos contados días felices gustaba Bonaparte reunir con su hijo a otros principitos de la Familia Real y contemplar y dirigir sus juegos. Eran todos mayores que el Rey de Roma. Dos de ellos, singularmente, mostraban efusivo cariño al heredero del Imperio. Eran el niño Carlos Luis Napoleón, hijo del Rey de Holanda y de Hortensia de Beauharnais; la hija de Josefina y la niña Napoleona Elisa, hija del príncipe de Lusques y de Elisa Bonaparte, hermana del Emperador... ¡Breves días felices! En mayo de 1812, Napoleón emprende la campaña de Rusia y no vuelve ya a ver a su hijo. Cuando en 1814 los aliados entran en París, la Reina María Luisa, cumpliendo acaso órdenes del cruel Metternich, no abandona al heredero y huye a Blois, llevándolo en sus propios brazos. Internósele en Austria, se le instaló en el palacio de Schoenbrum, se le rodeó de honores y guardias, mientras su padre preparaba su fuga de la isla de Elba y lograba rescatar el trono efímero de los Cien Días y caía para siempre en Waterloo y era conducido al cautiverio implacable de Santa Elena...

Mientras tuvo juguetes, el infeliz Rey de Roma siguió esperando que su padre volviera, y siguió rezando al acostarse cada noche aquella oración en que pedía la paz para Francia. Estaban a su lado la institutriz, Madame de Montesquiou, y la princesa Baciocchi, aquella Napoleona Elisa, cinco años mayor que el pobre niño confiscado...

Un día se separó a la institutriz del servicio del Rey de Roma y se la substituyó con profesores austriacos. Se le arrebataron sus juguetes. La princesa Baciocchi, temiendo también que se la expulsara del castillo, convirtiendo en verdadero secuestro la captación del Rey, convenció a su primito y preparó la fuga de ambos. Cuando se les detuvo increpó rabiosamente a los guardias. "Dejadme lo llevar — gemía. — ¡Es mi soberano!..." Trágico juego el de estos pobres niños, que conservan como un ensueño, como el recuerdo de un cuento de hadas, la visión de la fastuosa corte de Napoleón. Aquel otro principito, Carlos Luis, no juega ya tampoco. Estudia afanosamente libros militares y se adiestra en ejercicios, alentado por el cariño y la ambición y la soberbia de la Reina Hortensia, que, como la princesa Baciocchi, se siente poseída del espíritu corso, de la necesidad de la revancha, del recobramiento de la dignidad imperial para la familia Bonaparte.

Al mísero *Aguilucho* no hay nada ya que le estimule ni le aliente. Su madre ha saciado aborreciéndole, odiándole, deshonrándole y afrentándole en sus públicos amoríos con Neipper, el encono y la repugnancia con que llegara al tálamo de Napoleón. Tenía diez y nueve años, y el Emperador, cuarenta y uno. Catorce años contaba la primera vez que Napoleón entró triunfador en Viena y puso en riesgo el trono de su padre y le humilló y agravió; cuatro años después le ve entrar nuevamente en su ciudad y en su palacio. Aunque no fuese ya en esta época, como parece verosímil, la amante descocada de Neiper, concibió por el invasor vivo encono, que Napoleón no supo trocar en amor cuando como un juguete de los estados europeos la tomó con sus manos de plebeyo y la consagró Emperatriz de Francia.

La maternidad no logró conmover el corazón endurecido de la austriaca. Tanto como a Napoleón mismo o más acaso, aborreció al *Aguilucho*, fruto de sus entrañas. Este "hijo del hombre", como le llamó Barthelmes y, fué como uno de esos juguetes que servían a los negros brujos y los ñáñigos guineanos y cubanos para ahuyentar a los malos espíritus, clavándoles alfileres y punzones en el lugar del corazón. Y he aquí que, pasado un siglo del martirio cruel, implacable, perverso, que se hizo padecer a este chiquillo con la complicidad inicua de su propia mamadre, de varios gobiernos, y varias naciones que se llaman cristianas, sus juguetes de príncipe imperial — juguetes militares de bronce y oro estandartes señeros de nuevas guerras — van a ser ofrecidos en pública almoneda para saciar la codicia y la vanidad de chamarileros y millonarios, que mostrarán sus vitrinas diciendo: "¡Con estos juguetes se quiso iniciar la educación militar del Rey de Roma!"

DE LA CONDUCTA

Señales evidentes de que uno hace caso de la filosofía son: no hablar mal de nadie; no alabar a quien quiera que sea; no lamentarse de ninguno; no culpar a nadie; no hablar cosa alguna de sí propio como de persona de importancia; sufriendo impedimento o molestia en alguna cosa, achacarse la culpa a sí mismo; siendo alabado reírse interiormente del que prodiga la alabanza; siendo censurado, no defenderse; haber sujetado todo apetito; haber reducido a la aversión a aquel trato que en las cosas que dependen de nuestro arbitrio sea contrario a la naturaleza; no dar vuelo a las primeras inclinaciones y a los primeros impulsos del alma, sino a los que son reposados y plácidos; al ser considerado como ignorante y necio, no hacer caso; en resumen, estar alerta contra sí mismo, cual se pudiera estarlo contra un enemigo o contra cualquiera que intentara tender asechanzas.

EPICTETO.

Curiosidades

El aceite extraído del maíz es uno de los mejores iluminantes que se conocen; pero no se le fabrica en gran escala debido a su elevado costo.

* * *

Por lo general un águila no caza sola, sino acompañada.

* * *

En Ashanti crece un árbol que destila una substancia muy parecida a la manteca.

* * *

El flúido eléctrico viaja con una velocidad de 533.400 kilómetros por segundo.

* * *

El famoso inventor Edison no asistió a la escuela cuando era pequeño.

* * *

El puerco espín de cola empenachada difiere del ordinario en que tiene en la extremidad de aquélla un penacho de púas suaves que, aunque son inofensivas, sírvenle para atemorizar a sus enemigos.

* * *

El Sol es 1.400.000 veces mayor que la Tierra.

* * *

En el Museo de Bulak (Egipto) se conserva un puño de un abanico de plumas del siglo VII antes de Cristo.

* * *

El lago más profundo que se conoce, es el Baikal, en Asia, que tiene más de 2.000 metros de profundidad.

* * *

El arte de tejer fué empleado en China mil años antes de ser conocido en Europa. Todavía hay muchos ejemplos curiosos de ese arte.

* * *

La mayoría de las líneas de las manos humanas, se encuentran también en las de los monos.

* * *

Las bayonetas se hicieron por primera vez en la ciudad de Bayona, en 1660. De aquí el origen de su nombre.

* * *

Los perros empleados en los trineos en Siberia, considerados los mejores del mundo, chillan como lobos, en lugar de ladrar.

* * *

Una mosca agita las alas 21.120 veces por minuto.

* * *

Los japoneses fabrican los fósforos con azufre en las dos extremidades. Como se comprenderá, esta es una gran economía.

* * *

Al ser sacados de las minas los ópalos están tan blandos que se pueden deshacer con la uña.

* * *

El chino que el día primero de año no haya pagado sus deudas, tiene que ir todo el día con un farol encendido, hasta que paga. Para él no ha amanecido el año nuevo; sigue estando en la última noche del año viejo.

* * *

La moda del juego de las palabras cruzadas ha hecho quebrar a la Fung Chow, Company Incorporated, que era anteriormente la firma más acreditada en la fabricación de juegos de Mah Jong.

* * *

El método para afeitasse de los indios, consistía en quemarse los pelos por medio de una tea engrasada a la que prendían fuego.

* * *

Los moros consideran como un pecado el partir pan con un cuchillo. Estiman que para esto nos ha dado Dios las manos.

* * *

El vegetal más maravilloso del mundo es la trufa. No tiene raíces, ni tallo, ni hojas, ni flores, ni semillas.

Médicos eminentes dicen que las personas que duermen con la boca cerrada son las que viven más.

* * *

Las tortugas no tienen dientes.

* * *

La substancia conocida con el nombre de azabache no es más que carbón fosilizado.

* * *

La substancia más dura que se conoce es el diamante negro.

* * *

A los niños del Japón se les enseña, en la escuela, a escribir con ambas manos.

BEATRIZ EGUIA MUÑOZ



De izquierda a derecha: Adela García Salaberry, Margarita Abella Caprile, Beatriz Eguía Muñoz y Lola Pita Martínez.

Sólo con lágrimas puede escribirse el nombre inolvidable de esta joven y talentosa artista, que al surgir en todas las manifestaciones de su temperamento excepcional, ya había perfilado su figura de mujer superior, de poetisa original, de artista exquisita.

Dulce calandria, cuyo canto hermanaba ayer, no más, con el perfume de las rosas líricas ofrecidas por su hermana en el Ensueño. Adela García Salaberry, a la poetisa Margarita Abella Caprile, con motivo de su viaje a Europa, y que hoy, enmudeció y quedó yerta, por divina y frágil, irremediablemente herida por una racha aleve... Y ya no queda de ella, de la grácil criatura, sino el eco, que ha de ser duradero, de su voz pura y melodiosa que decía cálidamente:

"En un pequeño búcaro de tallado marfil,
Soñaron dos jazmines un romance de amor,
Su blancura insinuante, perfumada y sutil
Sugirióme la idea de una lágrima en flor...

La luna que atisbaba por la abierta ventana
Tal vez con dulces besos de luz los marchitó...
Los pétalos exangües en la nueva mañana
dijéronle a mi alma — ¡Ya todo se acabó!...

¿Fué un amor?... ¿Fué un capullo prematuro agostado?
¿Fué un placer iniciado o algún nuevo dolor?...
Dejóme la tristeza de un ensueño acabado,
De un ensueño acabado cuando apenas nació...

Siempre un rayo de luna en mis noches de hastío
Me repite insinuante la exquisita canción...
Y hay un interrogante azul... hay un vacío...
Y una nueva flor muerta dentro del corazón".

Para ser fieles a la sugestión de la obra magnífica de la poetisa Beatriz Eguía Muñoz, leemos su libro "Humo", tan suave, armonioso y tocante.

La nota de armonía que era el alma de Beatriz, habrá ascendido al mundo de la armonía infinita y desconocida; y su espíritu encantador no se apagará nunca, y será música, murmurada sobre la eternidad:

"Poeta, en lo profundo del destino
el sacro númen tu inmortal memoria
lo alza a la excelsitud de don divino;
Llora el amor que nunca ha de olvidarte,
y mientras tú penetras en la gloria
en sumo bien volvemos a encontrarte".

Beatriz Eguía Muñoz, con la superioridad de su espíritu, la elevación de sus miras, y sus singulares dones artísticos, fué una figura decollante, de generosa postura quijotesca: fué buena, fué artista, fué mujercita superior ,llena de noblas afanes y sintió, como la que más, la inquietud espiritual de su hora...

Beatriz Eguía Muñoz no ha muerto... no puede morir un espíritu inmortal!

ALMATRISTE.

CLEPTOMANÍA

Por Miguel Corday

Lo que más encantada a Pablito eran sus salidas del jueves con su mamá. Era el verdadero día de fiesta para ambos, porque ella era maestra celadora en una escuela de la ciudad y Pablito estaba medio interno en un liceo. Los domingos todos los escaparates estaban cerrados y la multitud llenaba las calles, los paseos y los museos, mientras que los jueves gozaban de un París animado, abierto.

Cogidos del brazo recorrían las calles. ¡Qu orgulloso se sentía al lado de su mamá! Experimentaba la sensación de protegerla, de reemplazar a su papá, retenido en su oficina del Ministerio.

Aquel jueves de primavera era uno de esos días a propósito para pasear por el Bosque o los Campos Elíseos. Pero, después de dar algunas vueltas y de internarse por varias calles centrales, la mamá de Pablito, sin darle explicaciones, entró de pronto en una lujosa tienda.

Al franquear el umbral todo le pareció sorprendente. Aquellas cascadas de sedas y de encajes que caían desde las alturas del techo pendían de las barandillas y se extendían sobre los mostradores en olas desbordantes. Aquella atmósfera olía a guantes, a gasas y a pañuelos perfumados. Aquel inquieto gentío mareaba.

Pablito, un poco aturdido, ha cogido la mano de su mamá. ¿Adónde van? A la sección de juguetes, probablemente. Pero su mamá sube, baja, se hace mostrar flores, cintas; se detiene un momento ante los encajes, vuelve a pararse y lo mira todo con tal ansiedad, que el niño acaba por inquietarse.

Pablito se siente fatigado. ¿Qué busca su mamá ahora? Otra vez vuelven a la sección de encajes. De pronto toma de nuevo la mano del niño, que abandonó hace un instante, y se dirige hacia la puerta. ¡Por fin van a salir!

Pero no. Un señor de corbata blanca se acerca a su mamá y le murmura unas palabras al oído. Su mamá le responde irritada. El señor señala con un dedo la sombrilla, y ella, pálida como una muerta, cede y le sigue con Pablito de la mano.

Un ascensor conduce a los tres hasta un piso, donde entran en una antecámara amueblada con sillas y una mesa con carpeta verde. El señor de la corbata blanca abre una puerta y les hace seña para que le sigan. Detrás de un suntuoso escritorio está sentado otro señor de aspecto aun más severo que el primero. Tiene barba blanca; está condecorado. Debe de ser un personaje. Los dos hombres hablan en voz baja.

Pablito no comprende lo que ocurre, pero presiente algo grave contra su mamá. ?Querrán hacerle daño? Y cierra los puños, dispuesto a defenderla.

—Señora — dice al fin el señor de la barba blanca, — ha sido usted sorprendida *in fraganti*. ¿No niega usted el delito?

¡Acusan a su mamá! ¿De qué delito se trata? ¿Qué va a responder ella? La señora titubea un instante... De pronto de sus labios brotan las palabras atropelladamente:

—Y bien, sí; es verdad... He tomado un retazo de encaje. Está aquí, en mi sombrilla. Pero le juro, señor, que ha sido la primeras vez. Se ha apoderado de mí una tentación invencible... ¡Si supiera usted cómo he luchado!... Permítame que le explique. Un día se me enganchó un velo de sombrero sin yo notarlo. No me di cuenta hasta que llegué a casa. Entonces quedé sorprendida de la facilidad con que podían ser substraídas las cosas, y ello se convirtió en una idea fija. Había leído en los periódicos que muchas mujeres se sienten dominadas por esta especie de manía, a la cual no pueden resistir. Comprendí que yo iba a conventirme en una de esas mujeres, y me horroricé. Quise dudar aún. Vine aquí hace una semana .¡Qué prueba! ¡Oh, señor, ustedes se ingenian en las grandes tiendas para tentar a las pobres mujeres! Todo está expuesto al alcance de la mano, nada está guardado. Se nos aturde, se nos ofusca; es como si se nos gritara: "Tomad, tomad, es para vosotras..." En fin, salí con las manos vacías. Pero comprendí que no podría seguir resistiendo a la prueba, y que la próxima vez me llevaría algo. ¿Qué hacer? Entonces concebí la idea de venir en compañía de mi hijo: Suponía que él me defendería contra mí misma, que me guardaría, sin saberlo, sólo con su presencia. Y si verdaderamente me hubiera dado la fuerza de resistir, me habría salvado para siempre, porque no tengo libres más que las tardes del jueves... y me hubiera hecho acompañar por él, cada vez que notase en mí la tentación... Pero ya ve usted que nada en el mundo hubiera podido contenerme, pues él, mi hijo, mi querido hijo, no ha podido salvarme... ¡Y pensar que he tenido que confesar delante de él! ¡Qué vergüenza! Ahora estamos perdidos. Mi marido y yo somos empleados públicos, y le he perdido y me ha perdido para siempre. ¡Le juro, señor, que he dicho la verdad!...

Pablito ha escuchado; le zumban los oídos, le parece que su cerebro va a estallar. Mil pensamientos contradictorios le agitan. Un hondo pesar. Proyectos. Ante todo, ¿qué va a hacer el señor de la barba blanca?

—¡Oh, debe de estar acostumbrado a oír confesiones semejantes! Y, en efecto, con voz indiferente, el señor de la barba blanca declara:

—¡Señora, me veo obligado a enviarla a la Comisaría!

Pero lo nuevo para el señor de la barba blanca, lo que va a conmoverle y a decirle a la indulgencia, es sentir sobre su mano el beso humilde de dos labios febriles; ver, elevado hacia él, un hermoso rostro de niño de ojos puros y llenos de lágrimas, y oír una voz suplicante que quiere ser firme, a pesar de su inmensa tortura íntima...

—¡Señor, déjela por mí cuenta!... Ahora que estoy enterado, yo la guardaré...

Y el señor los dejó salir...

El sepulcro de Lenín

(Del libro "SAN LENIN", recientemente aparecido).

El sepulcro de Lenín, cobijado modestamente en la muralla, parece una irónica protesta contra aquel poder vencido. ¡Tanta piedra, tanto agresivo bastión, tales piezas almenas, de nada sirvieron ante el poder de un hombre perseguido! La tumba de Lenín parece un colosal arcón, severo catafalco sin definido estilo, tapizado por obscuras maderas, grandioso altar de romanos sacrificios, que simboliza con suprema sencillez, con laica gravedad, aquel indomable espíritu del apóstol rojo, rectilíneo y armonioso como las líneas clásicas que contornan el mausoleo. El nombre de Lenín aperece inscripto con gruesos caracteres en lo alto del monumento. Los aduladores funerarios de la humana pompa, ante Lenín, enmudecieron. Bastó con escribir *Lenín*. Estas cinco letras, como las de César simbolizan un mundo. Tal es el sencillo mausoleo provisional, dedicado al santo laico que sirve de tribuna también, en los populares mitines de Moscú.

Un inglés que se acercó a nosotros para pedirnos lumbre, discute con su compañero, interesantes temas religiosos. Evoca el Santo Sepulcro, el sepulcro de Mahoma, el de San Pedro en Roma, el de Lutero, el de Napoleón.

—Pompa y vanidad — murmura incrédulo. *¡Shoking!* Este sepulcro de Lenín es muy *shoking*... Curioso caso! El sepulcro de Cristo en manos de los infieles. Todos los grandes jefes religiosos o políticos pudieron descansar en tierras de amigos. El Salvador del mundo nunca lo consiguió...

Acude entonces a mi memoria aquel delicioso cuadro de "*La Reliquia*" de Eca de Queiroz, filigrana del autor de *Los Mayas*. La tumba del Señor convertida en campo de Agramante por cristianos y turquescos, sectas cofradías y cristianas, bien armadas que ofrendan fuertes garrotazos al "pacificador del mundo", sordo a sus blasfemias, santos sacerdotes vapuleados por la furia herética, obispos venerables que reunen un cónclave de cardenales en sus arañados rostros. ¡Edificante escena! ¡Lucha entre cristianos que presencian, impasibles, los infieles que los separan al fin! ¡Oh, si en el sepulcro de Lenín se produjeran tales escenas! ¿Qué dirían los enemigos de Rusia? Varios oficiales y soldados rojos se reunen con nosotros para ornamentar aquella *cola* plebeya con el brillo de sus uniformes. Mas, la fila engruesó. Fórmanla, ya, centenares de personas que reunen bien distintos tipos. Hombres y mujeres de la clase media decentada, nuevos ricos, plebeyos y aldeanos, militares y extranjeros. Un solemne silencio fervoroso y místico interrumpido por el trepidar de autos, el gruñir de bocinas estridentes, por el piar de alegres golondrinas que rasgan con sus trinos el rojizo cielo, como el diamante, el cristal, sobrecoje ahora a la creyente muchedumbre. Hemos atravesado, ya, la incógnita puerta que tantos días despertó en nosotros temerosa curiosidad. Campean sobre ella, con la estrella roja del Soviet, el globo terráqueo, el martillo y la hoz, símbolos de la República. Nos sumimos, después, en obscuros pasillos pintados de negro y rojo, escaleras sombrías en la que la escenografía bolchevic atenuó la luz como para disponernos a entrar en un mundo de misterios. Estamos en la Cámara mortuoria. Cuelgan de su bajo techo, plegado en suaves pabellones, mortuorias lámparas marmóreas que iluminan tenuemente el rojo mate de las telas. Una luz como de eternidad, de más allá, amarillea con suaves resplandores la callada tumba. En el centro de ella aparece una urna de cristal de triangulares líneas, importante y altísima. Dentro reposa Lenín. Cubre su cadáver hasta medio cuerpo, una blusa obrera de modesto *cáki* marrón, sobre la que se destaca, fulgurante, la insignia roja del Soviet, condecoración suprema de honor proletario. Sobresale su cabeza de una negra tela que rodea el cuello. Sus manos juntas sobre el pecho, florecen en la blancura marfileña sobre rojizos paños. Levantamos la vista conmovidos, pero la volvemos pronto decepcionados. Este Lenín que contemplamos, de dormidos ojos entornados, sonriente y plácido, que parece gozar, voluptuoso, la vida eterna que él negara, no es, no, aquel fiero Lenín que estremeciera al mundo con su voz. Ni aquellas nítidas manos de damisela versallesca o angelical doncella, las mismas terribles garras que despedazaron Rusia y firmaron terribles decretos. El Lenín que vemos asombrados parece un Cristo de Lourdes, miniaturado por la policromía franca. Su color de porcelana, sus aliñadas mejillas de camelia y rosa, su barbita rubia bien peinada, espolvoreada de purpurina, su calva nacarina, sus áureos cabellos, su figura perfumada de tocador, aderezada por femeniles peluqueros, no es, no, la de aquel mogol selvático de feroz mirada, de brillantes y obscuros ojos, astutos escrudiñadores como los del jabalí y el toro, de aquel Lenín de la enigmática sonrisa, demoledora y demoníaca, de león o sátiro, burlesca y cruelmente despectiva, el de aquella frente preñada de tormentas, el de aquel color cetrino atezado como el cuero de Córdoba, el de las hirsutas barbas de profeta. Lenín, el Lenín auténtico, era el Cristo bizantino legendario y primitivo, el terrible Cristo vengador, negro y trágico como los beduinos del desierto, aquel Cristo de enmarañada melena, tinto en sangre amoratada, vestido con piel de hombre, macerado y rugoso por el sufrimiento y el dolor, el Cristo bárbaro de la iglesia de Burgos, el Cristo de los monjes de Palencia. Mas, este Lenín que vemos hoy nos parece una estampita de Brevario.

Rodrigo SORIANO.

Las dos aristocracias

Por el doctor Surgeon

(Del libro "MAJADEROS ERUDITOS", recientemente editado)

La palabra aristocracia, que fluye con tanta facilidad de los labios, por grata, a los oídos, no siempre cae envuelta en el sentido real que tiene. Los descendientes de los que fueron aristócratas, suelen ocupar en la sociedad posiciones de privilegio, en mérito á los que dejaron de ser. Los hombres que están en esa postura de excepción, tan envidiada, habrían cinquistado, por el esfuerzo ajeno, un valimiento tal que no se vé cómo podrían alcanzarlo por vía de virtudes extraordinarias, así éstas fueran propias. Pero no todos los afortunados que han llegado a hacerse preeminentes por causa de delegación se equivalen en calidad, porque, de sabido se calla que la igualdad no vive sino en las imaginaciones soñadoras.

Entre los hombres de blasón, hay algunos que de puro hidalgos andan envueltos en ua atmósfera de general simpatía. Otros hay, en cambio, que, no obstante su linajudo rigen gustan de pasear sus blasones de la mano de la vanidad y de la presunción que les dicen dulzuras al oido. Es de saber que la palabra aristocracia, en su acepción más amplia, significa excelencia, y de consiguiente no deben ser aristócratas sino los mejores. La veleidad de querer serlo por venir de los que lo fueron, no puede ser, pues, sino un capricho o una inocente coquetería.

Es evidente que los reyes, que en la aurora de la civilización se dieron orígenes divinos a efectos de propulsar a sus países, por puro amor a sus súbditos, fueron aristócratas y de la mejor cepa.

Los descendientes de éstos, que hicieron abandono de la sabiduría y de las virtudes de sus sucesores, darían muestras de no poca desenvoltura si presumieran de nobles por simple transfusión de sangre.

Examinadas a bulto y sin dar en desmenuzar matices, las aristocracias pueden agruparse en dos grandes clases.

La una se desenvolvería dentro del gran mundo y tendría como observantes a las gentes que se entienden de convencionalismos sociales. La otra tendría como escenario al mundo del intelecto, visible sólo para los pocos. La primera veleidosa y resonante, se ajusta bien a la vanidad humana. La otra se ahoga en el ruido y vive como abroquelada en una atmósfera de orgullo . La primera suele sobrevivirse aun en los descendientes cortos de virtudes. A la otra, de más quilates, no le es tan fácil perdurar si llega a perder de su oro. No hay sino ver cómo no cuentan los hijos de los grandes hombres que pasaron, si ellos de sí no dan luz intensa. Las gentes no miran a éstos, sino para compararlos con el que se fué y que sigue agrandándose a medida que más lejos se va de la vida. De ahí que los descendientes de los grandes parezcan siempre algo más opacos de lo que en realidad son. Como que los grandes proyectan no poca sombra.

La aristocracia social, por así denominarla, es más generosa con sus vástagos cuando de hacerles sobrevivir en la categoría se trata.

Los descendientes de los que fueron farolas de salones no se apagan así nomás. Y por desmayados que anden de grandeza, no se oye a su alrededor sino voces de encomio, recordatorias de sus gloriosos entronques. Son como luces parabólicas. Y hay que ver cómo mueven a devoción los nombres heredados. Los hombres que exponen nobles alcurnias tienen adoradores tan superlativos que se prosternan ante ellos con una unción sólo equivalente a la de los creyentes genuflexos ante la custodia que expone al Divino Señor.

Con las virtudes ya es otro cantar, porque, como andan más por dentro, no siempre se dejan atrapar por la sangre. Y la inteligencia, que anida en lo más recóndito del ser humano, sólo Dios sabe cómo se instala en el espíritu. Fluye de todo esto, que las dos aristocracias cuando son de buena ley, no pueden sino hacer amable la vida, y nada mejor para aventar la prosa que anda al ras del suelo. Con todo, hay que cuidarse para no caer en confusión. En los centros sociales de cerco estrechado se exhiben todas las mejores vitolas, como en los tabacos de calidad; pero no hay que olvidar que las leyendas que éstas ostentan suelen ser engañosas, pues con frecuencia los cigarros no tienen la nobleza que la vitola dice.

La otra casta de aristócratas, que sería la de la inteligencia, anda demasiado de la mano del orgullo. Y los hombres que forman parte de ella se ocultan arrebujados en su modesta soberbia. Ni tanto ni tan poco, dice el adagio. Con la desdeñosa hosquedad de los unos y el rumbo exagerado de los otros, se hacen grandes desperdicios de nobleza.

Porque los que llevan dentro de sí la sabiduría, que no es sino amor, debieran dejar caer generosamente su contenido espiritual, por la falta que hace. Y también porque, si los otros apoyan demasiado en lo favorecidos que anduvieron de suerte heredada, la nobleza pierde en calidad. De donde se deduce que mucho valdría que los sabios anduvieran algo más por el mundo, y los otros algo menos. Esto, que no es sino una esperanza, podría quizá llegar a hacerse realidad con un cruzamiento bien estudiado de tipos elegidos en ambas aristocracias. Sería de ver cómo se comporta la ley de la herencia.

Es cosa sabida que en el reino animal las excelencias físicas se trasmiten de padres a hijos. El cruzamiento de sangres de calidad da origen a un producto de clase, como pasa con el caballo, para poner un ejemplo.

Fácil es comprender que este noble bruto, como se ha dado en llamarle, no tiene ocasión de hocicar con las tentaciones, por cuanto no goza de la libertad, tan propicia a las caídas. El caballo vive sometido al amo, que no cesa de trabajarlo hasta hacerle alcanzar el máximo de perfeccionamiento. Y como, por otra parte, los animales poco saben de coquetería, no pueden ni siquiera caer en estado de tontería com suele sucederle a tantas gentes. Surge de todo esto que la sangre lo vale todo, cuando de los irracionales se trata. Es de suponer, pues, que el hombre, que no tiene poco de animal, puede alcanzar iguales perfecciones en lo atañadero a su físico. Por eso los que ven a los hombres tan sólo en su parte corpórea, no pueden dudar que la herencia no se haga sentir en éstos como en los pensionistas de las cabañas.

Bernard Shaw parece que no cree en la ley esa. Cuéntase que un día escribióle una bailarina americana proponiéndole una conjunción de los dos. Decíale que ella lo tenía a él por la inteligencia más poderosa del mundo, y que ella, a su vez, era tenida como la mujer más hermosa del planeta, y era claro que el producto que ambos dieran sería el tipo más perfecto. Contestóle Shaw que no se atrevía a llevar a la práctica tan raro pedido, por cuando mucho se temía que el hipotético hijo, que pudiera resultar, viniese al mundo con el físico de Shaw y la inteligencia de la bailarina.

PIA DISTANCIA

(Del libro próximo a aparecer "MUSICA DE SIGLOS")

Pía distancia... ¡Cómo te embellece
¡Cómo te hace de luz en mi ternura!
Por alcanzarte mi canción es pura
Y por ser digna de tu gracia, crece.

Eres como la antorcha que ennoblece
Mi ascención dolorosa hacia la altura
Y el índice brillante que perdura
Sobre la sombra que en mi mundo acrece.

Aunque estoy sola, ¡sola! vas conmigo
Como un astro lejano, pero amigo
Y el Alba se alza entre tus manos pías.

Alguna vez te encontraré. ¡Quién sabe!
Y entonces te dirá mi voz más suave:
Canté siempre pensando que me oías.

MARIA ALICIA DOMINGUEZ

Terapéutica

La señorita de Pérez está mala y su madre hace llamar al médico, que llega y pregunta:

—¿Come usted bien?

—Sí, señor.

—Y de dormir, ¿cómo andamos?

—Perfectamente.

—¿A ver la lengua? Las digestiones ¿las hace usted bien?

—Sí, sí, muy bien.

¿Le duele a usted algo en este momento?

—No; ahora no.

—Bueno ,bueno — dice el doctor — ya veremos la manera de que todo eso desaparezca.

Confesión

La señorita de Mangas Verdes, solterona, de físico muy poco agradable, se arrodilla al pie del confesionario y dice en tono de contricción

—Padre, me acuso de haber cometido un pecado gravísimo. Ayer no pude resistir a la tentación de contemplarme en un espejo y me he encontrado encantadora.

—Tranquilícese, hija mía. Equivocarse no es pecado.

La cédula hipotecaria argentina forja el progreso económico del país sobre la grandeza y el espíritu genuinamente nacional.

Entramos al Banco de la calle 25 de Mayo por una de sus puertas giratorias que vuelcan, en el día, cientos y cientos de personas en el vasto organismo financiero. La arquitectura, el moblaje, la disposición de los departamentos dan al edificio, tinte argentino, tan simpático y necesario.

Un busto de San Martín, imponente, majestuoso, bello, destácase con perfiles recios en el amplio hall del primer piso. El genio del artista ha dado forma admirable a la faz del Libertador y fuerza evocativa de aquel que dió gloria a su patria, sacrificándose por ella en gesto sublime. En un establecimiento bancario de escudo argentino, la figura del gran Capitán, abroquelada en el bronce, es necesario por ser éste, símbolo y síntesis de las epopeyas y prendas de nuestro valioso acervo histórico.

Debemos llegar a la cabeza dirigente y a su despacho nos dirigimos. Es día de recibo para el público y las antesalas están llenas de gente heterogénea.

El doctor Manuel Augusto Gondra, Presidente del Banco, acaba de llegar. Su gabinete no difiere del carácter sobrio y tonalidad seria de toda la casa.

—¿Cuál ha sido su preocupación capital en esta presidencia? — le preguntamos.

—La estabilización de la cédula hipotecaria argentina, anhelo que se ha logrado.

—¿Qué cantidad de cédulas hay en circulación?

—Mil trescientos once millones, según los datos que tengo.

—¿Cómo reparte su tiempo?

—Atendiendo, desde temprano, al público, que casi siempre es numeroso y resolviendo los asuntos del Banco.

—¿En qué forma se han desarrollado los créditos para colonización?

—Perfecta, progresiva. Desde la vigencia de la ley 10.676 hasta el año 1925, las estadísticas acusan lo expresado.

—¿Y los préstamos a empleados nacionales?

—Son numerosos, dada las ventajas que esta clase de operaciones representa para los empleados. Desde 1920 a 1926 el Banco ha prestado cincuenta y dos millones, ochocientos veinte mil trescientos cincuenta pesos.

—¿Cuál es el valor nominal de los préstamos en efectivo?

—Llega a veinticinco millones, setecientos noventa y ocho mil, trescientos sesenta y cinco.

—¿Qué número de propiedades administra el Banco?

—Ochenta y dos, adjudicadas, que han pasado a su dominio.

—¿Se preparan nuevos edificios para sucursales?

—En enero de 1926 se inauguró el nuevo edificio de Santa Rosa, y en octubre el de Bah Blanca. Actualmente está en construcción el de Mendoza.

—¿Qué cantidad de seguros hay?

—Las sumas aseguradas hasta ahora alcanzan a setecientos diez millones de pesos.

—¿Con qué encaje cerró el último ejercicio?

—Con $ 51.296.856.96.

—¿El total de cédulas emitido?

—Asciende a $ 2.118.792.600, de las cuales hay en circulación, pesos 1.268.071.800.

—¿Anuladas?

—Pesos 709.896.625.

—¿Rescatadas?

—140.824.175.

El doctor Gondra, modesto, llano, no quiere hablar de él. Repúgnale la egolatría. Tal detalle pinta su fisonomía moral, señalando esa virtud rara en estos tiempos.

Ha oprimido varios timbres y ordenado que los funcionarios del Banco satisfagan nuestro deseo, haciéndonos conocer el actual estado de la institución que preside, y que, como nos dijo al principio, es próspero.

El gerente nos entrega un balance y una memoria de la institución. Algunos empleados nos acompañan a visitar el local. En todas las oficinas adviértese esa actividad intensa que es signo característico en los organismos de ese género. Desde el tercer piso divisamos a la enorme masa de personas que puja por ser atendida en las ventanillas. La demanda de cédulas es grande.

Hemos llegado a la sección remates. El subastador, martillo en mano ofrece a los concurrentes una propiedad, con base ínfima. Las ofertas no se hacen esperar.

—Veinte mil pesos — grita un señor panzudo, que ostenta anillos de oro con valiosos brillantes.

Veinticinco — dice una hermosa joven que está cerca nuestro.

Las pupilas del señor obeso se encienden de ira.

—Veintisiete — ruge fuera de sí, temeroso de que se le escape el inmueble.

—Treinta — exclama la niña, con tono adorable.

No hay duda posible; se ha entablado una rivalidad entre los dos compradores.

Cae el martillo a favor de la señorita, que, con mohin encantador, se dirige a una de las oficinas a firmar el boleto de compra.

Volvemos a la Presidencia a despedirnos del doctor Gondra, que, con tanta gentileza, nos ha atendido y hecho atender.

Agradezco el saludo de FRAY MOCHO y lo retribuyo — nos dice cuando nos retiramos.

R. C. V. Coconnier.



Doctor Manuel Augusto Gondra, Presidente del Banco Hipotecario Nacional



Oscar R. Beltrán hace un paréntesis a su labor de comediógrafo y publica un volumen de novelas. — Síntesis biográfica del autor de "Tentación"

El fecundo y galano escritor Oscar R. Beltrán, acaba de dar al público, que desde hace algunos años le es familiar, un volumen titulado "Tentación". En él se reunen cinco novelas breves que ofrecen una demostración acabada de los valores de su autor, cuyo nombre ha alcanzado sólidos prestigios en ese género y en el teatro.

"Tentación" es el título de la primera novela. Como cada una de las otras componentes del volumen, señala un aspecto del campo de acción elegido para el lucimiento de facultades imaginativas y literarias de calidad excepcional, que presentan, en conjunto, una personalidad definida ya, en cualquiera de las cinco muestras con caracteres descollantes.

El ambiente de la primera composición es altamente simpático y propicio para la trama novelesca. El amor, la aventura y los detalles de la vida de una artista, intervienen en su desarrollo, alternando en forma agradablemente preparada y convierten a la novela en una pieza muy estimable y que por ser la primera de las que integran el volumen, predispone para la lectura inmediata de las demás, que le siguen en el orden siguiente: "Los incapaces", "Graciela", "Juan Manuel" y "La mujer del otro", todas ellas de méritos indiscutibles.

En "Los incapaces" se presenta un cuadro latente de la existencia del amargado por el fracaso de sus aspiraciones. Por momentos el relato adquiere relieves realistas y cobra toda la intensidad dramática que le es inherente. En "Graciela", Beltrán ofrece una dolorosa historia de amor, que es narrada con la maestría del que sabe obtener la transmisión emotiva al lector, cosa que logra ampliamente, con todas las facultades de novelista inspirado y diestro en la psicología humana. En "Juan Manuel" el novelista evoca un episodio de la adolescencia de Juan Manuel de Rosas, cuyas consecuencias inesperadas tienen un desenlace conmovedor durante la tiranía. Esta novela, creada sobre la base de un episodio histórico es un trabajo admirable. Su contextura ha sido realzada por episodios circunstanciales adscriptos al desarrollo del drama que presenta, y constituye una verdadera obra de aliento, pese a su limitada extensión. Si hay alguna falla en "Juan Manuel", es la brevedad de su desarrollo, que bien pudo haber formado por sí solo, un volumen.

Finaliza la importante serie, con la composición "La mujer del otro" en que se suceden las descripciones de ambientes antitéticos, a través de los cuales se origina la tragedia que deriva de una ligereza femenina incitada por el lujo...

"Tentación" es un mosaico de bellas piezas literarias realizadas con toda pulcritud, y cuya impresión en el lector no puede ser otra que la de una garantía para su conquista.

Este libro aparece en una época de gran actividad de su autor, quien, no obstante haber dado al teatro nacional seis obras, en el término de estos últimos tres meses, ha podido realizar el esfuerzo de una selección de su vasta labor dispersa en las publicaciones literarias y comenzar con él, la serie de sus libros que habrán de consolidar firmemente el renombre adquirido.

***

Quisimos ofrecer al lector una síntesis biográfica de Oscar R. Beltrn. Para ello, lo hemos entrevistado en su casa, en la quietud soberana de los varios millares de libros que componen su biblioteca, quietud interrumpida poco después por el alegre retozar de sus tres hijitos, que juegan en el patio.

Oscar R. Beltrán nos recibe haciendo un alto a la labor de ordenar originales que lo tenía ocupado. La entrevista es relámpago, tal como lo requería la exigencia del momento.

—¿Mi iniciación literaria? Data de la época del primer cigarrillo, del primer pantalón largo y de la primera novia. En una palabra: después del sarampión, sufrí todas estas cosas de golpe. Mis preferencias se encauzaron muy pronto por el camino del teatro, que me ha proporcionado enormes satisfacciones espirituales y materiales...

—¿Trabaja mucho?

—No dejo de estrenar de cinco a seis obras por año y vivo muy feliz, aun cuando las preocupaciones de índole diversa no me permiten trabajar más.

—¿Biografía?...

—Argentino. Casado. Tres hijos. Veinte novelas ,varias de ellas traducidas al francés y al italiano. Treinta y dos comedias estrenadas. Cuatro libros de Geografía en colaboración con mi gran maestro, mi padre Ex-profesor de la Escuela Naval y de la de Mecánica de la Armada. Profesor de la Escuela Comercial de Mujeres...

—¿Cómo vive usted?

—Vivo escribiendo... y de lo que escribo.

—¿Por qué prefiere usted el teatro a otros géneros literarios?

—Porque ni el poeta ni el novelista pueden sentir con tanta intensidad como el dramaturgo, la sensación de haber creado, pues los personajes concebidos por el autor teatral, alientan, se mueven, hablan, viven!...

—Su concepto de la mujer?

—Cada vez que hablo de la mujer la personifico en la figura de mi madre. Por eso imagino a todas las mujeres abnegadamente buenas. Heroicas en el dolor. ¡Santas!... La mujer es océano inexcrutable para quienes buscan la verdad y límpido arroyuelo para los buscadores de Belleza.

—¿Y del amor?

—Que he amado mucho y que amo. Pero no puedo opinar. Porque opinar es hacer intervenir al razonamiento, a la cabeza; y la cabeza nada tiene que ver con este sentimiento que, según los poetas, reside en el corazón... y según los materialistas en el estómago.

—¿Cuáles son sus aspiraciones?

—La mayor de todas es la de llegar a tener un gran enemigo, uno de esos enemigos que honran. Perfeccionaré mi obra, hasta llegar a merecer el enemigo a que aspiro.

R. Ardiles.

LAS INICIALES

(Del libro en preparación "EL ROMANTICISMO Y LOS AMANTES")

Tu nombre tuvo el inefable encanto
Del suspiro fugaz, del primer beso,
Como la gota de agua o el perfume,
Recóndita poesía de un momento
De arte y de juventud... ¡Oh, sí! Tu nombre,
—Rayo de luz acariciante, ensueño
De un imposible amor — que el pronunciarlo
Casi como en secreto,
El labio tiembla, el corazón se turba,
Y sin saber por qué, lloro en silencio...

Nombre de novia (Lydia, Beti, Eulalia)
Que fué en mi vida errante de otro tiempo,
El milagro de un éxtasis, de un alma
Toda emotividad cuyo recuerdo
Perdura aún en mí como la música
Inextinguible de un lejano verso
Que en un breve crepúsculo dijimos
Allá en la Rosaleda de Palermo...

¡Oh, tu nombre! Tu nombre que susurro
Ahora que una nueva dicha espero,
Me da temor por cuanto me dejara
Al irse, el otoñal presentimiento
—La convicción, más bien, — de que mañana
He de marcharme solo...

Y es por eso
Que ante el minuto que huye, desolado,
Atisbo el horizonte azul y veo
Que inevitablemente se aproxima
La hora de hacer el viaje sin regreso;
Y sin embargo, a veces me ilusiono
Tanto que, juvenil aventurero,
En claridad lunar la melodía
De tu nombre traduzco, simple y bello,
Y lo arrojo al pasar por los jardines
Y hecho aroma de amor se va en el viento...

SANTOS AGUILERA.

Primavera, 1927.

El negocio ante todo.

La señora esposa de Levi, el judío, se había ahogado, bañándose.

Activamente se buscó el cadáver, pero no se le descubrió.

Levi tomo su partido. El pensaba:

—Me ahorraré así el entierro.

Y fuése a ocultar su duelo en la capital.

Pero tres días más tarde, recibió un despacho telegrfíico redactado así:

"Mar ha arrojado señora cubierta cangrejos".

Entonces Levi, luego de haber reflexionado y dudado, contestó con este telegrama

"Vendan cangrejos, envíen su importe y echen señora al agua".

CRIMENES IMPUNES

Por el doctor Colapinto

Me he convencido, después de un largo período de observaciones, de que los acontecimientos más importantes y decisivos de la vida de un hombre o de una nación se deben, casi siempre, a una estúpida casualidad. Alguien dijo que si la nariz de Cleopatra hubiera sido chata, otro hubiera sido el destino de Roma. Parece un chiste, pero es una verdad absoluta. La elección de una esposa, un revés de fortuna, una enfermedad mortal, un triunfo profesional, etcétera, se deben, generalmente, no al mérito, acierto o descuido, sino a circunstancias fútiles e insignificantes. Conviene, lo reconozco, enseñar a los jóvenes todo lo contrario: infundir optimismo, afirmar que querer es poder, estimular el esfuerzo personal, sin el cual no habría progreso; pero para evitar a la juventud amargas desilusiones, no estaría de más insinuarle que algún papel tiene, en el desarrollo de los acontecimientos humanos, la señora Casualidad.

Si hubiera puesto el pie en el estribo de mi coche a las horas 20 y 5 minutos en lugar de hacerlo a las 20 y 10, no habría sido actor en un drama que me pesa recordar aun después de pasados muchos años.

Subía yo en el coche cuando un señor, que venía corriendo en dirección a mi casa, me hizo señas de esperar y, al acercarse, me rogó encarecidamente que fuera a ver a su señora, pocas cuadras de distancia, que se retorcía por los dolores. Su voz y ademanes delataban una emoción intensa. No podía rehusarme, aunque me esperaba otro enfermo. Lo hice, pues, subir al coche y, a todo escape, nos dirigimos a su casa. En el breve trayecto el hombre me dió algunos datos sobre la iniciación y síntomas de la enfermedad. Se trataba de una señora robusta, que nunca había estado enferma y que, de repente, había sido atacada por dolores al vientre, con vómitos y malestar intensos.

Llegamos a la casa y el hombre, corriendo, se me adelantó. Abriendo la puerta del dormitorio preguntó a la enferma cómo se sentía y díjole:

—Aquí te traigo al doctor. No será nada. No te asustes.

Me dispuse a revisar a la enferma, una joven rubia muy linda, cuya cara denotaba sufrimiento. Según los detalles proporcionados por el marido, tenía ya la impresión de que se trataba, posiblemente, de apendicitis. Necesitaba examinarla detenidamente. Recién me iniciaba en la carrera y tenía sumo interés en no equivocar el diagnóstico. Recordaba los numerosos errores cometidos en casos análogos por mis mejores maestros. La señora, tímida, avergonzada, se oponía, aunque débilmente, a que yo la examinara.

—Vamos, mujer, déjate revisar — díjole el marido. — No es la primera mujer que ve el doctor... Es por tu bien.

Conseguí, al fin, que, no sin taparse el rostro, descubriese el vientre. Después de un examen minucioso y completo, dije al marido que se trataba, como yo lo había sospechado , de un ataque leve de apendicitis y que con hielo localmente aplicado y una poción por cucharadas que recetaría no tardaría en mejorar.

Pues bien, yo podía dar por terminada la revisación, escribir la receta y despedirme. El destino había dispuesto otra cosa.

Sin motivo alguno de mi parte, ni por vanidad, explicable en un médico joven que quiere impresionar bien a sus nuevos clientes luciendo sus cualidaddes de observador a quien no se le escapa detalle, así nomás, tanto por hablar, pregunté a la señora, de improviso:

—¿Y hace mucho que tuvo usted familia?

El esposo se rió.

—¡Qué pregunta, Doctor, si hace apenas tres meses que nos hemos casado! Estamos todavía en la luna de miel.

Miró a la mujer y, de golpe, se extinguió su risa. Una palidez mortal demudó su rostro, quedando como petrificado...

La miré yo también y se me heló la sangre. ¡Qué barbaridad había cometido! Tenía la mirada extraviada, el semblante lívido, la boca entreabierta como extrangulada por indecible angustia. Era la viva imagen del terror. Un silencio trágico se hizo que no sé cuánto duró. De poder hacerlo, hubiera huido, pero me sentía como clavado en mi sitio, sin poder articular palabra.

El marido fué el primero en reaccionar.

—Escriba la receta — me dijo.

Y me acompañó al escritorio. Después de entregársela, me advirtió que llevaría la enferma a un sanatorio y que le enviara la cuenta.

¡Cómo poder describir mi estado de ánimo aquella noche y las sucesivas!

Yo había desenterrado un secreto que debió permanecer siempre oculto. Era evidente que la mujer se había casado con un hombre a quien había ocultado su mancha. Había podido salvar todos los escollos, había podido fingir, disimular, movida tal vez por un amor intenso y por el temor de que la confesión de su falta o desgracia — porque quizá era una víctima inconsciente — hubiera alejado para siempre al novio. Cuando ya estaba segura en brazos de la felicidad y el penoso recuerdo se iba borrando lentamente, una frase mía, estúpida, extemporánea, había provocado la catástrofe. Ante la sorpresa de la fatal pregunta se había desplomado todo el castillo encantado de la dicha, tan amorosamente construído.

* * *

Encontré después de una semana, en el hospital, a mi colega Prevosti. —A propósito — me dijo — yo también vi a la señora de apendicitis que te llamó hace días. Murió de peritonitis. ¡Qué jetta la mía! Me tocó extender un certificado de defunción después de la primera visita. Nada desacredita tanto a un médico que se inicia como extender un certificado de defunción. Los vecinos piensan que yo la he asistido y se forman un mal concepto de mí. No saben que me llamaron cuando ya no había remedio. ¡Qué barbaridad morir de apendicitis hoy con tantos sanatorios, cirujanos!...

Lo dejé hablar, y, después, con mucho disimulo, inquirí mayores detalles. Me dijo que después de mi visita — según le dijo el marido — la enferma había estado mejor, tanto que no llamaron médico alguno; pero que de repente se había empeorado y lo habían llamado a altas horas de la noche. El caso era ya desesperante. La peritonitis había sobrevenido y no era ya el caso de operar. Mi colega me dió un detalle muy significativo para mí. Me contó, sin dar le importancia a lo que me refería, que la mujer, durante la revisación, repetía como un estribillo:

Tanto Pagliano me ha matado.

Pero el marido le había explicado que se trataba de una poción de láudano y que a la mujer se le había puesto en la cabeza que se trataba de un purgante.

No tuve duda alguna, entonces de lo que había pasado. Recordé perfectamente que cuando vino el marido a llamarme y me describió los síntomas, yo le dije que se trataba posiblemente, de apendicitis, y me congratulé de que no le hubiera dado purgante, como se acostumbra generalmente cuando hay cólicos que se atribuyen a indigestiones. Le había explicado el peligro de dar purgantes. Este hombre, para vengarse y librarse de su mujer, había recordado mis palabras, y, en lugar de los remedios por mí prescritos, le había dado lo que sabía que debía matarla. El hecho de haber llamado médico a última hora era la prueba de su culpabilidad.

Pensé en una denuncia, pero reflexioné y decidí no hacer nada. Ninguna prueba podía ofrecer al juez y si una autopsia hubiera revelado que no existía en las vísceras, el remedio que había recetado, ninguna ley obliga al enfermo a cumplir con las prescripciones médicas. Un purgante fuerte, por otra parte, se puede comprar libremente en cualquier boliche, hasta en plena campaña. Además, habría debido revelar el fatal secreto, la mancha del pasado, base de mis sospechas, y echar lodo sobre la memoria de la pobre víctima.

Me callé, proponiéndome ser en adelante como lo exigía Hipócrates a sus discípulos por juramento: sordo, mudo y ciego a la cabecera del enfermo. Después, ¡cuántos crímenes no he presenciado, impotente! Porque considero un crimen dejar que un enfermo se muera sin asistencia médica, sea por no gastar, sea porque hay interés en que se muera. ¿Quién puede obligarle a que compre los remedios? ¿Quién puede castigarle si compra los remdios y no se los da? Todos los días vemos enfermos que se salvarían comprándoles un poco de oxígeno y todos los días nos llaman cuando ya se están muriendo, y esto sucede porque quieren, los parientes, evitarse la molestia de conseguir un certificado de defunción cuando ha faltado la asistencia médica. Presenciamos en el ejercicio profesional escenas de un egoismo feroz: hijos que dejan morir a sus viejos, maridos a sus mujeres, después de haberlas explotado como bestias de carga, y hasta padres que se desinteresan de la vida de sus criaturas.

Mientras los jueces condenan por un crimen pasional cometido en un arrebato de locura, estos crímenes alevosos quedan impunes. ¡Menos mal que — por contraste — presenciamos también escenas de sublime altruismo, de amor y sacrificio que nos reconcilian con la humanidad. Pero son muy pocas.

LA SOBERBIA

Ruín arquitecto es la soberbia: los cimientos pone en los altos y las tejas en los cimientos.

Nadie está seguro del soberbio y por eso el soberbio no está seguro de nadie.

La soberbia nunca baja de donde sube, porque siempre cae de donde subió.

Son los soberbios como el humo, que cuanto más se levanta, más se va desvaneciendo en menores globos, con que brevemente desaparece, no dejando otra señal de su camino sino tizne y hollín.

Dsatinada es la locura de la soberbia. Puede llegar al cielo el hombre con la oración; no puede, en cambio, llegar con ladrillos y cal.

Despreciar el mundo y sentirse despreciado del mundo es ser más soberbio que el mundo.

Sube el cohete con gran ruido y aplauso festivo; y ya en lo alto se cree estrella, cuando es sólo un poco de luz que instantáneamente se torna humo y ceniza. Y ninguno de los que le aplauden viéndole subir, ignora lo poco que ha de durar y lo breve en que ha de caer: así que ninguna cosa retrata tan vivamente la presunción de los soberbios, como las bufonerías del fuego.

FRANCISCO DE QUEVEDO.

LA PERRA PERDIDA

Por Jean Bonot

A las once y cuarenta y cinco de la noche, Guépin entró en su casa sin hacer ruido. La seguía una perra errante. Llovía y hacía fresco. No tuvo valor para espantar al animal, cuya ansiedad se traducía por el estremecimiento febril de un robo minúsculo.

Encendió una cerilla, entró en la cocina y dió luz.

Todo estaba en orden y respiraba la mayor limpieza a pesar de que aquella noche había cenado en casa la familia.

Mientras él había ido a acompañar hasta el tranvía a la tía Virginia, a los primos Baluchard y al tío Celestino, su mujer había fregado toda la vajilla y dejado la cocina como un ascua de oro, con los cacharros ordenadamente colocados en la mesa.

—¡Pobre Antonia! — murmuró.

Ahora le pesaba un poco haber prolongado los placeres de la mesa con unas cuantas libaciones solitarias en varios cafés del barrio.

Y, como tenía el vino cariñoso, un impulso efusivo le llevó a inclinarse hacia la perrita, que tiritaba a sus pies, mirándole fijamente.

—Has tenido suerte al encontrarme — le dijo acariciándole la cabeza. — Gracias a mí vas a poder pasar la noche calentita.

Y con unos papeles, unos trapos y un poco de paja, cerca del fogón, tibio aún, improvisó un rinconcito, blando y abrigado, donde acostó a su protegida.

A las siete de la mañana Guépin dormía profundamente cuando su mujer le despertó sacudiéndole con fuerza.

—¡Despierta, Antonio!

Abrió los ojos sobresaltado.

—¿Las siete ya?

—Han dado hace un rato. Te queda el tiempo justo para vestirte y marcharte escapando a tu oficina.

Adormecido, la boca pastosa, y sin acordarse de nada, se levantó refunfuñando.

La señora de Guépin le contemplaba en silencio.

Indudablemente, le guardaba rencor por haberse estado la noche antes, rodando por los cafés, en vez de haberse retirado en seguido para ayudarle en las faenas de la casa.

Se mascaba la tormenta en el aire.

Antonio la veía acercarse, y por esto no se atrevía a abrir la boca, temeroso de que a la primera palabra se desbordara la bilis de su esposa.

De pronto, Guépin y la señora de Guépin se miraron asustados. ¿Qué podía ser aquello?

—Podría jurarse — se atrevió al fin a balbucear Antonia — que ha caído un aeroplano en el techo de la casa.

—¿No será la lámpara del comedor que se haya caído al suelo?

—Eso es, de seguro.

Corrieron al comedor, donde nada había ocurrido. En la sala todo estaba también en orden. ¿Entonces?...

Entonces la señora de Guépin abrió la puerta de la cocina.

—¡Maldición! — rugió retrocediendo horrorizado ante el espantoso espectáculo.

En el suelo, hecho añicos, se amontonaban fuentes, platos, vasos, soperas.

En el centro la perrita saboreaba tranquilamente los restos de una fuente de pepitoria.

El pobre Guépin, con la cabeza baja, contemplaba el desastre murmurando:

—¡Qué contratiempo! ¡Qué contratiempo!

La señora de Guépin no decía nada, no porque la hira le hubiese dejado sin habla, sino porque no encontraba una palabra que fuese lo bastante fuerte para pulverizar al verdadero autor de la espantosa catástrofe.

—¡Hace falta ser lo cretino que tú eres — dijo al fin — para encerrar en la cocina a un animal como éste.

—¡No me anonades, Antonia! — suplicó Guépin. — No soy tan culpable como crees. He sido víctima de mi buen corazón.

—¡Ya te daré yo buen corazón! — interrumpió la señora de Guépin.

Y cogiendo la perrita por el cuello abrió la puerta y echó a rodar al animalito por la escalera.

Cuando Guépin volvió a almorzar no cesaron por parte de su mujer los insultos y lamentaciones más diversos.

El culpable no respondía ni una palabra.

Pensaba que lo mejor era dejar pasar la tempestad en espera de la calma.

Pero por la noche el tiempo no había mejorado aún.

Y cuando Guépin volvió de la oficina le recibió con estas palabras:

—¿Sabes lo que nos ha costado tu gesto caballeresco con el perrito sarnoso que trajiste? ¡Setecientos veinte francos! He sacado la cuenta.

Pero esta vez Guépin no se calló. Y en tono más alto y airado que su mujer exclamó:

—¿Y sabes tú lo que nos has hecho perder arrojando de casa brutalmente a un pobre ser irresponsable?... ¿No?... ¡Pues te lo voy a decir!

Y desdoblando el periódico que llevaba en la mano, le hizo leer el siguiente anuncio:

"Tres mil francos de recompensa al que devuelva a la señora de Lataupette una perrilla "fox" que responde al nombre de Bobette".

Homenaje al doctor Tomás E. de Estrada.

Una significativa demostración de vastas proporciones sociales, fué la tributada al nuevo presidente del Banco de la Nación Argentina, doctor Tomás E. de Estrada, mediante el almuerzo que en honor de dicho caballero se sirviera en los salones del Jockey Club. Ofreció el acto, en un conceptuoso discurso el doctor Rómulo S. Naón, a quien contestó el obsequiado, agradeciendo, con elocuentes palabras, la distinción de que se le hizo objeto. — Un detalle de los numerosos comensales que asistieron al banquete.



Museo Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras





Con asistencia del presidente de la República, doctor Marcelo T. de Alvear y del ministro de Justicia e Instruccin Pública, doctor Sagarna, efectuóse la inauguración oficial del Museo Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras, situado en la calle Moreno 350. — Dos instantáneas del acto, tomadas mientras se pronunciaban los discursos, que fueron iniciados por el doctor Ricardo Rojas.

Bibliografía

De izquierda a derecha: señorita María Angélica Méndez Caldeira, prestigiosa escritora argentina, autora del libro de cuentos ''La gruta de las perlas'', recientemente aparecido; Señorita Alicia Porro Freire, notable poetisa uruguaya, colaboradora de Fray Mocho, a cuya pluma se debe el volumen de versos ''Polen'', favorablemente acogido por la crítica y señor Arturo Marasso, autor de ''Retorno'', tomo de poesías acabado de editar.







Llegada del paquete "Almeda" de la Blue Star Line





Festejando el primer viaje con carga general, desde Londres a la Argentina, realizado por el vapor ''Almeda'', los representantes de la Blue Star Line, a que pertenece dicho barco, ofrecieron a bordo del mismo, un lunch que fué servido en honor del periodismo metropolitano. — A la izquierda: el capitán de la nave, los representantes de la compañía y algunos de los concurrentes al acto. — A la derecha: una vista del espléndido vapor, cuyo magnificencia y lujo fueron admirados por los visitantes.

La señora de Alvear visitando a Orfilia Rico



La esposa del presidente de la República, doña Regina Pacini de Alvear, durante la visita que hiciera a la notable artista Orfilia Rico.

Aniversario de la República de Portugal



Conmemorando el décimo séptimo aniversario de la República de Portugal, un grupo de residentes del mencionado país, reunióse en un banquete que se sirvió en la Confitería Pellegrini. — La cabecera de la mesa.

Festival gimnástico en el Colegio San José





Con todo lucimiento llevóse a cabo un interesante festival gimnástico organizado por las autoridades del Colegio San José. — Un aspecto de las numerosas familias que concurrieron a la fiesta.





Los alumnos de la quinta, sexta y séptima división del Colegio San José, presentados por su profesor señor C. Peron, durante la ejecución de los ejercicios rítmicos y calisténicos que constituyeron uno de los números del programa de festejos.

El audaz asalto del pagador del Hospital Rawson



Un nuevo criminal atentado, que ha dejado honda sensación en el ánimo público por la increíble audacia con que fué realizado, y que reclama la más enérgica reacción de las autoridades contra la horda de facinerosos, cuyas continuas fechorías constituyen ya, un baldón para la capital de la República, acaba de perpetrarse en las personas del habilitado municipal del Hospital Rawson y de los empleados que le acompañaban para efectuar el pago de los sueldos del personal de dicho establecimiento y del Hospital Muñiz. — La galería del Hospital Rawson, donde se efectuó el asalto a mano armada.



El auto municipal, chapa 72, que conducía al pagador, señor Virgilio Bocalandro, al ayudante Tomás Varela, y al agente de policía Francisco Gatto, quienes fueron atacados a balazos, al penetrar, con los fondos, en la administración del Hospital.



El cadáver del infortunado agente Francisco Gatto, muerto alevosamente por los malhechores, al descender del automóvil en que viajaba con el habilitado, señor Bocalandro, custodiando los fondos que éste conducía.







A la izquierda: el ayudante Tomás Varela, de cuyas manos le fué arrebatada la valija que contenía 121.477 pesos, después de haber sido intimado, revólver en mano, por uno de los asaltantes y de recibir un golpe en la cabeza, que le privó del sentido. — En el centro: el habilitado, señor Bocalandro, herido de un balazo en la clavícula, ocupando una cama del Hospital Rawson, donde fué inmediatamente atendido por el personal médico del establecimiento. — A la derecha: el chauffeur municipal Luis Angel Bazzani, que guiaba el auto ocupado por el pagador y sus acompañantes y que milagrosamente resultó ileso de los diez o doce disparos que efectuaron los asaltantes contra las personas que viajaban en el vehículo.

INAUGURACIÓN DE UN NUEVO EDIFICIO ESCOLAR

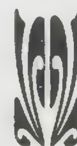


La niña Elena Molina, alumna de primer grado que declamó diversas poesías



Con asistencia del presidente del Consejo Nacional de Educación, del vocal ingeniero Gallardo, del inspector técnico general, del presidente del Consejo XX doctor Hugo Cullen y de otras autoridades docentes, se realizó la inauguración de un nuevo edificio escolar. — Vista parcial de la concurrencia.





Frente del edificio de la nueva escuela situado en la calle Piedrabuena 4851, perteneciente al Consejo Escolar XX, que fué recientemente inaugurado.

Desfile de rodados organizado por el Touring Club Argentino





Organizado por el Touring Club Argentino, efectuóse el desfile de vehículos que periódicamente acostumbra a realizar dicha institución. — A la izquierda: durante la concentración de la columna en la plaza de Mayo. — A la derecha: el paso de los rodados por la avenida del mismo nombre.



Un detalle del desfile de vehículos, realizado en la pista de la Sociedad Rural Argentina.

CONCIERTOS



La niña Celia Rodríguez Boqué, precoz guitarrista, que dió un notable concierto en los salones del Círculo de La Prensa, alcanzando franco éxito.

Actualidades cinematográficas



León Errol en la producción más cómica de la época: ''El loco del dirigible'', que en breve estrenará la Metro - Goldwyn - Mayer.



Johnny Herron y Florence Gilbert en ''El amor nos vuelve locos'', que la Fox distribuye desde el jueves último.



Escena durante el filmaje de la cinta cómica-deportiva ''El estudiante'' novísima producción de Buster Keaton, que Artistas Unidos estrenará este mes.



Raymond Gleen y Corliss Palmer en ''El último golpe de Boston Blackie'', producción Chadwick, que la Universal estrenará el jueves próximo.



Escena de ''El misterio del millón'', protagonistas; Lila Lee y James Kirkwood que la General exhibe desde anteayer.





Escenas de ''El camino de Buenos Aires'', film de gran actualidad e interés dramático, interpretado por Jenni Hasselquist, Fleuri Stuart, Irene Kraus, Emmy Flemmick y Margit Piller, que la Mundial comenzará a estrenar esta semana, en los principales biógrafos.

SOCIALES



ENLACES. — Capital Federal. — María Cristina Aguirre Stegmann - Delfín Díaz Nieyra.



Natalia Montes Caballero - Alfredo López Consté.



Ana María Concepción Zenga - Carlos Gabriel Salas



Isabel Tritti - Raúl Edrosa

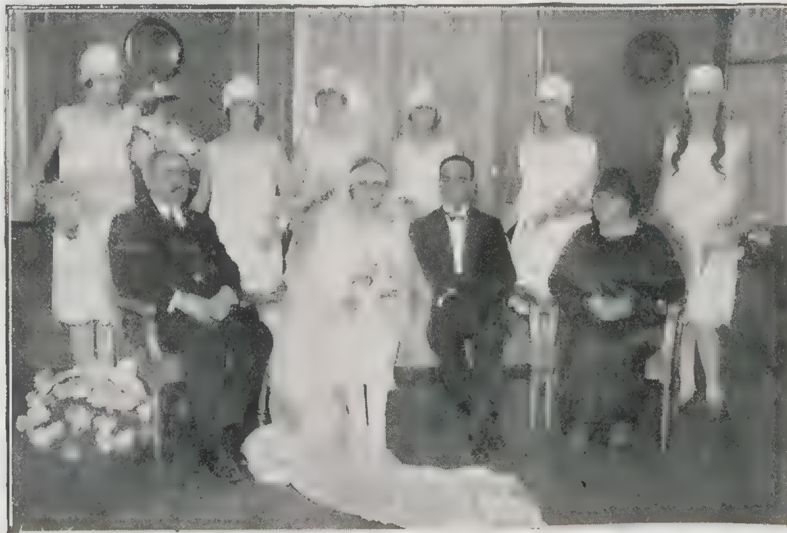




Isabel Toribio Hortal - Carlos F. Franchini



María Elena Lasquerre - Manuel L. Pérez



Herminia M. Ferraris - Lázaro Elisseiy



ROSARIO. — Aida Arteaga - Juan Alberto Parenti.



Antonia Parisi - Felipe Blanco.



Irene Gutiérrez - Roberto Piccati.



Geni Marcucci - Alberto Coviello.



Selva A. Barquero - Pedro De Coste.

NOTAS de ARTE



Señor Ermete Ferrando, colaborador artístico de **FRAY MOCHO**, y su cuadro "Crisantemos", que figura en el XVII Salón Nacional de Bellas Artes





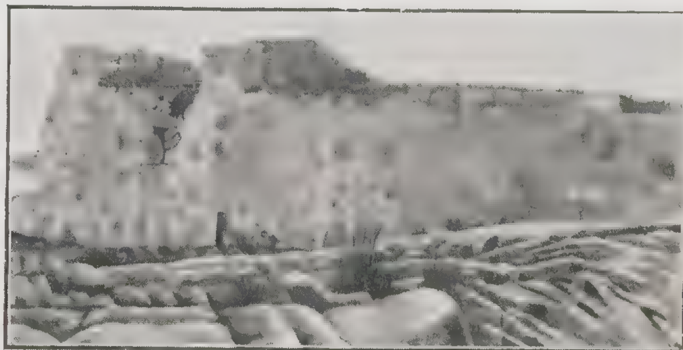






"El indolente" y su autor, el pintor argentino señor Edelmiro Volta. Dicha obra, que también se exhibe en el Salón Nacional, fué adquirido por el señor Nazar Anchorena. El Museo de La Plata también obtuvo otra tela del mencionado artista.





El pintor señor Luis A. de León, inaugurará en breve, una exposición colonial, la primera de este género que se realiza en Buenos Aires. Al efecto ha trasladado al lienzo diversos motivos obtenidos en los históricos lugares de La Colonia (República Oriental). — Reproducimos algunas de las obras que serán exhibidas. — A la izquierda: "Ruinas de la casa del virrey". — A la derecha: "Fuerte de San Pedro", cuyas murallas resistieron cien años de lucha.



"Paisaje de invierno"



"Barrancas del Real" donde desembarcaron las tropas del virrey don Pedro de Cevallos que derrotaron a las fuerzas portuguesas.

INFORMACION GRAFICA DEL INTERIOR



VILLA MERCEDES. — (San Luis). — El gobernador de la provincia, doctor Arancibia Rodríguez, llegando a la localidad para asistir a las fiestas patronales



El obispo de Cuyo, monseñor Orzali, el senador Mora Olmedo y otras personas durante la recepción que, en honor del gobernador, se efectuó en la municipalidad.



El gobernador, el intendente municipal, el jefe de policía y otros comensales, durante el banquete servido en el Hotel Progreso.



Una instantánea de la cabecera de la mesa en el banquete organizado en honor del mandatario provincial.



El gobernador, doctor Arancibia haciendo uso de la palabra.



Un grupo de familias concurrentes al lunch servido en los salones de la municipalidad.



El diputado nacional, doctor Landaburu, hablando durante el banquete del Hotel Progreso.



CORDOBA. — Comida ofrecida por los médicos del sanatorio Santa María, al director del establecimiento, doctor Antonio L. Roballos, festejando su cumpleaños.



NEUQUEN. — Grupo de residentes chilenos que festejaron con un banquete el aniversario de la independencia de Chile.

JUAN MOREIRA

Por Laurentino C. Mejías

(Del libro "Policíacas (Mis cuentos)", recientemente aparecido).

El nombre fué divulgado por el folletín policial de Eduardo Gutiérrez, en *La Patria Argentina*, extendiéndose debido al drama representado por primera vez en el teatro Politeama, transformado en Circo por los Podestá; y el populacho ensalzó las proezas heroicas bebidas en fuentes de turbias aguas. Después ha ido formándose la leyenda, quedaba en las brumas la realidad de 1874.

Más de medio siglo pasado, nos han llegado distintas versiones, que no coinciden con la que conocimos en su oportunidad por actores directos: el oficial inspector Pedro Berton y el vigilante de la primera compañía, Andrés Chirino, ambos del Cuerpo de vigilantes, de la policía de la provincia de Buenos Aires, en la jefatura de don Enrique O'Gorman.

Chirino, sanjuanino, fué vigilante de mi compañía y tercio del servicio de calles en la sección 1a. de esta ciudad. Entonces, la policía, mandaba piquetes a hacer guardia en las Cárceles de Dolores, Mercedes y San Nicolás, porque los milicos de policía a órdenes de los jueces de paz de partido en la provincia, vigilaban el pueblito y la campaña en rondines allá por muerte de un obispo. Eran reclutados tales gendarmes, entre haraganes, borrachos e inservibles. Si hay que hacer excepción, será con las clases, lo demás eran maulas; por eso fué que en Navarro, peleó Juan Moreira en unión a soldados de la partida, contra un piquete de vigilantes de esta ciudad que había sido enviado especialmente a cargo del oficial inspector Adolfo Cortina (teniente de caballería en el Paraguay, con mentas de guapo) a aprenderlo; lo que no logró. Este episodio costó la exoneración del juez de paz y del comisario del pueblo de Navarro, por el gobernador.

Juan Moreira había cometido un asesinato en el mismo pago; herido a un sargento del partido de 25 de Mayo; y mató a un tal Leguizamón, en una elección, porque en esos tiempos, se alquilaban bravucones para temibilidad con que se ahuyentaban a los electores en los comicios.

El oficial de policía Pedro Berton de regreso, por la mañana, el 30 de abril de 1874, de una de esas guardias de cárcel, de que fué relevado, llegó con el contingente a la Estación de Lobos, y esperaba la combinación en el andén para incorporarse al departamento de policía, cuando, una comisión de vecinos, entre los que se contaban D. Francisco B. Bosch (después general y jefe de policía de la capital, 1885 - 86) y el oficial de policía de ese pueblo señor Varela, le pidió auxilio para capturar al bandido Juan Moreira que se encontraba en la mancebía de "La Estrella", cerca de la estación ferroviaria, en la esquina de Ministro Brin y Las Flores, y dispuso concurrir con varios agentes, dejando lo demás de la fuerza armada a rémington, que fué el arma que la policía usó entonces y con la que peleó en la revolución Tejedor en 1880.

Berton, hijo de genovés y madre argentina, apenas de apuntarle el bozo, desapareció del hogar, sin que se tuviesen noticias suyas durante muchos años, hasta que regresado al ejército en la clase de soldado distinguido de un regimiento de artillería, ascendiendo al grado de teniente. Sintióse enfermo, obtuvo la baja y regresó a su país. Debió trabajar para reanudar su vida y en su grado se incorporó al Regimiento de Guardia Provincial, que comandaba el teniente coronel José Igancio Garmendia, que en grado de coronel fué jefe de policía durante la revolución del 80. Berton sirvió en ese cuerpo desde el año 1870 al 72, asistiendo a la primera campaña de Entre Ríos, contra la revolución de López Jordán, en que se le acuerda su baja por enfermedad. En 1873, ingresa a la Policía como oficial inspector, aescendiendo a principal después del episodio con Moreira; pero al federalizarse la capital, pasa a La Plata, con el jefe de policía Julio S. Dantas, como capitán de Guardia de Cárceles que mandó Ramón L. Falcón. En 1886, con nombramiento de comisario, funda la compañía de bomberos de esa ciudad, siendo jefe del cuerpo hasta 1888. Es antecedente con que fijamos su entereza.

La referencia que me hizo el oficial Berton, amigo y pariente, del suceso en que accidentalmente actuó, siendo herido por el bandido, ya cebado como tigre, por impunidad política, es la siguiente: llegado al lupanar, se le indicó la habitación en que se encontraba el criminal, y disponiendo sus sus agentes en dispersión, tomando el rémington a uno de ellos, y colocándose delante de la puerta cerrada, golpeó con la culata réciamente, contestándole una voz aguardentosa:

—¡Qui'ai!... y el consiguiente ajo criollo del matón.

—¡Abra la puerta, y salga Juan Moreira! — dijo el oficial.

—¡Y a quien le abro, ajo!... — contestó el gaucho.

—¡A la policía de Buenos Aires!... — contestó enérgico, Berton, sin recordar que Moreira, no tenía muy en cuenta a esa entidad, desde el encuentro que tuvo antes con el oficial Cortinas.

Medió un compás de espera. Berton seguía en posición de preparen... cuando, rápidamente se abrieron las batientes de aquella puerta, sonó un estampido de arma de fuego, cerrándose de nuevo. El oficial, descendió el fusil con la mano izquierda, cayendo la derecha al costado bañada en sangre; el proyectil habíale fracturado la muñeca derecha. El bandido le había madrugado en su estrategia. Con sagacidad policial lo hubiese evitado Berton, si su colocación la efectuara a un costado de la puerta. Es de suponer el desparramo de la gente, que adoptaría posiciones de escondite, al quedar el jefe de la fuerza fuera de combate...

Continúo con lo que me refirió el vigilante Chirino, cuando volvió a la policía, cicatrizada su herida en la cara.

Chirino se encontraba agazapado detrás del brocal del pozo de balde que había en el patio, desde donde oyó el segundo estampido, a continuación del cual, vió abrirse la puerta de par en par con estrépito, y salir corriendo un gaucho con el facón en la diestra, y al tratar de escalar la pared de cerco pegando un brinco, previamente de asegurar la hoja del arma con los dientes, cruzada entre los labios, queda colgado con las dos manos sobre el mojinete de la pared. El vigilante Chirino, que se encontraba inmediato, para desventura del bandido, teniendo la bayoneta armada, porque así la traía el piquete, no perdió tiempo: le ensartó por la espalda... asegurándole en la pared para que no hiciese movimiento; — como lo hubiera hecho cualquiera con un batracio u otra alimaña. — No hay que pensar en ascos de aquel vigilante de la compañía de granaderos, fuerte, en plena virilidad, musculoso, que, como soldado hubo actuado en toda la campaña del Paraguay.

Moreira, en esa posición, con la derecha sacó instantáneamente una pistola del tirador, y, por sobre el hombro, sin poder hacer puntería, por instinto de conservación, defendiéndose como animal bravío, de garra, acosado, hizo el disparo hacia atrás, hiriendo de refilón a Chirino sobre el pómulo inmediato a un ojo, y por ley de gravitación, cayó al suelo, muerto...

Eduardo Gutiérrez, legó su discurso agónico para hacer más tétrica la narración, que han reproducido las representaciones en los circos, del drama emocionante policial, exagerado:

—"¡Ah, cobarde! ¡cobarde!... A hombres como yo, no se les hiere por la espalda!... ¡No podés negar que sos justicia!..."

Como para perorar en ese instante, en tal posición... Si se hubiese examinado la hoja del facón, se habrían encontrado vestigios de los dientes, que apretaron, indudablemente, en el estertor

* * *

Más tarde, cuando se representaba en el Politeama por la compañía Podestá, el sainete arreglado del folletín de la *Patria Argentina*, tuve oportunidad de presentarle al escritor en el mismo teatro al fundador de la compañía de bomberos de la ciudad de La Plata, D. Pedro Berton, quien, en el palco que ocupábamos, hizo críticas a la exageración e inexactitud del drama policial, conviniendo en que Podestá, así preparó el libreto para el circo.

Existe como documento comprobatorio de la exageración en presentar a su público un Juan Moreira como ideal gauchesco, la filiación con que fué circulada la captura de Juan Moreira por el juez del crimen, cuando anduvo haciendo de las suyas: "argentino, de padres desconocidos, blanco-colorado, ojos grandes verdosos, hoyoso de viruelas, boca grande, na-

riz aguileña, melena y bigote sólo castaño, regular estatura, grueso, cincuentón."

Desde aquella época no ha habido enmienda. Se moldeó Juan Moreira en un héroe gauchesco, cuyas proezas encantaban a cierto vulgo, que lo aceptaba como pan bendito. Si se le dijese: "fué un bandolero sanguinario, haragán, que se conchababa en los días de elecciones, para molestar a los alsinista, asustando a los votantes; — que fué un asesino vulgar que en una pulpería, en Navarro, apuñaleó por placer, montado encima, a un infeliz mercachifle italiano, con tal saña, que un amigo suyo, Serviliano Silva, y que ya, muy viejo, vivía en el pueblo Las Heras, refería haber dejado el suelo picado con la punta del facón con que le clavaba, traspasándole. Gaucho malo, peleador de policías..." — no lo creería ese populacho, saturado de compadradas, por haber visto en el circo un gaucho lindo, lujoso, víctima de persecusiones por la justicia, que fué honrado trabajador...

El Dr. José Ingenieros, profesor de la Facultad de Filosofía y Letras, dió una conferencia muy concurrida sobre Juan Moreira, a la que asistió gente distinguida por su intelectualidad, exhibiendo sobre el pupitre el proceso que se le había facilitado en los tribunales de La Plata, y del cual leyó algunos párrafos de los que resultaba el personaje siniestro, tal como lo dejamos descripto.

* * *

En los circos de toda la República ha aparecido siempre Juan Moreira exagerado. Un gaucho buen mozo, melena y barba unitaria renegrida, vistiendo lujosamente camiseta negra, calzoncillo con criba y fleco, bota con nazarenas, pañuelo de seda al cuello, sombrero chambergo con barbijo y borla sobre el mentón; decían que montaba un caballo bayo. Esta circunstancia dió lugar a un chusco incidente lamentable. He aquí el relato.

En la calle de Castro Barros, entre Rivadavia y San Carlos, acera al poniente, un extenso baldío, fué levantado el toldo de lona de un gran circo, con gallardetes colorinches; y a poco, los carteles fijados en las inmediaciones anunciaron la representación del famoso drama policial "Juan Moreira", agitando la chamuchina del andurrial.

Supo el empresario, que el comisario de la sección tenía un hermoso bayo de silla, y mediaron empeños a fin de que lo facilitase para el debut del popular drama; lo cabalgaría el interprete del personaje principal.

Mi caballo, criollo, de alzada, tenía la maña, para quien no lo conociese, ser espantadizo, peligroso, muy inteligente; que a más de un desprevenido le sacó limpito de la montura. No tuve inconveniente en facilitarlo, cediendo al empeño, pero salvando responsabilidad, hice saber el resabio, para que llegase a conocimiento de Juan Moreira, actor, si no era maturrango...

Cuando aparecí en el circo con amigos en el palco que me hubo reservado, como honor el empresario, encareciéndome asistencia, vi, en una localidad de enfrente, la voluminosa figura de ébano del "negro Thomson", payador de la talla del pardo Ezeiza; ambos de renombre por las orillas de la ciudad; — al que le alcanzaron una guitarra, adornado el mástil con largas cintas de los colores de la bandera patria, y envuelto en la atención de la concurrencia, empezó a templar el instrumento, blanqueando los ojos al techo, ajustando de cuando en cuando las clavijas, y en preparación de cantar, asentó su mano grande, negra, sobre el cordaje y pasó revista al público que es aperitivo de payadores avezados, y comenzó con gran sorpresa mía, al nombrarme, canción encomiástica al funcionario. — Así que terminó, y recibió mi saludo sacándome el sombrero, la concurrencia, que se lo había devorado ávido con ojos y oídos, le hizo una ovación ruidosa al cantor criollo que, de pie, con la guitarra al costado, sonreía francamente mostrando envidiable dentadura, entre una gran rosa que formaban sus grandes rojos labios, indicándome con su diestra de negro leal mi persona para que compartiese de su triunfo.

Comprendí que el tiro venía del ingenioso empresario, que quería ganarse la simpatía de la primera autoridad del barrio.

En seguida de aplacarse la sensación vernácula, la música de viento del circo empezó su turno con sinfonía metálica, en que los platillos, el triángulo y el bombo, no dejaban oir los comentarios de las gentes hacia "el negro Thomson", mientras iban llegando los gendarmes de campaña — ¡unos desgraciados! — el armazón del boliche, "Cocoliche" y "Sardetti", y todo lo demás que completaba el bochinche. En eso, por una abertura del redondel saltó mi bayo a la pista, los ojos como luces, apuntando las orejas, resoplando, debido a un lonjazo inconsiderado que le descargó por los hijares Juan Moreira, que entraba, y como al propio tiempo estallo el bombo y los platillos, el animal pegó la primer tendida que desacomodó al gaucho. Ahí anduvo el jinete a gritos y rebenque, correteando con el bayo, dócil a las riendas, siguiendo los movimientos que le imponía en las quebradas de cuerpo, que el pingo acompañaba.

Aparece en seguida la escena fuerte, patética, de la portada del juzgado de paz, en que Juan Moreira, increpando la cobardía de la justicia ante un hombre solo, golpea reciamente con el talero, y pelea a los milicos, a quienes rebenquea de lo lindo por los lomos; y en un molinete en las dos patas que ni soñó Juan Moreira: — "¡Adiós, mi plata!" — el caballo salió disparando para la calle, no parando hasta la querencia...

El pobre gaucho maturrango había dado con la cabeza contra el mástil, que formaba la altura de la lona del circo, y, desvanecido, sobre una escalera, se le transportó a la botica más cercana, porque entonces no estaban, como ahora, tan preparados los servicios de la Asistencia Pública.

El empresario plagió a su colega Raffetto:

—Signori, volio parlare al público: si sorprende la funciones, perque viene una trumenta, ¡de la granstete!...

PEQUEÑO, TU QUE JUEGAS...

Pequeño, tú que juegas por las noches
en el barrio habitual,
¿sabes, acaso, el mundo que te espera?
Crecerás, crecerás...
Sin darte cuenta se te irá la infancia;
con ella la inocencia se te irá.
Así, por vez primera, un poco serio
te pondrás a pensar
en la vida, en la muerte,
y la duda en tu pecho estará ya.
La lozanía propia de los años,
platónica o sensual,
se vestirá de rosas encendidas
y empezarás a amar;
y en tu pecho, más honda y enigmática
la duda se hallará.
El ensueño, que es pájaro incansable,
contigo ha de viajar.
Tú irás en busca de algo
que nunca encontrarás.
Sólo la duda, amarga y silenciosa,
en tu pecho estará.
Como el más simple juego de la infancia,
la prenda que se esconde y se ha de hallar,
peregrino serás de los senderos,
grávido de ansiedad,
y pasarán los años
y tú, tras el ideal
que ha escondido una mano...
¡ay, tu mano quizá!

Pero tal vez aciertes el sendero
que lleva a la verdad;
puede también que escuches las palabras
de tu alma inmortal
y que digas: "mi carne,
carne es de eternidad"...
mas, si no bebes agua
del claro manantial
la duda estará siempre en tu cerebro;
duda será tu carne y tu anhelar.
Hasta que el día último del viaje,
día que tienes reservado ya,
de la enorme montaña del Enigma, en un hueco,
aprendas el silencio de saber y esperar.

J O S E E. P E I R E

LAS DEUDAS

El hombre que con un sistema de deudas dilapida sus propios recursos, es un hombre perverso que ha perdido su propia dignidad, el respeto y la gratitud hacia sus progenitores que trabajaron para hacerle feliz, el afecto de su prole, a la que prepara la herencia de la miseria y de la ignorancia. Su vida es un delito, es un parricidio y un suicidio juntos, es una gran destrucción. En un solo hornillo, en el de su falta de moderación, quema y consume los esfuerzos de sus progenitores ,su honor y la felicidad de sus hijos. El pasado y el porvenir de su familia los sacrifica a un vergonzoso y desdichado presente, turbado por los remordimientos de la conciencia, por las reconvenciones de sus mayores, por el dolor de sus hijos, por el desprecio, la compasión y el escarnio del público. Imagen de la destrucción, causa de vergüenza y de extremada miseria, ¿qué representa ya en el seno de su familia, sino un tremendo castigo de Dios?

PERSICHETTI.

Las hazañas de Mandinga

(CUENTO PAMPEANO)

Por María Angélica Méndez Caldeira

(Del libro "LA GRUTA DE LAS PERLAS", recientemente aparecido)

Esperando que se dorara el jugoso costillar de carnero, tomaban mate alrededor del fogón los hijos del capataz de la estancia "Los aromos", con el viejo peón don Toribio.

—Que nos cuente un cuento el viejo — dijo Nemesio, y los tres peoncitos repitieron:

—Sí, que nos cuente un cuento don Toribio!...

—Sirvasé otro matecito, viejo, pero ya sabe, a condición de que cuente uno de esos cuentos de ánimas que tanto me gustan, insistió Nemesio.

—¡No!... gritó Ciriaco, el menor y el más haragán y agregó: que cuente los de Mandinga o de los reseros de la Pampa.

—No les haga juicio, don Toribio, — intervino Gumersindo, — y cuente lo que a usté le dé la gana, todos son lindos al fin, sean de Mandinga o de ánimas en pena, de resero o de brujas.

El viejo peón, por toda contestación se limitó a echar una bocanada de humo, del cigarro de chala que tenía entre sus labios, sacudió la ceniza con la uña del dedo meñique, se ensimismó en sus pensamientos y después de cavilar un rato, comenzó diciendo:

—"Risulta que hace una punta de años, había en la Pampa un pobre gaucho, conocido con el apelativo de Moyano, es decir, se yamaba don Anacleto Moyano. Era el capataz de la estancia "Los caranchos" situada sobre una loma y la oriya de un arroyito cantor. Bueno, como les bia contando, don Moyano tenía tres hijos, a cual más desobediente y malmandao.

—De siguro como este maula — dijo Nemesio por Ciriaco.

—¿Déjate embromar, querés?

—Callensén que se nos v'enojar don Toribio y no nos va contar nada entuavía, dijo Gumersindo.

—¿Y diai?... si no se dejan de hacer buya, no sigo.

—Diga no más, que ya nos cayamos.

—Bueno, risulta que era una noche de invierno y hacía un frío de mi flor. El capataz don Moyano con sus hijos, habían salido a juntar rodeo y ya habían encerrao la majada en el corral cuando comenzaron a dar güeltas como mulas 'e noria alrededor del campo, alejándose cada vez más sin poder dar con las casas, pues estaban como abombaos y perdidos y desorientaos, cuando de un redepente de entre un pajonal salió un silbido seguido de un relincho como una carcajada de fiera y se les yeló la sangre en las venas... si parecía de Mandinga!...

El capataz y sus hijos quedaron asombrados, pero como güenos gauchos y de consiguiente bravos, recobrándose, ai no más, desenvainaron los facones y arroyándose en la zurda los ponchos, esperaron al que juera.

Una cerrazón azulada como un poncho de cenizas, cubrió todo, y las estreyitas que parecían de estaño en el cielo, jueron desapareciendo. Como estaba tan escuro, los gauchos comenzaron a caminar a tientas y en ésto estaban cuando en el silencio de la noche, se oyó clarito, el galopiar de un cabayo que se acercaba... volaba más que corría el animal por el campo y lo más raro es que no devizándose nada por la cerrazón que se había estendido, tapando todo, el cabayo y su jinete se devizaban a lo lejos como si jueran de fuego. Ya avanzaba dejando atrás leguas y más leguas pampas, corría por los fachinales, bandeaba los arroyos de barro blanco, atravesaba los arenales pesados, cruzaba como bala los montes yenitos de bichos bravos y espinas como puñales, cortaba campos de abrojales, subía lomas y todo con la mayor facilidá.

El capataz don Moyano y sus hijos que estaban aguardando al forastero, asombrados y con los facones preparaos, al yegar el gaucho y rayar el pingo, se apresuraron a saludarlo y le dijeron:

—¡Ave María!...

—¡Ave María!, — contestó el jinete, de mala manera (siguro porque lo comprometieron a nombrar a la Virgen), pero viendo los otros que trataban con un rico hacendado por las pilchas y la laya del desconocido, ái no más envainaron los facones. Este gaucho era de linda preciencia y bien plantao y el potro que montaba, renegrido, encandilaba de puro briyo. Se pusieron a mirar al forastero de arriba abajo y vieron que lucía muy lindas priendas: rico chiripá a listones, blusa con firuletes bordaos, pañuelo volador de seda colorada en el pezcuezo, poncho de vicuña, botas de potro y todos los aperos adornaos con pura plata, como el facón y la vaina... ¡ah! el chapeao que hacía sonar en la cintura también era de oro y plata. Los ojos le rebriyaban como refucilos bajo el aludo chambergo y no sé por qué a eyos se les hacía que había e ser como buen gaucho, valiente y generoso.

—¿Vienen con alguna tropa? — les preguntó el paisano.

—No, — contestaron los cuatro a una voz.

—Y qué diablos andan haciendo por estos pagos?

—Yo soy el capataz de la estancia "Los caranchos" — dijo don Moyano, — y'estos son mis hijos; andábamos repuntando la majada y áura nos íbamos a dir payá.

—Ja, ja, — riyóse el otro — pa yegar a "Los caranchos", tienen que galopiarse unas cuantas leguas. Estos son mis campos, ven ayí cerca 'e la laguna brava? al lao d'esos médanos, bueno, ayí son las casas. Yo soy el propietario pa servirlos. Si quieren hacer noche aquí, pueden seguirme ái trotecito nomás, y en eso, la distancia que era de leguas y leguas se comenzó a cortar sin eyos haberse movido y luego, con gran asombramiento vieron que de un redepente, ya estaban en las casas...

Sobre una lomita verde, como les iba contando, entre un perfumado trebolar y a la oriya de un arroyito cantor, apareció una fila e'ranchos nuevos, de barro encalaos, con techos de paja brava, bajo unos ombúes copudos y yenos de pajaritos que trinaban como si juera de día y mismamente parecía que ansina juera, porque de un redepente se encendió una luz azul que encandilaba y como si juera de día. Entonces comenzaron a mirar a su antojo la estancia del gaucho. Sobre la gramiya verde, como un tul morao encima, se vían pastoriar las haciendas, había ovejas muy lanudas y corderitos que retozaban entre los cardos azules y las margaritas coloradas, había toros finos y muy bravos y vacas y noviyos mestizos, cabayadas y tropiyas de yeguas. Cuando yegaron a la tranquera, vieron que se abría sola y como de milagro! las hazañas del muy!... bueno, como les iba contando. Dentraron, y ái nomás los atropeyaron unos perrazos guardianes, luego comenzaron a husmearlo todo, más asombráos que enojáos, pero de vicio y por costumbre los toriaban a cual más juerte, sin dar resueyo a las visitas, pero a una señal del patrón se dentraron con la cola entre las piernas.

Bueno, como les iba contando. El propietario les dijo:

—Pueden desensiyar nomás y (ésto se lo dijo a don Moyano solo): a sus hijos yo los voy arreglar, yo los traigo aquí pa darles una lisión. Sé que son unos maulas y haraganes y que usté no puede corregirlos... pues yo los voy hacer domar como a mis baguales!...

—Así es don... — contestó agatas el capataz, sin voluntá, pues parecía que este señor lo dominaba por completo.

—A ver vos — le dijo a Rudecindo — ¿sabes pialar?

—No, patrón.

—¿Y trenzar un lazo?

—¿Cómo 'e de saber?

—¿Y arriar una tropiya?

—¿Déande?...

—Buenos mozos mandrias son éstos. Pero sabés jugar a la taba y al truco y tenés habilidá pa señalar con tu marca la hacienda ajena, no?

—¿Sos baquiano pa boliar avestruces?

—Yo sí — dijo don Moyano. Pero no acabó de hablar cuando un estruendo los hizo temblar a todos, les corrió un frío como escarcha a contrapelo por el lomo y se pusieron blancos como el yelo de puro chucho, porque al forastero, de un redepente, se le cambió la cara que parecía... ¡qué cara!... ánimas benditas...

—¿De Mandinga?... ¿de calavera?... — preguntaron temblando los mozos.

—Pior... era una cara que ni un dijunto resucitao que juera.

Se hizo un silencio lleno de temores y presentimientos negros.

—Bueno, como les iba contando, de seguida, y entre un humazo con olor a azufre salió un avestruz grandote que se acercaba y ya no se veía más al forastero... y diái, el capataz don Moyano, montó en su pingo y le tiró las boliadoras, pero le erró el tiro y diái agarraron como dos jurias corriendo como rejucilos campo ajuera y siempre tirando las boliadoras pá boliar el avestruz maldito y siempre errándole el tiro... y dicen las malas lenguas que jué corriendo a este avestruz o Mandinga que se perdió ante los ojos de don Moyano el capataz de la estancia "Los caranchos", la estancia del propietario con sus hijos, los maulas.

Cuando el padre de los mozos y el avestruz desaparecieron, Rudecindo se jué a recorrer la estancia, encontró en un puesto cercano, a un viejo con la laya e brujo arisco. Este le preguntó qué se le ofrecía, riyéndole con una risita picadora, porque maleciaba lo que a este pobre le pasaba.

—Lo trujo el patrón? — le preguntó.

—Sí.

—Sos baquiano pá trabajar en el campo?

—Sí, contestó éste, mintiendo y con un poco de vergüenza. Entonces el viejo le dijo: ¡Vamos a ver! Aquí sós desde hoy, el encargado de repuntar y guardar las tropiyas en los corrales, de cortar pas-

to en el alfalfar y acarriarlo en el carro, de desgranar el máiz y darle a los animales y todo lo que te mande hacer. Yo soy el capataz y desde hoy vos y tus hermanos están bajo mis órdenes, áura andá a trabajar nomás.

Ya iba el viejo a dar órdenes a los otros hermanos, cuando vió que ellos venían donde él, entonces le preguntó a Paulo:

—¿Sós baquiano pa enlazar?

—Así, regularcito, patrón.

—¿Sabés echar un pial?

—Alguna vez he pialao.

—¿Sabés arriar una tropa?

—Alguna vez he arriao.

—¿Sós baquiano pa trenzar un lazo?

—Así nomás.

—¿Y estaquiarte un cuero?

—¿D'ande?

—Buenos gauchos maulas son — dijo y haciendo una seña a Rudecindo que cortaba pasto se hizo seguir al potrero. Ayá estaba toda la peonada y se oían los rebencazos sobre el lomo 'e los potros y el ruido de los que voltiaban, pialaos.

Al devizar el nuevo peoncito, todos se sonriyeron porque maliceaban y el mozo Rudecindo todo abatatao esperaba las órdenes del viejo capataz. Le mandó que montara un potro que pa colmo era bagual, cuando apenitas le rosó el lomo se encabritó y cuando lo montó el mozo, comenzó a dar relinchos y bufidos pataliando en el aire, tirando coces y parándose en dos patas, manotiando como una fiera enjurecida y de un redepente salió como un rejucilo campo ajuera el muy!...

¿Y como acabó? dando un corcobo tremendo, lo hizo saltar limpito por el cogote al pobre, que quedó dando alaridos de dolor, mientras los mozos se retorcían riyéndose del pobre maula.

Andá aurita al alfalfar le dijo el capataz, — y dijo al otro:

—A ver Paulo, monte ese potro, amigazo... Montó el pobre y ái nomás comenzó el bagual a dar güeltas y escarbar la tierra con una juria... salió como una luz con los ojos briyantes y salido 'e las jórgitas y ya en el campo, dió el brinco seco en el aire espantao y el "domador" pasó como bala sobre las parvas de pasto pa quedarse tendido con el lomo y las costiyas que era un dolor el pobre!... Pero el capataz lo hacía adrede, pues tenía que castigarlos por haraganes. Así se lo dijo al patrón y es de no creer, pero estos porrazos le sirvieron de lisión tanto a eyos como al otro hermano que también tuvo su merecido: y es al ñudo! con los golpes se aprriende, eyos se hicieron baquianos pa todos los trabajos del campo y lo más raro es que no podían estar sin hacer algo, tan pronto se les vía en la triya, como en la yerra, ya tusando las yeguas, o cortando el pasto y emparvándolo, desoyaban los animales muertos, estaquiaban el cuero y hacían güascas, se iban al tambo de madrugada y ordeñaban las vacas, yenando una punta e tarros y baldes de leche gorda y espumosa. Curaban la sarna a las ovejas, todo hacían, pero entuavía no se animaban a domar los pobres. Pasaron muchos años y la estancia prospéraba, había montes de peras, ciruelas y guindas y duraznos rosados que era un primor.

Una noche salieron arriando una tropa de diez mil cabezas pa la otra estancia que en los confines 'e la Pampa tenía el patrón, iban con el capataz. Era un silencio projundo y en el campo sólo se oía el cencerro e la yegua madrina que iba adelante y el ruido 'e la tropa que a ratos iba al trote y otros ratos al paso. Por el cielo negro, cruzaban a ratos lechuzas o algunas bandadas de teru-terus que anunciaban la tormenta, a veces vían la "luz mala" persignándose les decía el capataz que sería tal vez el ánima de algún matrero que andaría penando en muerte como cuando juía en vida de los melicos, el pobre... otras veces vían unos chimangos que despedazaban alguna res o a lo mejor un cristiano que se podría entre los pajonales y así... seguían sin más luz que las estreyas que parecían de estaño por la cerrazón.

Güeno, dicen que una noche yegaron a la estancia nueva y los recibió una vieja con laya e bruja y bien mirao tenía que ser ansina nomás, güeno, los hizo pasar, los convidó con unos cimarrones tan amargos como yel, les echó yerba embrujada y al instante comenzaron a cabeciar, hasta quedarse projundamente dormidos. Saben entonces lo que sucedió? ái nomás, dentro de una humareda azul con rayos de fuego apareció el patrón ... igual que cuando se golvió avestruz y se juyó con el padre de eyos. Entonces los yebó a recorrer la estancia nueva, pero a eyos les hacía que era la mesma que habían vivido eyos tantos años. Juéron puestos a prueba y le presentaron un potro a Paulo, éste lo enlazó al primer tiro; deseguida salieron campo ajuera jinete y bagual y dándole de lo lindo con el talero después de una lucha bárbara lo trujo mansito como cordero: güeno, ese mismo bagual se golvió avestruz y le tocó boliarlo a Rudecindo y éste, en el ato, lo dejó tendido y maniatau: Al final le tocó en suerte al otro, que también se lució. Güeno, entonces el gaucho que era muy letrao les dijo que en prienda de su conducta y güena 'desposición pa todo trabajo, les regalaba esa estancia que era un primor pa que vivieran y la hicieran prosperar. Que ésto lo hacía porque vía que eran trabajadores y honráos como güenos gauchos 'e la Pampa y que eyos, como tuitos los gauchos argentinos serían el orguyo el alma e la Pampa y que en eyos se perpetuaría la raza del hombre juerte y valiente y una punta e cosas desta laya que yo no puedo ricordar. Entonces se abrió en un trueno tremendo la tierra, salió juego, humo y un olor a mixto que apestaba y en ese abismo como un jagüel de negro, se perdió pa siempre Mandinga...

—¿Era Mandinga?

—¡Mesmo!...

—¡Cruz diablo! — dijeron los mozos rodando entreverados por el suelo y no era pa menos, si le habían visto la laya a Mandinga, debatiéndose jurioso entre las yamas del infierno... y qué cara!... y qué pezuñas y rabo y cuernos y todo el cuerpo peludo como un animal y los rejucilos de sus ojos, echaban chispas, que era un horror. En eso apareció como cáido del cielo el pobre viejo, el padre

—La bendición Tata, — dijeron los mozos, cáindo al suelo, arrodiyáos y contritos.

—Dios me los bendiga, hijitos — dijo el viejo que estaba blanco de susto y con tremendos lagrimones que le temblaban en los ojos y la cabeza como una escarcha por los años.

—¿Y Mandinga?

—Se iría al infierno, pero algunas veces ha de andar castigando a los matreros que saben tener su guarida entre los pajonales de la Pampa.

—¿Y don Moyano... después?

—Se quedaron unidos pa siempre el padre y los hijos güenos en un projundo abrazo.

MOTIVO CIUDADANO

Especial para FRAY MOCHO.

La atroz vocinglería
de estas calles porteñas, todas nervio y acción,
me produce la fastidiosa sensación
de que en el cerebro tengo una romería.

En mi cabeza ha echado raíz la baraúnda
y fructifica en una hiperestesia
que los sentidos me anestesia
y desdibuja lo que me circunda.

Atravesando, del café, el ambiente,
llega hasta mí el eco de la orquesta.
Es una fiesta de sonidos, fiesta
que el oído percibe y el corazón no siente.

Estoy sentado junto a una ventana
y, en el telón que finge la vidriera,
observo, borrosamente, la callejera
película ciudadana.

Los vehículos, en rápida sucesión,
y los viandantes apurados,
pasan frente a mis ojos, velados
por las cataratas de mi ofuscación.

Está atrofiada la flor de mis cinco sentidos;
soy insensible a todo, de manera
que parece que mi cuerpo fuera
solamente una caja sonora de ruidos.

STORINO RAIMONDI.

CUIDAD DEL TIEMPO

Los que emplean mal su tiempo son los primeros que se quejan de su brevedad. Por el contrario, los que de él hacen buen uso, lo tienen siempre sobrado.

Los meses, los días, los años, se hunden y se pierden para siempre en el abismo de los tiempos. El mismo tiempo será destruído, porque no es más que un punto en los espacios inmensos de la eternidad, y será borrado. Hay ligeras y frívolas circunstancias del tiempo, que no son estables, que pasan, y que yo denomino modas: la grandeza, el favor, las riquezas, el poderío, la autoridad, la independencia, el placer, los goces, la superfluidad. ¿Qué llegarán a ser esas modas cuando hasta el mismo tiempo haya desaparecido? Sólo la virtud, que tampoco está de moda, va más allá que el tiempo.

LA BRUYERE.

EL DIVINO ARTE

La orquesta del *Bar Ullo Golf* repite una de esas sinfonías complicadas que componen ciertos músicos modernos.

En esas piezas, a duras penas se persiguen los músicos unos a otros, para sostener la debida ilación y llegar a un resultado, si no artístico, cronométrico.

En esta repetición a que aludimos de la orquesta del *Bar*, la cosa no sale mal del todo; y el primer violín dice a su vecino de pupitre, al terminar el trozo.

—Esta vez ha sido mejor, hemos acabado el andante al mismo tiempo.

—¿El andante? — replica el otro — ¡Que te crees tú eso, amiguito! Yo tocaba el allegro.

La atracción del mal

Por Orestes Ciattino

Los estudios criminológicos modernos han contribuído poderosamente a hacernos conocer íntimamente la humanidad primitiva, y los datos reunidos han sido, en gran parte, fortalecidos por las investigaciones realizadas acerca de la vida y las costumbres de los salvajes contemporáneos.

¡La fuerza física era, entonces, la fuente más pura de la energía individual; el delito y la violencia tenían el valor de una verdadera y propia función social, con él y por ella se adquiría la gloria, la propiedad, el grado y la mujer; los acontecimientos de la vida sexual y religiosa eran solemnemente consagrados por episodios de ferocidad y de sangre. Hoy en día tenemos concepciones diametralmente opuestas, y la evolución del sentido moral y social nos ha vuelto extremadamente sensibles ante el renacimiento de aquellos actos, en el terreno de la degeneración y la locura, pero en el alma del hombre moderno sobrevive inexorable, una multitud de sentimientos y de instintos que, de vez en cuando, casi inconscientemente, bajo los estímulos más variados, aparecen y estallan con su característica fisonomía del impulso.

Estos sentimientos y estos instintos fueron estudiados y analizados en sus más variadas manifestaciones; la combatividad, la ira, el resentimiento, la religión de la hostilidad, como la llama Spencer, con estigmas fundamentales de nuestro carácter, pálidas sombras del alma cruel y salvaje que condujo victoriosos a nuestros progenitores al través de las más terribles luchas y los estragos más horrendos. Si esto no fuera así, escribe James, la evolución y la supervivencia, de los más adaptables, serían un mito:

Yo deseo fijar aquí una degradación de este instinto múltiple y complejo: la atracción del mal.

No puede negarse que también, entre los hombres de las clases más elevadas y en las naciones más civilizadas, tanto el delincuente como el delito logran aun producir perturbaciones que nosotros estamos acostumbrados a definir como perversiones del pensamiento y del sentimiento. Pero, si pudiéramos detener la emoción inmediata y refleja que nos ofrece la narración de un horrible delito, antes que la inhibición, o la sobreposición de otros sentimientos entren en juego, nosotros nos cerciorariamos fácilmente de que el calofrío que corre por nuestras venas no es todo de antipatía y de terror: cuando las puertas de una cárcel se cierran tras de nosotros, aunque sea por un solo instante, sentimos penetrar en nosotros una misteriosa fascinación, y la vista del delincuente sofoca, casi siempre, el sentimiento de repugnancia y de disgusto que a veces no podemos vencer ante otros infelices merecedores de mayor interés y piedad.

Además, en nuestra reacción contra el delito hay elementos profundamente contradictorios. Mientras afirmamos nuestra execración y sinceramente nos sentimos heridos por el acto violento con un deseo verdaderamente instintivo, corremos en busca de todas las sensaciones agrias, que nos vienen de la investigación, en el alma del delincuente, de la búsqueda y auscultación de sus cosas más íntimas, sus actos, sus escritos, sus pensamientos; todo lo que fué en torno suyo, su casa, sus parientes, sus amigos; las cosas más tristes y vulgares únicamente porque fueron suyas, ejercitan sobre nosotros una fascinación extraña.

¡Cuántas veces én el calor de una discusión nos hemos avergonzado de confesar un sentimiento de simpatía para el matador, sentimiento que sentíamos se nos presentaba como un instinto obscuro para la conciencia, a pesar nuestro, y en cambio, carentes de toda sinceridad hemos pronunciado palabras de sentimiento para la víctima. También ésta es una forma de aquella hipocresía moral que constituye la parte mayor de nuestra vida diaria y que es exagerada a veces hasta volverse un hábito despreciable en el terreno de la moral sexual.

El hombre culto huyó fácilmente de esta fascinación instintiva que automáticamente vine neutralizada por los sentimientos antagónicos adquirido en la evolución incesante de la vida civil y a los cuales él se ha adaptado; y probablemente no voy equivocado al pensar que en las clases intelectuales la sola sombra de estos sentimientos se revela en el éxito de determinadas doctrinas filosóficas que afirman la justicia de la desigualdad, exaltar el predominio de la fuerza, exitan el instinto por la lucha demostrando despreciar y no tener en consideración las más vivaces aspiraciones y las penosas conquistas de la solidaridad humana.

Pero hete aquí, que estos instintos tienden a volverse más claros y evidentes a medida que descendemos a escudriñar la mentalidad de los individuos menos factibles a evolucionar y los vemos hacerse más vivos aún, en algunas manifestaciones de la colectividad, la cual, en cada ocasión, demuestra una conciencia inferior a la individual.

Los grandes delincuentes y los grandes delitos ejercen siempre sobre las masas un poderoso encanto; sólo gracias a esto, un gran número de criminales pudo tantas veces ejercer su funesta influencia; el pueblo siempre los ha rodeado con su admiración, los ha protegido y defendido con un arrojo casi feroz; caídos, los ha acompañado con una profunda piedad, los ha idealizado en sus leyendas, hizo de ellos, verdaderos héroes en sus tradiciones.

De los grandes delincuentes que han sacudido al mundo con sus hazañas hasta los bandoleros y malhechores más vulgares, todos tuvieron más o menos centelleante y duradera una aureola de luz. Este sentido de temerosa reverencia, de la que las multitudes rodean delincuentes y delitos, está tan pegado al alma popular, que la misma reacciona con violencia contra aquellos que la ofenden con palabras o con actos: y la vida está llena de estos episodios.

Pero donde el encanto de la criminalidad se manifiesta de un modo característico y constante, es en la mujer, por la cual la delincuencia constituye, a veces, uno de los elementos más vivaces del llamamiento sexual. Y sería de extrañar que así no fuera desde el momento que la mujer conserva maravillosamente los instintos primitivos, que constituyen, precisamente, una de las características más evidentes de su inferioridad.

El sentimiento sexual, además de tener una larga tradición de violencia que hoy sobrevive bajo las más variadas formas, es, por cierto, entre los instintos, el que conserva los caracteres primordiales, que más fácilmente disuelve las formaciones morales lentamente adquiridas, y, probablemente, es el único que logra despertar, también, en el hombre más culto, algún rasgo fiel de la vida primitiva como el deseo de la conquista violenta. Mas, para la mujer, la función sexual siempre ha sido extrictamente ligada a la brutalidad y a la ferocidad: víctima codiciada del más fuerte en las luchas sanguinarias y salvajes de los hombres primitivos, educada durante tanto tiempo en el culto de la violencia, ésta también hoy ejerce sobre de ella, todo su encanto, aun cuando se explique en las manifestaciones morbosas de algunas formas de delincuencia.

Las adaptaciones continuas a la vida civil y a las exigencias sociales, a las que tampoco escapan los instintos, la coacción externa que tiende a intelectualizar y moralizar la mujer, atenúan y cubren en ella el encanto que le produce el delincuente y el delito, y más bien la obligan a disimularlo, pero el mismo se revela como un reflejo fatal en cada ocasión, llegando, a veces, a sofocar también el sentimiento, ya tan fuerte, de la lucha de sexo. Un gran número de mujeres, son también hoy, fácil presa de criminales, y es, con un asentimiento de estupor que nosotros vemos bajar tal vez hasta éstos, a mujeres que el rango, las riquezas, el apellido y la cultura, tenían en alto y a veces hasta cerca los peldaños de un trono.

En todos los dramas del bandolerismo, la mujer es la mensajera más audaz y de mayor confianza, el centinela que no traiciona, la víctima de la última tragedia.

EL TIEMPO

Tiempo, que todo lo mudas,
Tú, que con las horas breves
Lo que nos diste, nos quitas,
Lo que llevaste, nos vuelves:

Tú, que con los mismós pasos
Que cielos y estrellas mueves,
En la casa de la vida,
Pisas umbral de la muerte:

Tú, que de vengar agravios
Te precias como valiente,
Pues castigas hermosuras,
Por satisfacer desdenes:

Tú, lastimoso alquimista,
Pues del ébano que tuerces,
Haciendo plata las hebras,
A sus dueños empobreces:

Tú, que con pies desiguales,
Pisas del mundo las leyes,
Cuya sed bebe los ríos,
Y su arena no lo siente:

Tú, que de monarcas grandes
Llevas en los pies las frentes;
Tú, que das muerte y das vida
A la vida y a la muerte,

Si quieres que yo idolatre
En tu guadaña insolente,
En tus dolorosas canas,
En tus alas y en tu sierpe;

Si quieres que te conozcan,
Si gustas que te confiesen
Con devoción temerosa
Por tirano omnipotente,

Da fin a mis desventuras,
Pues a presumir se atreven
Que a tus días y a tus años
Pueden ser inobedientes.

Serán ceniza en tus manos,
Cuando en ellas las aprietas,
Los montes y la soberbia,
Que los corona las sienes:

¿Y será bien que un cuidado,
Tan porfiado cuan fuerte,
Se ría de tus hazañas
Y victorioso se quede?

¿Por qué dos ojos avaros
De la riqueza se pierden,
Han de tener a los míos
Sin que el sueño los encuentre?

¿Y por qué mi libertad
Aprisionada ha de verse,
Donde el ladrón es la cárcel
Y su juez el delincuente?

Enmendar la obstinación
De un espíritu inclemente,
Entretener los incendios
De un corazón que arde siempre;

Descansar unos deseos
Que viven eternamente,
Hechos martirios del alma,
Donde está, porque los tiene;

¡Reprender a la memoria,
Que con los pasados bienes,
Como traidora a mi gusto
A espaldas vueltas me hiere;

Castigar mi entendimiento,
Que en discursos diferentes,
Siendo su patria mi alma,
La quiere abrazar aleve;

Estas sí que eran hazañas,
Debidas a tus laureles,
Y no estar pintando flores,
Y madurando las mieses.

Poca herida es deshojar
Los árboles por Noviembre,
Pues con desprecio los vientos
Llevarse los troncos suelen.

Descúidate de las rosas,
Que en su parto se envejecen;
Y la fuerza de tus horas
En obra mayor se muestre.

¡Tiempo venerable y cano,
Pues tu edad no lo consiente,
Déjate de niñerías,
Y a grandes hechos atiende.

FRANCISCO DE QUEVEDO

Por lo demás, es conocido el encanto que sobre la mujer ejercen los fáciles héroes del duelo, de la pista y del circo, los toreros más audaces ,los violentos por naturaleza. Sus caricias tienen seguramente sobre el mercado sexual, un valor mucho más superior que las de los poetas y los hombres de ciencia.

En verdad que, reflexionando sobre todo esto, diríase que las mujeres descienden de la noble estirpe de caníbales, recordada por Spencer, las cuales, después de la matanza, se movían por todas partes para ir al encuentro de los guerreros que regresaban de las luchas, heridos y chorrantes de sangre, y sin discreción alguna, ofrecíanse a ellos, anhelantes de ser poseídas de los más intrépidos y más feroces.

Afortunadamente, hoy de unas y otros, no queda más que una muy mezquina parodia!

La literatura romántica, para toda investigación psicológica, siempre es muy preciosa fuente de control y de auxilio, está llena de episodios que describen vivamente el encanto de la criminalidad sobre la mujer, y no faltan observaciones exactas sobre el fenómeno en general. Gorki, tan feliz y profundo en el análisis psicológico, en su *Tentación* hace decir a la virgen Vassiliowna: "En las novelas yo prefiero a los delincuentes, aquellos que tejen con habilidad y energía toda clase de perfidias, que matan, que envenenan... éstos son inteligentes y fuertes; y cuando, por fin, son castigados, me enojo y a veces lloro. Todos odian al bandolero, todos se sublevan en contra de él, y él es sólo en contra de todos! ¡Es un héroe!

Y Oscar Wilde, que entre sus paradojas tiene rayos vivísimos de realidades psicológicas, escribe en *Picture of Derian Gray*: "Yo estoy seguro de que las mujeres aprecian la crueldad, la verdadera crueldad más que otra cosa. Ellas poseen maravillosos instintos primitivos. Nosotros las hemos emancipado, pero ellas no son menos esclavas que antes frente a los dominadores más feroces".

A despertar este instinto, en estos últimos años, han contribuído, notablemente, dos grandes factores: la guerra y el cinematógrafo. La primera está repleta de episodios que alumbran toda la vivacidad de esta especial emoción y el segundo debe, en gran parte, su éxito a este obscuro encanto, que ha llenado las multitudes de pasión, sirviendo como fatal y exquisito revelador de los más horribles instintos.

En verdad que el encanto del mal es extraordinariamente sentido por todas las categorías de delincuentes y presumiblemente ello es un índice psicológico que no se debe descuidar, en el estudio de las anomalías psíquicas del delincuente.

La mesa de los insectos

Las costumbres de los insectos son variadísimas, y, en particular, su manera de alimentarse difiere mucho según las especies. Habitando en todas las latitudes, viviendo tanto en el agua como en la tierra huéspedes de la madera de los bosques o de la de las casas, atacan a todas las plantas y chupan de la sangre de los hombres y de los animales. La Naturaleza les ha dotado de bocas muy diferentes, y existen algunos que, hasta pueden taladrar las planchas metálicas.

La trompa que sirve a las mariposas para absorber el néctar de las flores no se asemeja en nada a las piezas bucales de los comedores de larvas, o a las de los aberrojos comedores de hojas, o a las de los mosquitos chupadores de sangre humana.

No obstante estas diferencias, conformes con su destino gastronómico, los insectos conservan una identidad fundamental de estructura. Tomemos como ejemplo la familia de los coleópteros lamelicornios, que ofrece grandes diferencias bajo el punto de vista del régimen alimenticio. Se dividen en cinco grupos. Los filófagos, o comedores de hojas; los xilófagos, o comedores de madera; los anaófagos, o comedoras de flores; los coprófagos, a comedores de excrementos, y los necrófagos, o comedores de cadáveres. El tipo acabado de los primeros es el abejorro. En estado de larva come las raíces de los fresales y de las plantas de huerta, y en forma adulta ataca a los cereales y a las hojas. Su boca, como la de todos los coleópteros, se compone de un labio superior, un par de mandíbulas y un labio inferior. Cada una de estas mandíbulas, robustas, totalmente córneas y cortadas en forma de pirámide truncada, llevan una pieza masticadora provista de cuatro dientes.

Los xilófagos tienen por mandíbulas voluminosas palas que sirven para horadar y formar galerías en los árboles. Así las larvas de la "callidie sanguine" perforan la madera con una especie de aguijón y después, por medio de su pala mandibular, horada ,con un ligero movimiento de cabeza de arriba a abajo, la materia leñosa pulverulenta de que se alimenta.

Los antófagos prefieren comida más sabrosa y escogida; por eso son sus mandíbulas débiles, como formadas para taladrar los pétalos de las flores.

Los coprofagos tienen mandíbulas que son a la vez masticadoras por la faceta molar y sirven de azadón por la punta. Verdaderos mineros, horadan los suelos más duros para establecer en ellos sus refugios.

Los necrófagos, o destructores de los cadáveres de animales, llevan sierras bucales que se pueden comparar a las láminas de las hoces. Al lado de estos insectos que prefieren la carne muerta, exiten otros, como los cárabos, que se alimentan de lombrices y babosas. Otros insectos van a buscar las larvas entre las piedras, donde aquellas se encuentran.

Otros, devoran los renacuajos que viven en las aguas, junto a los lugares donde pululan los insectos.

Y si asistimos a la comida de otros insectos vemos que sus bocas presentan las modificaciones apropiadas a su género de nutrición.

Se concibe, naturalmente, que la mosca, que chupa sus alimentos, no tenga necesidad de órganos bucales, como la langosta; este ortóptero voraz que antes se deja arrancar la cabeza que su presa.

Tomando como tipo general un insecto masticador, nos encontramos con que en su boca existe una pieza superior, llamada labro o labio superior; a sus lados, y debajo, un par de láminas resistentes, llamadas mandíbulas; debajo de éstas, otro par de mandíbulas, denominadas maxilas, y en la parte inferior el labio inferior.

En la maxila se distingue un artejo basilar, llamado cardo un tronco, en cuyo borde superior se ven dos láminas masticatorias o lóbulos, y en su cara externa un palpo maxilar, compuesto de varios artejos.

En el labio, formado de dos piezas, unidas lateralmente cuando es completo, se distingue una pieza posterior, sujeto al marco bucal, que se llama submentón, que lleva a cada lado un palpo labial, y en el ápice una lengua acompañado a menudo de otras lengüetas accesorias.

En los insectos que se alimentan de substancias líquidas, etas piezas se transforman. En los laminópteros ,el labro y las mandíbulas conservan su carácter de órganos masticatorios; los restantes se alargan y unen entre sí para formar un tubo.

En los dípteros y lumípteros, el labio se alarga en forma de pico.



—¿Y usted gasta gafas negras para pintar?
—Para pintar el sol, naturalmente! ¿No ve usted que tengo que mirarlo?

Los rayos ultravioletas.

Sabido es que la luz solar puede descomponerse en una serie de rayos, cuyo conjunto constituye el espectro solar. Estos diferentes rayos tienen distinta fuerza de penetración en el cuerpo humano los rayos amarillos penetran de cinco a seis centímetros; los rojos e infrarojos mucho más, en tanto que los rayos azules no penetran más de unos tres centímetros.

La acción de la luz total del sol sobre el organismo humano es un hecho bien conocido, y los baños de sol que constituyen la base de la helioterapia, se utilizan con el mejor éxito en la curación de numerosas enfermedades. Los médicos han pensado que de análoga manera que la acción total de la luz solar, podría utilizarse la acción especial de cada uno de los rayos que la componen; sin embargo, hasta ahora, sólo ha podido conseguirse tal objeto con los rayos ultravioletas.

Para su aplicación se usan grandes lámparas de cuarzo, con vapor de mercurio. Acercando estas lámparas a poca distancia de la piel, se produce en ésta un enrojecimiento llamado *eritema*, obrando los rayos ultravioletas como un repulsivo.

De ordinario se sitúa la lámpara a una distancia de un metro o metro y medio del enfermo, que entonces toma realmente un rayo de luz. En este caso, los rayos ultravioletas obran por intermedio de la sangre y del sistema nervioso sobre las diferentes glándulas del organismo, puesto que se ha comprobado que los enfermos sometidos a la acción de los rayos ultravioletas, asimilan desde luego la cal y el fósforo.

Como el raquitismo es una enfermedad caracterizada por la falta de asimilación del fósforo y la cal, se ha procurado ensayar su curación por los baños de luz ultravioleta. Los resultados obtenidos han sido tan satisfactorios, que de algún tiempo a esta parte, se ha generalizado este tratamiento terapéutico. Las pruebas de la eficacia de este tratamiento se han evidenciado en las radiografías.

La primera hazaña marítima de los Estados Unidos. — El viaje del "Columbia" y del "Lady Wáshington"

El 1 de octubre de 1787, una pequeña flota partió del puerto de Boston para estudiar el Gran Noroeste y la sección de la costa del Pacífico entre la California y Vancouver. Componíase la flota del "Columbia", mandado por el capitán Kendrick, y el armado de diez cañones, y del "Lady Washington", al mando de Grey, con una tripulación de doce hombres.

La ruta a seguir era: Islas de Cabo Verde, islas Falklands, vuelta al Cabo de Hornos, isla de Juan Fernández y Oeste de Vancouver.

En Cabo Verde tomaron un grumete mulato, llamado Marcos López, que desempeñó un papel importante en la expedición por su gran intrepidez. Kendrick era un capitán excesivamente prudente, casi tímido; Gray era más decidido.

En abril de 1788 dieron la vuelta al Cabo de Hornos, y Kendrick dejó en la isla de Juan Fernández los tripulantes enfermos de escorbuto, y reparó averías en el barco, recibiendo toda clase de atenciones del gobernador español de la isla, Farnes, que pagaron hablando mal de él, lo que no es nuevo en la historia hispana.

En la lucha con los tremendos temporales del Cabo de Hornos, la pequeña embarcación "Lady Washington" salió mejor parada que su compañera "Columbia". Los sufrimientos fueron grandes, los destrozos en los barcos enormes; pero, por fin, el capitán Gray, con su pequeño barco, pudo remontar el Pacífico y encontrar costas más hospitalarias en el Occidente de la América española.

Siguió la navegación hacia el Norte con grandes incidentes, ya internados en el océano, cuando en el mes de agosto el vigía gritó: ¡Tierra! Varias canoas tripuladas por indios salieron a su encuentro.

¿Qué isla era aquella?

El libro de a bordo dice que se hallaban en los 41 grados de latitud, a unos 40 kilómetros de la costa. El citado libro da, entre otros, los siguientes acontecimientos que se desarrollaron durante aquel mes de agosto:

"Columnas de humo de día y fogatas de noche, nos indicaban que los indios querían que nos acercásemos para cambiar mercaderías. Al acercarse a la orilla arenosa, mandaron un bote para examinar un canal de entrada en donde las aves marinas constituían enormes "enjambres", en su mayoría de pelícanos.

El día 9, a los 44° 20', llegaron a la desembocadura de un gran río, en donde fueron recibidos por hordas de indios hostiles que gritaban y les amenazaban con sus lanzas y flechas. Sin embargo, un indígena se acercó en una canoa y por señas les hizo saber que podían procurarse pescados y agua fresca.

Al día siguiente, el bote va en busca de un lugar de desembarco; varias canoas llenas de indios, comidos por las viruelas, se acercaron a ofrecer pieles; pero no soltaron el cuchillo de la mano.

El 14 fondearon a media milla de la costa, a los 45 grados; la lancha llevó a bordo frutas y cangrejos, con lo que se pudo cambiar la alimentación de los infelices enfermos de escorbuto. Un mes más en el mar hubiera acabado con todos los tripulantes. Los cangrejos cocidos y asados, eran cambiados por botones. El 16 de agosto un cacique indio va a bordo y varios marineros a tierra a segar hierba para los animales del "Columbia". También hacen desembarcar a los siete atacados de escorbuto. Los indios se muestran amigos.

Los blancos llevan todos pistolas y sables, mas tres o cuatro mosquetes. Los indígenas entretienen a los marineros con ejercicios de tiro al arco, danzas guerreras y cantos mezclados con horrible gritería.

Los navegantes recaban almejas de la arena, que comían con verdadera delicia, y el mulato Marcos López acarreaba haces de hierba al bote y había dejado su gran cuchillo clavado en la arena. A un indio le gustó y se apoderó de él. El mulato corrió tras el ladrón y los blancos lanzaron el grito de alarma, y dijeron al jefe que le harían un buen regalo si el indio devolvía el cuchillo. El jefe le dijo por señas:

"Id vosotros por él".

Los blancos así lo hicieron y corrieron en ayuda del muchacho, alejándose de la costa.

Bajo un grupo de árboles, López, chorreando sangre por todas partes, se defendía heroicamente contra un grupo de indios. Los blancos llegaron a tiempo sólo para ver cómo en un momento los indios descuartizaban al infeliz mulato y ponían pies en polvorosa para regresar al barco. Volviéndose para disparar sus pistolas lograron tumbar un par de indígenas. Coolidge, el contramaestre, y un marinero, sangraban a torrentes de dos flechazos.

El capitán Gray sólo tenía a bordo tres hombres y los siete enfermos. Estos y los heridos lograron alcanzar el bote y ponerse fuera del alcance de las flechas de los indios, los cuales embarcaron en las canoas y emprendieron la persecusión de los blancos, los cuales recibieron a pistoletazos a sus perseguidores. Al llegar a bordo unos cuantos cañonazos limpiaron de canoas enemigas las aguas.

Haswell llama a ese punto el "Puerto de los asesinos", recordando, sin duda el de Isla de los Mártires, dado por los españoles a una isla en la que los indios hicieron gran matanza entre los hispanos.

Estaban los tripulantes en la desembocadura del río "Columbia". En la isla se levanta hoy un faro.

¡ESPAÑA!

CON MOTIVO DEL DIA DE LA RAZA

Desde el proscenio ideal
que exorna su galanía,
América, en este día
de recordación triunfal,

Te da en un himno el caudal
de su eterna idolatría,
y es su acento la armonía
de un pífano de cristal!

A tu pendón de oro y grana,
de la estirpe Americana
se inclina el libre pendón;

y va la gloria evocando
de Isabel y de Fernando,
a la sombra de Colón!

GUILLERMO SILVA

DE LA VIRTUD

No ha menester la virtud de la externas demostraciones; de sí misma es premio bastante, siendo mayor su perfección y su gloria cuando no es correspondida; porque hacer bien por la retribución es especie de avaricia, y cuando no se alcanza, queda un dolor intolerable en el corazón.

Quien mira lo espinoso de un rosal, difícilmente se podrá persuadir de que entre tantas espinas haya de nacer lo suave y hermoso de una rosa. Gran fe es menester para regarle y esperar a que se vista de verde, y brote aquella maravillosa pompa de hojas de tan delicado perfume. Pero el sufrimiento y la esperanza llegan a ver logrado el trabajo, y se dan por bien empleadas las espinas que rindiera tal hermosura y tal fragancia. Asperos y espinosos son a nuestra depravada naturaleza los primeros ramos de la virtud; después se descubre la flor de la hermosura.

Las virtudes que van creciendo con la juventud, no solamente se aventajan a las demás, sino que también a sí mismas.

No hay virtud que no resplandezca en los casos adversos, bien así como las estrellas brillan más cuando es más obscura la noche. El peso descubre la constancia de la palma, levantándose con él. Entre las ortigas conserva la rosa más tiempo el frescor de sus hojas que entre las flores.

Cuando más oprimido es el aire en el clarín, sale con mayor armonía y diferencias de voces; así sucede a la virtud, la cual nunca es más clara y sonora que cuando la mano le quiere cerrar los puntos.

"No se teme en los hombres el vicio, porque los hace esclavos; la virtud sí, porque los hace señores."

SAAVEDRA FAJARDO.

LA INDAGACIÓN DEL HECHO

—¿Qué ocurrió cuando le dió a usted el primer palo?

—Que me atizó un tercer estacazo, señor comisario.

—Querrá usted decir un segundo.

—No, señor; el segundo estacazo lo dí yo.

MADRE

UNA LEYENDA ISLEÑA

(Para los que sufren en Martín García)

La isla de Martín García es un jardín bonito, desde donde miran al viajero que llega, unos cañones viejos y herrumbrados. En conjunto, causa la impresión de un nido. Muchos árboles, muchas flores y muchos pájaros.

Al atracar a su muelle, largo y raído, aparecen las casitas blancas, como palomas que asentaran su vuelo.

Son ellas, los hogares de esa población militar por excelencia.

Desfilan por sus calles, muchachos recios y fuertes; viven alegres con su trabajo; son los jóvenes de la Escuela de Aprendices de Marinería, que en las mañanas apacibles, se zambullen en el río, y con sus risas y chistes, alegran el ambiente.

Otros, pálidos, con la mirada cansada, ávida del más allá, nos miran como preguntando en su muda angustia, qué noticias les llevamos.

Son los conscriptos que cumplen alguna pena militar.

La naturaleza ha dotado a esa pequeña isla de hermosos tesoros. Es bella con sus mañanitas rosadas y frescas, sus tardes lánguidas y sus noches silenciosas, espléndidamente iluminadas por la luna.

El bosque es frondoso, sombrío. Los pájaros anidan en la copa de los árboles y perfuman sus nidos con la flor blanca del clavel del aire.

En las canteras hay helechos finos como el humo; diríase que allí la tierra les comunicara algo divino que los hace más sutiles.

Quizá sea ella, la isla de los helechos.

Las familias isleñas que los codician, los han ido arrancando para adornar sus jardines, pero la naturaleza, ávida de conservar sus tesoros, ha dejado muchos aun, en lugares en que el hombre solo puede contemplarlos.

Querer sacarlos, es exponer la vida del que osare tamaña empresa. El terreno cede bajo los pies, y hay agua y yuyos que apresan.

Y allí nacen alegres, lozanos, bajo el cielo diáfano y el ambiente claro.

En noches de tempestad, la isla parece dominada por ella. El río, furioso, bate sus olas, y el viento azota los árboles y los dobla, los junta, los hace crujir, como si quisiera estrujarlos con sus manos de gigante.

Hay algo en estas tempestades furiosas, que invade la isla. Algo de espanto, de terror.

La obscuridad es completa, y el río parece valerse de ella para amenazar con sus crujidos. Se le siente cerca de las casas, como si tuviera un alma que las rodeara y estrechara su círculo. Parece un tropel de fieras, que, enloquecidas, cercaran aquel pedacito de terreno para devorarlo.

¡Ah! Cuando el agua suena con estruendo en los techos de las casas, cuando el viento golpea las puertas queriendo derribarlas, cuando todo es furia, y se apagan las lumbres en los hogares y en las almas, las gentes que tienen el valor de mirar a la Naturaleza frente a frente, enmudecen y lloran.

Lloran de emoción, porque para las personas que saben sentir la Naturaleza, aquello es demasiado majestuoso!

Y esa pequeña isla, también tiene sus horas de emoción y de dolor. Allí también han vivido amores y alegrías, y los recuerdos a veces, se asoman a las almas, y las hacen vibrar.

Edgar era hijo de un aventurero. Su madre, su buena madrecita, le había dicho siempre: "Hijo mío, sé valiente como él", y Edgar, desde niño, se esforzó por ser como su padre.

De una página de amor, vivida plenamente, como sólo saben vivirla las almas fuertes, sin prejuicios ni mezquindades, había nacido ese niño, de ojos acerados y gallarda apostura.

Llevaba de su padre la entereza y el orgullo, y de su madre, la bondad infinita que en él se transformaba en energía propulsora a las acciones justas.

Su padre había seguido su camino por la vida; había huido rumbo hacia una ansiada libertad, y su madre, esperaba su regreso con pocas esperanzas y mucha angustia en su alma.

¡Oh! Qué enorme vacío encontraba ella en su vida! ¡Cómo lo extrañaba!

Lo tenía presente a todas horas, en todos los momentos, añorando sus cantos llenos de melancolía, y en cada cosa, hallaba un recuerdo para él, su hombre valiente y decidido.

A veces, cuando el llanto contenido la ahogaba, cuando la angustia se le subía a la garganta, cuando sentía que su corazón iba a estallar, corría al piano y volcaba todo su enorme dolor, ejecutando una música favorita de él. Porque ella no tenía ni siquiera el consuelo de llorar.

Su hijo hubiera preguntado el porqué, hubiera sufrido mucho, y a eso no llegaría ella jamás.

No; no lloraría nunca por amor a Edgar.

Por la ventana veía desfilar las patrullas de obreros que iban rumbo a sus hogares; imaginaba a su ausente que volvía. Lo veía recio y fuerte. Y tocaba con ansias, vertiendo sus anhelos, deseosa de que esa música se adentrara en el corazón de aquellos hombres, y les llevara un poco de paz a sus almas sin vida.

Si ella hubiera sospechado que los sonidos que arrancaba, tenían el don de hacer vibrar las fibras de esas almas dormidas, y arrancarles la dulzura de un recuerdo, se hubiera sentido feliz.

Aun más; hubiera tocado para ellos.

Así, hijo de esa madre, toda alma, heredó Edgar mucho de su temperamento soñador. Era él su único consuelo, su única alegría. En él había refugiado toda su ternura.

Vivían en una coquetona casita junto al río. El techo a dos aguas era el albergue de las palomas.

La casita era blanca, muy blanca; y tenía ventanas con celosías verdes que miraban al río, como emblema de una esperanza para el regreso del ausente.

La rodeaba un bonito jardín, al que se bajaba por unas gradas de mármol, donde Edgar sentado, mirando a su mamita con sus ojos acerados de niño grande, recitaba o leía en alta voz, versos de amor y de añoranzas, mientras ella tejía puntillas y ensueños de felicidad.

Edgar, con sus catorce años bien llevados, era todo un hombrecito. Su madre lo adoraba. Lo quería sagradamente, porque él era el recuerdo viviente; era encarnación de su cariño demasiado ideal.

En noches de plenilunio, cuando la casita parecía más blanca y el techo reflejaba la luz de los cielos, ellos se iban a la orilla del río, y juntos hablaban de él.

La luna proyectaba oblicuamente sus rayos sobre las aguas, esa claridad larga y blanca, era como una cinta que unía el ensueño con la realidad.

En esos momentos propicios, la madre, dulcemente, contaba a Edgar, todas sus ansias de maternidad, todas su esperanzas, toda su impaciencia, con que lo esperaba antes de nacer, a él, el hijo presentido.

Una mañana, apenas el sol empezaba a iluminar la casita blanca, y ponía su tinte auri-rosado sobre las aguas quietas, tres veleros, blancos como gaviotas, pasaron coquetones, corriendo hacia el Sol.

Las aguas cerraban a su paso, sus espumas, y en el cielo celeste, se recortaban los triángulos firmes de sus velas claras.

Edgar, sentado en las gradas de su casita, soñó ir en ellos; y en sus ojos de acero, se reveló su voluntad.

Su madre lo miró, y al comprender su mirada, bajó la cabeza, muda, vencida por la realidad de la vida.

La angustia y la voluntad luchaban en el corazón del muchacho.

La voluntad triunfó. Era hombre.

Ella comprendió los sueños de su hijo, sus ansias, y, para ella, tuvieron las fuerzas de todas las razones.

Su amor, verdadero amor, hecho de renunciamiento pleno y consciente, no hubiera admitido ninguna objeción a los deseos de él.

Es que, era tal el cariño que por su Edgar sentía, que si para contener una lágrima hubiera tenido que tajear su cuerpo, se lo hubiera cubierto de heridas, para evitarle un momento de llanto o de dolor.

Llego el día de la partida.

Las manos de la madre, santificadas por el trabajo constante, preparaban amorosas las maletas.

Nada falta en ellas — pensaba la madre — lleva libros que leerá en horas de estudio y recogimiento, lleva telas, colores y pinceles con los que podrá expresar en trazos firmes sus impresiones; lleva remedios y vendas, con los que aliviará sus dolores o curará sus heridas; todo va en sus maletas; hasta lo que menos pueda hacerle falta.

¡Ah! No. Falta... un recuerdo mío. Le daría un retrato.

Así su hijito, en horas de añoranza, podría besarlo y a su vista derramaría lágrimas de amor.

AÑORANZAS SENSIBLERAS

Cómo añoro aquellos ratos de milongas orilleras,
los sollozos de los fuelles que despiertan emoción,
las figuras aprendidas con las buenas compañeras,
y los cantos alusivos a una boca bermellón.

La cortina de cretona cuyos pliegues ocultaban
a una moza resentida, con deseos de bailar;
la reunión de las comadres que en el patio murmuraban
de la humilde costurera que sostuvo el pobre hogar.

De aquella trabajadora muñequita color mate,
blanca esclava de la aguja que no cesó de coser,
hasta bordar, cierto día, con un vómito granate,
como un ramo de claveles, la costura del taller.

La expresiva canzoneta que un virtuoso aficionado
con profundo sentimiento, modulaba al recordar
los rincones de su aldea, donde todo habría cambiado
por los años transcurridos y él, también, al retornar.

Cómo añoro aquellos ratos del alegre conventillo,
que las mozas entonaban algún tango con primor
y más tarde, ya en desuso, destrozaba el organillo
porque el tango siempre tuvo la existencia de una flor.

L U I S A. D E L E O N

Más ante esa idea, desistió, y colocó en su lugar, una hoja de helecho; de aquel, que un hombre amante, arrancara, para ella, de las canteras de Martín García.

Desde la casita, la madre escuchó la pitada del remolcador. Era la señal de partida.

Con los ojos dilatados, muy abiertos, bebiéndose las lágrimas, y hablando de mil tonterías para no amargar el último rato que su pequeño pasaría con ella, avanzaban madre é hijo, muelle afuera.

Quería que llevara una última impresión de felicidad, y para ello reía, reía mucho.

Sabía bien que su hijo, como su padre, no volvería. Y lo dejaba ir?

Ella, que no tenía a nadie en el mundo. Ah, pero era necesario, era por su bien.

Cuando su hijo se acercó a besarla, sus manos trémulas eran los únicos que denotaban la angustia de su alma.

Pasaron los años.

Y un día en que la lluvia ponía su tinte muy gris y muy opaco sobre las cosas, ella vió detenerse ante la puerta de su casita triste, a un hombre recio y fuerte.

Traía un traje que había sido marrón, y botas altas; el cuello levantado de su capote azul desteñido, le ocultaba casi el rostro. Y desde la sombra que proyectaba la visera de su kepí, unos ojos acerados que al verla, se tornaron acariciadores, como los ojos de un niño.

. . . .

Y el eco isleño desde lejos, repitió:

—¡Hijo mío, hijo mío!

Atónita, lo miraba la madre. Lo seguía. Hubiera querido sentarlo en sus rodillas, como cuando era pequeñín.

¡Pero volvía tan taciturno! Llevaba en su semblante una marca tal de tristeza, que sus preguntas expiraban a flor de labios.

Edgar habló. Iba allí confinado porque se había colocado al margen de la Ley Social...

Había trabajado mucho, y había ganado. La había recordado siempre, y sus palabras lo habían acompañado. Y le contó como había sido bueno, por amor a ella, llevando com reliquia una hojita que había encontrado en su maleta, hasta que un día malo, sin saber cómo, aquella hoja ya mustia, había desaparecido.

Inconscientemente, días después, había faltado a su deber y la justicia se encargaba de devolverlo a la isla que lo viera nacer.

—"No podré, madre, decía, no podré vivir aquí!

El río, celoso guardián, se bastaba para aprisionarlo. Y los jefes que confiaron en esa cadena, no contaron con el temple del cautivo.

Una noche de tempestad y de horror, en que el agua caía con estruendo en los techos de las casas, en que el viento quería estrujar la isla con sus manos de gigante, y en que no había luz en el cielo ni en las almas, Edgar preparó una lancha para fugarse.

Su madrecita lo dejó hacer. No podía verlo sufrir. Lo prefería muerto a tenerlo así, abatido, hastiado, cantando bajito sus ansias de perdida libertad.

La madre creyó oír que en sus canciones añoraba sus luchas, y un amor lejano. Y ella misma lo incitó a partir hacia la mañana riente de su vida.

Una vez más, renunció en aras de su amor...

Callados, tomados de la mano, se dirigieron hacia el bosque. La viejita instintivamente se acercaba más y más a su hijo; temblaba. Diríase que iba arrastrada por sus piernas que no podían dar el paso con exactitud.

Las ramas de los árboles, al ser azotadas por la lluvia, les herían el rostro. La madre no sentía. Enardecida por el dolor, apuraba el paso. Parecía que tenía prisa en llegar.

Edgar desató la canoa, le dió un beso, empuñó los remos y se fué.

Ella vió como la obscuridad se tragaba a su hijo y percibió como la tempestad, ahogaba el golpe de los remos.

Y recordó. Nada había dado a Edgar que le preservara de la mala suerte. No llevaba la ofrenda en que se encarnaba su alma, y tuvo la sensación de que su hijo se perdería en las aguas.

Entonces, enajenada casi, las ropas desgarradas, los brazos extendidos hacia adelante, como si quisiera unir su alma a la que se iba, descendió por la arena de la playa; sus ojos bien abiertos queriendo divisar la silueta de su hijo, para quitárselo al río embravecido.

Las olas rugían y se deshacían furiosas unas contra otras.

Ella entró en las olas; sintió como la arena cedía bajo sus pies, sintió como iba en rápida barranca, y siguió, río adentro, más... más adentro, más...

Siempre adelante, cada vez más bajo, cada vez más hondo!

Y, desde el fondo de la obscuridad, vió dos ojos acerados que la miraban y la atraían hacia allá, hacia la eternidad.

Y en su postrer momento de lucidez, presintió su salvación. Sintió que su Edgar recibía el mensaje de su alma.... y que luchaba así con más valor...

. . . .

En un último renunciamiento, se había ofrendado a su hijo.

Y cuentan los marineros que hacen la guardia en el muelle, que un día, por el lado del bosque, a pleno sol, zarpó una canoa. Un confinado se iba.

Todos lo vieron, pero nadie pudo alcanzarlo.

Venía algo así, como un viento suave, y se levantaba del río como un humo tenue, que se interpusieran entre ellos, aumentando la distancia en tal forma, que la canoa no pudo ser alcanzada, y en poco tiempo se perdió de vista.

Otras veces, en noches de tempestad, cuando el río parece un tropel de fieras enloquecidas, cuando el agua suena con estruendo en los techos de las casas, y el viento golpea las puertas queriendo derribarlas, cuando todo es furia, y no hay luz en el cielo ni en las almas, fugitivos audaces han alcanzado las orillas orientales en frágiles canoas.

Y cuentan ellos, que sintieron la presencia de una brisa protectora, que, acercándoles, se interponía entre ellos y la tempestad...

Y devotamente exclaman:

"Es el alma de la madre, que protege a los confinados".

Evangelina Malvigne de Mercado Vera.

EL OMBU

Dios repartía sus dones a los árboles y éstos se adelantaban a elegir atributos y bellezas.

Yo quiero ser fuerte, dijo el ñandubay, y fué más duro que la piedra, más resistente que el hierro.

Mi ideal es ser saludable, exclamó la anacahuita, y lo consiguió.

Al jacarandá le concedieron esa agilidad de verso temblante, lírica en la primavera cuando luce su penacho lila maravilloso.

El laurel reclamó hojas oscuras y lustrosas.

El espinillo se adornó con sus áureos pompones perfumados.

La pitanga y el guaviyú pidieron azucarados frutos. El ceibo se decoró de bellas flores rojas. El tala quiso rudeza india de nudos y espinas. El viraró, elegancia. El sauce llorón, poesía. El cina-cina, transparencia. El ñapindá avaro reclamó uñas. La aruera, un poder misterioso para castigar a los inciviles que no le rindieran homenaje. El paraíso, aroma. Y las tacuaras, esbeltas y musicales, solicitaron ser útiles para las picanas del trabajo y para arrancar una sonrisa de júbilo a los niños como armazón de la luminosa cometa.

Después vino el ombú.

—Qué te puedo ofrecer, pobre ombú?

—Sombra para el descanso de los hombres...

—Todos la poseen.

—Corpulencia para ser un índice en la vastedad de la llanura, para que el gaucho desde la lejanía sienta la emoción del hogar tibio que lo espera.

—¿Y qué más, ombú?

—Deseo que mi leña sea débil, esponjosa y frágil; que no resista a una ensambladura o a un clavo. Que se quiebre a la menor presión. Que se vuelva polvo al contacto del sol o de la lluvia.

Dios estaba extrañado:

—¿Y, por qué, ombú, no pides coloridas flores o sabrosos frutos? ¿Por qué no quieres tener una bella madera para fabricar la cuna del niño, la mesa de la familia, el barco para el viaje, el ataúd para el descanso último?

—Padre mío, contesto el ombú humilde, sé que una vez vino al mundo un hombre bueno que predicaba el amor, la justicia y el bien...

Los demás hombres lo persiguieron, lo condenaron y lo crucificaron en una cruz, hecha con el dolor de algún hermano árbol.

Aun existen soñadores en la tierra.

Déjame contento, concediéndome lo que pido. Tendré la conciencia tranquila pensando que nunca contribuiré al crimen de asesinar a un justo.

MONTIEL BALLESTEROS.

Curiosas transformaciones de las langostas.

Los pescadores de langostas no habían logrado coger nunca ejemplares jóvenes de estos crustáceos, cuyas hembras llevan millares de huevos en sus falsas patas abdominales. El naturalista Gerbe, quiso comprobar este curioso fenómeno de la ausencia aparente de los individuos jóvenes, y, al efecto, puso varias langostas con huevos en un acuario y vió salir de los mismos, larvas jóvenes aplastadas, traslúcidas y tan diferentes de las adultas, que los naturalistas la habían considerado antes, como un género aparte. El cuerpo de estos embriones se compone de una especie de escudo ovalado, prolongado por una placa mucho más pequeña que corresponde al abdómen. En la parte anterior del escudo anterior se encuentran dos ojos pedunculados, y del frente ventral del animal, parten tres largas patas bifurcadas.

¿Cómo estos *filosomas* se transforman en langostas? M. Eugéne Bouvier descubrió después de una observación detenida, que el filosoma se transforma en un embrión de unos dos milímetros. Ya no tiene este embrión las largas patas arañaformes, ni el gran escudo cefálico, y, en su forma, se aproxima ya a la de la langosta.

La vida de sociedad

Reglas y costumbres de buena educación en el trato de las personas

La conversación

(Continuación)

Muchas mujeres creen interesante hablar de ellas, de sus maridos, de sus hijos y de la manera como emplean el día. Otras, por timidez, apenas abren los labios, y causan gran embarazo al interlocutor condenado a hablar solo, mientras que hay personas que acaparan la conversación y no dejan meter baza a nadie.

¡El acaparar la conversación o entrometerse a dar opiniones, sobre todo hablar alto, gesticular con viveza, son también defectos que han de evitarse.

Las jovencitas no deben dar su opinión ni mezclarse en ciertas conversaciones atrevidas,pero es igualmente peligroso hacerse la ingénua, porque nada hay tan ridículo como una inocencia fingida.

En los conciertos, conferencias o sitios en que todos escuchan, no se debe hablar ni distraer la atención de los demás, impidiéndoles oir.

Un exagerado amor propio hace balbucear a muchas personas y hablar despacio, sin entonación, con monotonía y uniformidad, como si se escuchasen, mientras otros dan a cada sencillo párrafo de la conversación, aire de discurso o de sentencia. Es corriente ver personas que para hablar de un asunto vulgar, hacen un largo exordio o digresión histórica, cansada y enojosa, que desvía del objeto principal, hasta el punto de que se ven luego obligadas a recordarlo como consecuencia y moraleja.

Así,pues, la persona de amena conversación ha de ser animada, sencilla, sin fatuidad ni rebuscamientos, huyendo de lo vulgar y de la imposición del "yo" para saber escuchar, callar, responder e interrogar oportunamente. Es un arte que sólo un buen sentido enseña.

Las repeticiones y las locuciones vulgares se evitan con la costumbre de leer buenos autores y hablar con personas distinguidas. La razón es sencillísima. No estando acostumbrados a usar ciertas palabras, no acuden jamás a la memoria, y se adquiere forma galana y escogida con el hábito de leer y oir buenos hablistas.

Nada hay de tan triste efecto como escuchar de los labios de una dama elegante las palabrotas vulgares del arroyo. También el timbre de la voz es suceptible de educarse en el medio en que se vive. Comparemos el timbre fuerte y destemplado de un hombre o mujer del campo, con la voz sonora de una dama o un caballero educado. Conviene, pues, evitar los defectos de pronunciación y hacer que la voz adquiera serenidad y dulzura.

¡Es tal el encanto que emana de una voz dulce, que muchas personas, sin poseer belleza, son simpáticas por el acento. Hay, además, que tener en cuenta que las gracias físicas son efímeras y que la última belleza que nos resta es la del talento y la conversación. Se ve con frecuencia en sociedad, preferir la conversación de los ancianos, cuya fluidez de palabra nos encanta, a la sosería de los jóvenes.

Además, no hay que olvidar la célebre frase: "Si a las jóvenes bonitas puede dispensárseles no tener talento, todas las demás están *obligadas* a manifestarlo".

Las comidas

Las comidas desempeñan un gran papel en la vida social, desde la comida íntima de la familia, de la cual nos ocuparemos más adelante, hasta las que se ofrecen a los amigos y aquellas que por su importancia adquieren proporciones de banquete.

Entre los pueblos sajones y especialmente entre los norteamericanos, la costumbre de las comides en casa va desapareciendo y tienen lugar en cualquier restaurant u hotel de moda; pero entre los latinos, más aficionados al hogar, la costumbre de las comidas subsiste siempre.

Es preciso conocer una multitud de detalles para no caer en ridículo delante de las gentes que se preocupan de estas fórmulas de sociedad y de riguroso buen tono.

Ocho días, lo menos, antes del destinado para la comida, hay que repartir las invitaciones, a las cuales se responderá inmediatamente, y si cualquier circunstancia impidiera el aceptar, es necesario disculparse de un modo amable y lógico.

A pesar de esto la persona invitada tiene la obligación de hacer, dentro de la semana, la "visita de digestión", aunque no haya asistido al convite.

Si después de repartidas las invitaciones, una circunstancia fortuita nos obliga a suspender la comida, se envía una tarjeta a cada uno de los invitados avisándoles y dándoles a entender que por motivos imperiosos se suspende y aplaza la proyectada reunión, no que se renuncia a ella.

Naturalmente que considerando la mesa como un sitio de placer, no debe invitarse nada más que a personas gratas: los mejores amigos, los más inteligentes, los más simpáticos. Hay personas bien educadas, que, aun a pesar suyo, sufren la influencia de atavismos y supersticiones, y experimentan gran disgusto si se reunen en torno de la mesa trece comensales. Por si acaso entre nuestros amigos hay algunos de estos, conviene evitar ese número.

Se tendrá en cuenta al hacer las invitaciones que haya un número igual o mayor de hombres que señoras, a fin de que ninguna de estas se vea obligada a pasar sola al salón. Las personas amigas que se profesen simpatía se colocarán cerca, cuidando de no invitar a la misma comida personas que notoriamente se sepa no están en buena armonía.

C. de B.

(Continuará)

NUEVAS VOCES DEL CAMPO

I

Mujer, haz de tu vida un poema de optimismo, lleno de la divina alegría del agua, de los pájaros, del bosque y del sol. ¡De todo el regocijo del mundo!

II

Pobre lago, dijo el cóndor remontándose, tú no puedes ir en busca de los astros.

Sonrióse en ondas el agua y calló.

Cuando el cansancio hizo regresar de su inútil vuelo al ave, estaba el lago lleno de estrellas!

III

No es para tu siglo la constancia de la gota de agua; sino la voluntad del hierro horadando rápidamente.

IV

Dice la lluvia: ahora, Azul mío, seré un poco de lodo; mas llegará la Primavera y el regocijo del brote, de la flor, y del fruto, proclamarán que nunca es en vano el dolor sobre la tierra!

V

Ya que todo ha de terminar, termine como el día: con belleza.

VI

Abeja, liba en la flor de la juventud y prepara henchidos panales para la madurez.

VII

Distancia, sólo existes para la materia esclava del límite.

VIII

Haz como la luna y el sol, que cuanto más se elevan más luz esparcen.

IX

Aprenda de los pájaros tu pensamiento y por rutas azules vaya en pos de primaveras; y cantará siempre tu optimismo.

X

Que mañana exclames: ¡Señor, ya no temo a los huracanes: como el ombú en la tierra, hundí profundas raíces en la verdad!

XI

Muchas tormentas ensombrecerán el cielo de tu alma: que pasen dejando huellas de iris!

XII

Más abate a las sombras el fuego en alegre danza de llamas que en meditativa quietud de brasa.

XIII

Rápida y silenciosa, como las alas de la luz, sea tú bondad para la acción.

XIV

Aprende del agua: la pasión del sol o del fuego no la envilecen, sino la elevan a mundos superiores.

XV

Ambiciona estrellas. Si eres diáfana, no importa a los astros que seas humilde, como el agua del lago; más vale engañarse con astros, que vivir en la obscura decepción de la ciénaga.

Rosario Beltrán Nuñez.

SAUCE LLORON

Por Cleofé Pereyra de Goicoa

Cuando yo era niña, todos los veranos los pasaba en la estancia "La Gloria" que tenía mi padre en el partido de Chascomús. Allí vivía todo el año mi abuelito paterno, desde que quedara viudo. Era éste, un anciano, casi ochentón, pero de una salud y memoria sorprendentes para sus años.

Yo le tenía gran cariño a "La Gloria"; allí había pasado los días más felices de mi niñez. En invierno me llevaban a Tucumán y Salta, y los montes y montañas, ya me tenían cansada, anhelando ver tierra llana. Nada había para mí más hermoso que presenciar el nacimiento del sol que parecía brotar de entre los dorados trigales. En las provincias del Norte, recién se deja ver cuando está muy alto y sobrepasa las sierras. No sé cuál de los dos panoramas es más hermoso, pero a mí me subyugaba el de mi tierra.

Conforme nos instalábamos en "La Gloria", el primer huésped que solíamos tener, por unas cuantas semanas, era el padre Mateo, un viejecito muy simpático, contemporáneo de mi abuelo. En nuestro hogar era muy respetado y querido — se le llamaba cariñosamente "Sauce llorón" sin saber por qué, pues estaba tan arraigada esta costumbre entre nosotros, que a ninguno se nos ocurrió averiguar su origen.

Una tarde había llovido muchísimo, y al rato alumbró el sol, caprichos de tormenta de verano, igual que chicuelo mal criado, que llora para que lo mimen o hacerse valer. Este fué recibido con gran alegría por todos, pues ya creíamos que se nos había ahogado el programa de paseo. Corrimos a aprontarnos para salir a caballo y "chapalear barro", yendo hasta el pueblo a recoger la correspondencia del casillero del correo.

Pero, cuando yo bajaba de mi dormitorio, ya lista para salir, calzando botas de montar, guantes mosqueteros, chambergo, pollerón, y látigo en mano, acercóse a mí, el "mensual" para anunciarme que no podía ensillar mi caballo "Bonito" porque se había mancado, y me ofrecía el suyo "Chiche", por si deseaba montarlo. Yo, que tenía entonces quince años, y "fueros" de señorita, no acepté el ofrecimiento del peón. ¡No faltaba más que ir en el caballo más mal entrazado de la estancia! ¿Qué dirían los muchachos de la estancia "El Tordo" si me vieran? Ellos que me tenían por una gran jineta, ir cabalgando una oveja... ¡No, muchas gracias! Decidí quedarme en compañía de mi abuelito y "Sauce llorón" a jugar al truco.

Cuando mis hermanos y primos se marcharon de paseo, yo entré en el dormitorio del anciano y preparé la mesa de juego. Jugué sin entusiasmo, dejándome ganar, vuelta a vuelta; a las pocas partidas dejé solos a los viejecitos y me dirigí al piano a hacer un poco de música. Allí pasé un gran rato entretenida y ya anochecía. En eso me pareció oír un ruido extraño en el escritorio del abuelo, puse más atención y vi al padre Mateo que, con una gran llave en la diestra y alumbrándose con una vela, trataba de abrir la biblioteca. Con su larga sotana negra, y su cabeza calva, parecía San Pedro que iba a dar pan a los santos que merecían el paraíso. Me acerqué a él, quien al verme, dijo:

—¡Oh, hijita! vienes en mi ayuda, parece que el señor te hubiese enviado. Ven, busca aquí, entre estos libros, a "Amalia", de Mármol; tú abuelito lo pide.

¡Qué más deseaba yo que revolverle la biblioteca a mi abuelo, si aquello era una "fruta prohibida" para nosotros.

Venían a mi mano librotes viejos, de páginas amarillentas, con un vaho de alcanfor y humedad, que hacía picar la garganta. Allí había revistas encuadernadas "El Mosquito", "La Mayorca", "El Chicote", "Don Quijote", "Siete años de guerra en el Paraguay", tomos de Julio Verne, de Flammarion, escudos, medallas, estandartes, La Biblia — Francmasonería de Rith — símbolos masónicos ,obras de Shakespeare, entreverados con poetas americanos(Gutiérrez, Cisneros, Rivera Indarte, Fajardo, Rubén Darío, varios manuales de cocina "El Teofilón". "El médico en casa", "sistema homeopático". ¡En fin, una Babilonia! Todo, menos lo que buscábamos.

Fuí hasta la despensa y regresé con un farol y una escalerita para alcanzar al primer estante. Ahí, en ese mueble, estaban reunidas las obras de muchos sabios, que fueron en vida, acérrimos enemigos, porque defendían teorías opuestas. ¿Así estarán, todas reunidas, sus almas en el cielo?...

Después de una inspección más prolija, aparecieron los tomos que deseábamos. Se los di al padre, mientras yo cerraba la biblioteca. ¡Qué llave aquella! ¡parecía la de una cárcel por lo grande! pero, qué prisioneros tan pequeños e inofensivos encerraba. Es decir ¿pequeños e inofensivos? ¡hum!... ¡quién sabe! por algo el abuelito los encerraba en sus celdas.

Terminada mi misión fuí hasta la pieza del anciano a entregarle el llavero. Allí encontré a los dos viejitos con un papel entre sus manos, tratando de descifrar un manoscrito de letra muy menuda, que habían sacado de entre las páginas del libro.

—¿Qué es ese papel, abuelito? — le pregunté al anciano.

—Esta es la leyenda del sauce llorón; mira, hijita, léelo tú que tienes mejor vista que nosotros.

—¿Cómo, la leyenda del padre Mateo, usted tiene leyenda como las cosas de antaño?

—No tontuela, no, es que nuestro padrecito desea saber por qué en esta casa se le llama "Sauce Llorón", y es justo que lo sepa; aquí, en este papel, que fué escrito por mi hermano fallecido en la guerra del Paraguay, hay una historia; hombre joven y bizarro ¡pobrecito! él tenía una novia que se llamaba Amalia, por esto puse su escrito en este libro y lo guardé como una reliquia, pues así lo tenía guardado nuestra santa madre. Un bravo soldado que lo socorrió en su última hora trajo a la venerable anciana, su casaca. Era éste el padre Gregorio Sauce, capellán del ejército. En uno de los bolsillos del saco, estaba el retrato de Amalia, y este manuscrito, toma, lee y entérate de su contenido.

Obedecí al viejecito y leí lo que sigue:

"SAUCE LLORON"

A mi querido amigo el padre Sauce [illegible]

"Ya sé que en un tiempo fuiste "muy erguido y que con tu arro-"gancia, casi al cielo llegabas; que "al pie de tu añoso tronco oiste ju-"rar promesas de amor que no se "cumplieron; quejas de una guita-"rra pulsada por un decepcionado. "También fuiste el consuelo de la "vejez. Has tendido tus brazos al "moribundo, quedando en tu rega-"zo dormido al arrullo de tus ho-"jas, cual si fuese una música ce-"lestial. Pero, un día, en busca de "tu amparo llegaron unos malhe-"chores, y mientras acechaban des-"de allí a la justicia, su enemigo, "tú oiste hablar a sus conciencias. "¿Qué dijeron, que desde aquel día "inclinaste la frente hacia la tie-"rra, y avergonzado del pecado aje-"no, que tú inocentemente sobijas-"te, no volviste a alzar la cabeza "para mirar el firmamento? Parece "qué de hinojos al señor rogaras "perdón para sus almas, como rue-"gan los venerables sacerdotes. ¡No "sé qué hallo en ti de poética tris-"teza, me impones respeto, y con "unción te venero!

"En las tumbas del camposanto, "te colocan para poetizar la fúne-"bre mansión y para que con tu "verde vestidura, de esperanza a "aquel que llora por el ausente. "Así como la de este árbol, es tu "misión sobre la tierra, Sauce que-"rido, la de prodigar consuelo al "afligido. ¡Quien no te respeta, es "un profano!"

* * *

Al terminar la lectura dijo mi abuelo:

—Desde entonces, en homenaje al muerto, a todo sacerdote amigo de nuestra casa se le llama como a usted. Ya ve, padre Mateo, que al darle el nombre de "Sauce Llorón", en este hogar criollo, se le brinda con un título de nobleza.

POR ESCUCHAR

Yo sé bien qué escucharon mis oídos,
Qué secreto, bajito, le dijeron,
Y que alma y corazón están heridos
Pues sueños y esperanzas se murieron.

Escuché, y tuve que bajar la frente,
Inclinar sobre el pecho la cabeza;
Y abismado en la noche de mi mente
Lloré en silencio mi mortal tristeza...

Esa confesión me hizo tanto daño
Que del amigo renegué con ira.
¡Por qué! Señor, por qué tal desengaño
Si era feliz viviendo en la mentira!

R O B E R T O F O R T E.

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879 Buenos Aires

De 9 a 12 y de 14 a 18
Sábados: de 9 a 12

U. T. 438, B. Orden

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital	En el Interior	En el exterior
Trimestre. . $ 2.50	Trimestre . $ 3.00	Trimestre $ oro 2.00
Semestre . . „ 5.00	Semestre. . „ 6.00	Semestre. „ „ 4.00
Año. . . . . „ 9.00	Año. . . . „ 11.00	Año. . . . „ „ 8.00
N.° suelto. . 20 cts.	N.° suelto. . 25 cts.	
N.° atrasado. 40 „	N.° atrasado. 50 „	

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

Conocimientos útiles :: *Fórmulas, procedimientos e indicaciones de provecho para el hogar*

Recomiéndase como hemostático inofensivo y de rápidos efectos la pimienta en polvo fino, que coagula inmediatamente la sangre cerrándose la herida en poco tiempo.

Contra lo que pudiera creerse, la pimienta no ejerce acción irritante alguna sobre la herida.

* * *

Grasa para correas. — Primeramente, se prepara una mezcla de cinco kilogramos de aceite de pescado y dos kilogramos de sebo. Fúndese todo y se agrega lentamente una disolución compuesta de dos gramos de trementina rectificado a la temperutura de 60° centígrados y mezclado con 5000 gramos de parafina.

* * *

Para quitar el hipo recomienda el periódico francés "La Nature", el siguiente procedimiento que no puede ser más sencillo. Se toma un buche de agua y se conserva en la boca a fin de tragar un poquito cada vez que da el hipo. Téngase muy en cuenta que no se ha de tragar cada vez más que muy poca agua, cosa que es bastante difícil, y quizás por eso mismo, es decir, por la tensión de espíritu a que obliga el procedimiento, se combate el fenómeno, que es esencialmente nervioso.

* * *

A fin de que la tinta se adhiera con facilidad al papel tela, basta frotarlo ligeramente y con presión uniforme, con un poco de salvado grueso. De esta manera la tela se desengrasa sin perder ninguna de sus propiedaddes de transparencia y resistencia.

También se obtiene igual resultado pasando sobre el papel tela sandáraca en polvo, que se extiende con una muñequilla.

* * *

Las manchas en francia blanca se quitan con una mezcla, en partes iguales, de glicerina y yema de huevo. Esta mezcla se aplica sobre las manchas, y se deja que penetre bien en la tela antes de lavarla.

* * *

Pasta francesa para el charol — Derrítase un poco de cera de abejas y añádase casi la misma cantidad de aceite común y un poco de sebo. Mézclese bien todo ello poniéndolo a un fuego moderado, y después de retirarlo del calor, añádasele aceite de trementina y un poco de aceite de espliego. Con todo ello se formará una pasta que debe conservarse en cajitas de hojalata.

Para empelear esta pasata, se aplica sobre el charol con un trapo de hilo. Es la mejor composición para conservar el cuero suave y devolverele su lustre.

* * *

Al hacer vainica resulta muy penoso el trabajo de sacar los hilos tal como está la tela preparada; pero si antes de proceder a la operación se frota la parte de donde se haya de sacar con un cepillo mojado en espuma de jabón muy espesa, una vez seca la tela es facilísimo el trabajo.

* * *

Barniz para el cartón. — Es una composición especial, que dando dos o tres manos de ella sobre el cartón, forma una especie de revestimiento obscuro y brillante muy parecido al de la laca y al mismo tiempo da gran rigidez y dureza al cartón, a la vez que lo impermeabiliza de un modo absoluto.

El barniz se prepara con 54 partes de cal apagada, 6 de alumbre en polvo y por lo menos, unas 40 partes de sangre fresca bien batida.

Decimos "por lo menos" porque es necesario que la mixtura tenga una consistencia suficientemente líquida para que se pueda extender. Hay que menearla bien antes de aplicarla para que adquiera homogeneidad.

Esta composición, cuando está bastante espesa, resulta un excelente cemento para pegar mármol, porcelana, etc.

* * *

Se prepara un excelente papel caza-moscas, del modo siguiente: derrítase al fuego en una cazoleta un poco de resina, añadiéndole cuando esté líquida un poco de aceite común, con objeto de que la pasta tenga al enfriarse la consistencia de la miel. Luego no queda sino embadurnar con ella un pedazo de papel de estraza, y colocarlo en cualquier sitio. El olor de la resina atrae las moscas y éstas quedan fuertemente adheridas al papel, que debe ser quemado una vez lleno de prisioneras.

* * *

Para clarificar la miel se toman por cada 3 kilos de miel virgen 875 gramos de agua, 150 de carbón lavado, pulverizado y secado, 70 gramos de creta en polvo y tres claras de huevo batidas con 90 gramos de agua. Se ponen la miel, el agua y la creta en una calderita de capacidad algo superior a la del volumen de la mezcla. Se hierve todo por espacio de tres minutos, se añade luego el carbón y se mezcla con una espumadera; se añaden las claras de huevo agitando siempre y dejando hervir todavía durante tres minutos. Se retira del fuego, se deja enfriar y al cabo de unos quince minutos se pasa a través de una franela. Se vuelve a filtrar y se obtiene el producto clarificado.

* * *

Para destruir las lombrices de tierra de los jardines, hay que regar primeramente la tierra ligeramente blanqueada con cal. Las lombricen suben a la superficie y mueren retorciéndose. El procedimiento puede aplicarse a los semilleros siempre que se tenga la mano ligera, y hasta las cajas que contengan árboles verdes como las palmeras, por ejemplo.

En segundo lugar, puede regarse con agua salada, pero conviene obrar con mucha prudencia, pues la sal no les gusta a las plantas, por encontrar en ella a su enemiga la sosa.

Algunos jardineros para preservar las semillas en tientos ponen en el fondo de la maceta una delgada capa de cal que las lombrices no se atreven a atravesar.

* * *

En toda casa bien ordenada debería ocupar lugar preferente un frasco de bicarbonato de sosa, rotulado, por las muchas aplicaciones prácticas que tiene.

El dolor de las quemaduras y escaldaduras desaparece cubriéndolas con bicarbonato.

Tomándose un vaso de vino en el cual se haya disuelto la cantidad de bicarbonato que pueda contener una moneda de diez centavos se quita el ardor de estómago.

Tomando igual cantidad al acostarse, suele facilitar el sueño a las personas que padecen de insomnio.

No es conveniente comprar mucha cantiddad de este producto, to, porque se deteriora; con una onza hay suficiente para bastante tiempo.

ANECDOTA

Por un capricho, sin duda, tenía el general Belgrano la costumbre de usar en sus uniformes, adornos de paño verde; y esa costumbre, inspirando la agudeza de algún soldado travieso, le valió el cómico sobrenombre de "Cotorrita".

El general era un ordenancista inflexible; orden dada, era cumplida, castigándose severamente al infractor, fuese quien fuese.

Alarmado por el escandaloso auge del juego, prohibió terminantemente que en el campamento de Tucumán se jugase.

Belgrano, tanto como ordenancista era vigilante, así es que con frecuencia solía abandonar su carpa, solo y sin escolta, para recorrer el campamento y cerciorarse de que todo el mundo estaba en su lugar.

En uno de estos paseos, realizado en una noche obscurísima, observó el general una especie de mancha que se destacaba sobre la obscuridad. Sospechó lo que aquella sombra pudiera ser, y resuelto a averiguarlo, avanzó hacia ella con toda precaución. No se había equivocado: la mancha negra era un grupo de soldados que jugaban.

Para evitar que se viera la escasa luz de un cabo de vela fijado en el suelo, los jugadores formaban una apretada rueda, tan compacta, que no dejaba pasar ni asomo de resplandor. Notó el general que al hacer las puestas, se acercaban a la luz, manos más cuidadas que lo que de ordinario suelen estar las manos de los soldados, y sospechó que entre los jugadores debía hallarse algún oficial.

Deseoso de saber quién pudiera ser el tal, pensó que lo mejor, para lograrlo, sería tomar parte en la jugada. Sacópues, del bolsillo una moneda de plata, y con voz fingida dijo:

—¡A la sota!

Pero, sucedió que, al estirar el brazo, un soldado viendo el color de la bocamanga, dió la señal de alarma, gritando:

—¡Cotorrita!

Una mano callosa apagó la luz; deshízose el grupo como por encanto, y el general, solo, como quien ve visiones, permaneció un momento clavado en el suelo.

Al rato, mohino y cariacontecido, se retiró a su carpa, seguro de que en el campamento se jugaba, pero ignorando quienes fueran los jugadores.

PAPEL Y TINTA

"Retorno", por Arturo Marasso. — Sosin y Toia, editores. — Buenos Aires. 1927.

El autor de "Poemas y coloquios", obra que obtuvo el primer premio de poesía en 1925, acaba de publicar, en "Retorno", un conjunto de poesías líricas de inestimable valor. Arturo Marasso es, substancialmente, un poeta lírico. Un poeta lírico de amplísimo vuelo. El dolor del mundo y la inquietud de todas las esperas, vibra en su canto con una fuerza bíblica. La naturaleza lo asombra y lo embruja, y, atento a ella, el espíritu del poeta se afirma en cada crepúsculo y se agiganta de éxtasis en la media noche llena de estrellas.

En estos últimos tiempos, el fervor que Arturo Marasso siente por la cultura helénica, hiciéronle apartar de su visión provinciana, para cantar, en poemas de gran aliento, el alma maravillosa de Grecia. Ahora, en estas páginas de "Retorno", título felicísimo que resume el espíritu del libro, el poeta vuelve a las emociones puras de su juventud y canta al amor y al ensueño con profunda voz de visionario. Lo intensamente humano, lo que es de ahora y será de todos los tiempos, tiembla en su nueva poesía como una ansiedad.

Veamos, sino, "El ramo de oro", una de las tantas joyas del libro:

¡Vámonos, allá! — ¿A dónde? —
¿Qué importa adonde? Allá.
Vámonos, vamos; la dicha
está allá.

¿Viste tú el ramo de oro
entre las hojas brotar?
Vamos al árbol que brilla
allá, allá.

La tarde es un mar de púrpura
tras el obscuro encinar;
canta un pájaro y nos llama
allá, allá.

La noche es el ramo de oro,
luce, en la selva y el mar;
allá la dicha es eterna,
allá, allá.

Mas allá de nuestros sueños
el mundo y el cielo están.
el tesoro siempre oculto
allá, allá.

¿Viste tú el ramo de oro
entre las hojas brillar?
Vámonos, vamos, la dicha
allá, allá.

Todo "Retorno" es así, voz que habla en la tarde de la más íntima inquietud, de la más conmovedora ternura.

Y de la forma impecable, de la palabra de su verso, ceñida y noble siempre, no hemos de decir nada. Espíritus como Rubén Darío y Rodó supieron escribir, en su tiempo, lo que tales valores significan en la obra de este gran poeta uestro.

"Policíacas", por Laurentino C. Mejías. — Editorial Tor. — Buenos Aires.

Dos períodos hay en la existendel hombre, en que la tentación de escribir tórnase irresistible: la mocedad, en los momentos en que el espectáculo de la vida sorprendiéndole y maravillándole, impúlsale a expresarlo, ya en versos ,ya en prosas, pero siempre con superabundancia de palabras, riqueza de imágenes y más emotividad que profundidad; y luego, corrida la aventura de la vida, acallados los impulsos, aplacadas las pasiones, el instante de la ancianidad, cuando los recuerdos, despojados de aristas y asperezas, vienen a la memoria, cuando de las dichas y pesares gastadas y sobrellevadas, se anhela dejar una huella y trasmitir un ejemplo.

Y es esto lo que acontece con el comisario Laurentino C. Mejías, un meritorio funcionario público, hombre animoso y enamorado de las cosas de su tiempo, con plausible empeño se afana en que ellas, en muchos de sus interesantes aspectos, no se pierdan definitivamente. Escritor respetuoso de la forma y cuidadoso del fondo, en su último libro, *Policíacas* evoca algunos momentos notables en que la ingenua existencia de la Gran Aldea, lo que no tenía de dinámica y agitada, teníalo de atrayente y apacible. Eran otros los hombres y eran otras las costumbres. Postrimerías de una sociedad muy distinta de la actual, han hallado en el autor un exacto, conmovido y pintoresco cronista. Páginas hay en este libro del comisario Mejías que han de emocionar a muchos veteranos de nuestro gobierno; anécdotas se relatan en forma que muchos de los actuales funcionarios policiales se han de sentir confortados y mejor animados.

Libros como el del comisario Mejías debieran exigirse a todos los hombres que alguna función pública han desempeñado: verdaderos ejemplos, admirables documentos en los cuales es posible comprobar que han hecho algo más que pasar por las monótonas casillas de un escalafón.

"Mundo Ibérico".

Tan notable como los anteriores es el número 6 de la interesante y espléndida revista MUNDO IBERICO, que acaba de publicarse.

De lo nutrido y selecto de su texto dará una idea citar sólo los nombres de los escritores que firman los trabajos y que son literatos tan prestigiosos como José Francés, Gómez de la Serna, Diedo San José, Lorenzo Riber, Angel Dotor, García Mercadal, Eduardo Carballo, Enrique de Leguina, Fernández Escobés, Felipe Centeno, etc.

La parte gráfica, como en números anteriores, ofrece hermosas ilustraciones de la mayor parte de los trabajos, magníficos retratos a toda plana de Paulino Uzcudún, y otros de las estrellas de la pantalla Mary, Brian, Florence Vidor y Greta Nissen.

Completan tan interesante número la continuación del folletín "El Bólido de Oro" y las acostumbradas secciones de Cine, Mesa, Pasatiempos, Caricaturas, etc.

Notas cinematográficas

GLORIA SWANSON EN "EL AMOR DE SUNIA SU PRIMER PRODUCCION PARA ARTISTAS UNIDOS. — Está en el recuerdo de todos, la noticia de que en Nueva York se iba a inaugurar el teatro más grande del mundo El Roxy.

Y por los mismos cablegramas se informaron que la película elegida para la inauguración de la maravillosa sala de espectáculos sería la primera producción que para Artistas Unidos había filmado Gloria Swanson. Así fué: a principios de marzo de este año el Roxy con capacidad para más de seis mil personas habría sus puertas con la exhibición de "EL AMOR DE SUNIA" por Gloria Swanson cobrándose a once dólares la platea. Y la notable artista obtuvo uno de los éxitos más completos de su larga carrera artística.

"EL AMOR DE SUNIA" batió, pues, el "record" de entradas y de altos precios por una película.

Gloria Swanson es uno de los componentes de sexteto que forman la entidad United Artistr Pictures. El triunfo de Gloria Swanson alcanzó por igual a la artista, a la editora y a la cinematografía estadounidense.

Se trata de una obra de cualidades en que Gloria Swanson se muestra digna de la confianza que en ella depositan millones de espectadores.

En "EL AMOR DE SUNIA" Gloria Swanson interpreta varios estados de ánimo en la vida de una mujer que realza su enjundia dramática.

Su asunto puede resumirse en la siguiente forma:

En el Oriente místico donde los profetas mantienen incolumne llamás divinas vivía un joven Yogi. En sus estudios con el que más allá se da cuenta que en su encarnación de hace siglos cometió un gran pecado y para redimirse emprende un viaje de penitencia. Después de varios años arriba a un pueblo cercano a Nueva York y allá reconoce en Sunia y Paul Judson, dos jóvenes que se quieren como la encarnación de aquellos que había perjudicado.

Sunia bella muchacha se había comprometido con Paul para casarse cuando éste que es ingeniero partiere para Sud América donde debía construír un puente muy grande. Pero el padre de Sunia que está al borde de una inminente ruina, quire que su hija se case con Robert Goring un millonario. Un empresario teatral cree que Sunia posee una voz divina y le ofrece fama y una fortuna si ella lo acompaña a París. Un joven cajero de un banco que ama a Sunia le propone unir sus destinos en cuanto lo asciendan. El deber, la ambición, la riqueza y el amor son las cuatro sendas que se presentan ante Sunia.

En esto aparece el joven Yogi y le ofrece ayudarla por medio de la inspiración reveladora para mostrarle lo que sucederá en los cuatro caminos que su destino le señala.

Y empieza así la evocación del futuro yván desfilando uno a uno las situaciones afligentes, unas dramáticas, otras estériles hasta que el único camino que ve es el amor, principio y fin de todos nuestros afanes.

Es una notable producción llena de emocionantes situaciones que conmueven. Gloria Swanson realiza como siempre una interpretación afortunada. Toma parte en "EL AMOR DE SUNIA" un conocido de nuestro público, el antiguo cantante Andrés Segurola que actuó en la Opera de Buenos Aires hace años.

Entretenimientos

CIENCIA RECREATIVA, JEROGLÍFICOS, CHARADAS, etc. PARA DISTRACCIÓN DE CHICOS Y GRANDES

El pez sabio

Tómese un huevo crudo; por medio de una aguja practíquense dos agujeros en los extremos, y soplando por uno de ellos se vaciará por el otro. El que sea aficionado a los huevos crudos puede evitarse abrir uno de los agujeros vaciando el huevo por una fuerte aspiración. En caso de abrir dos, deberá taparse uno de ellos con cera o lacre. Dibújense después de vaciado el huevo, dos ojos como indica el grabado. Además debe construirse un saquito de franela roja, cosido como indica la línea de puntos de la figura; lástrese por medio de perdigones, y hágase penetrar por medio del saquillo la mitad del huevo, haciendo que el agujero quede en el interior; péguese el saco al cascarón por medio

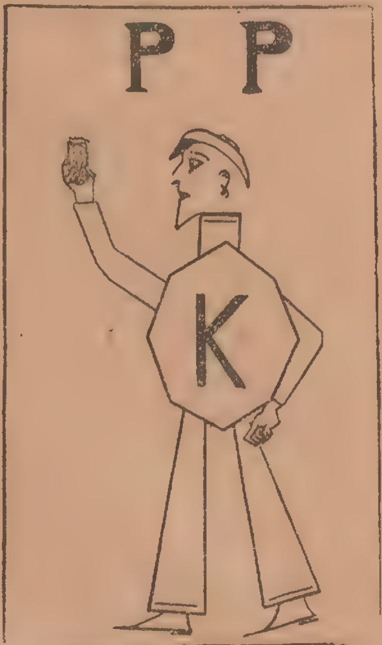


de cera y quedará construido el curioso pescado. El saquillo de franela podrá tener la forma que indica el dibujo u otra cuaquiera más o menos fantástica, incluso de submarino.

Cualquiera que sea su forma constituirá un perfecto "ludión" que podrá subir y bajar en un recipiente lleno de agua, y cerrado por una membrana de cautchou ú otra substancia impermeable.

Teniendo cuidado de graduar el peso del lastre, de modo que el pez flote en la superficie, pero que un ligero impulso con la mano le haga descender hasta el fondo del vaso, y colocando la mano sobre la membrana, al comprimir ésta ligeramente el agua entrará en el huevo por el agujerito, haciéndolo más pesado, y el pez descenderá. Al cesar la presión de la mano, el aire que el líquido había comprimido al entrar en el huevo, se dilatará desalojando el líquido que se había introducido. El pez, aligerado de este modo, llegará de nuevo a la superficie y parecerá como que obedece a vuestros mandatos, siempre que tengáis cuidado de que los espectadores no perciban los movimientos de presión de vuestra mano.

No. 12 — Operación aburrida



No. 13 — Charada

La "una-una" entre cristales
suena terso y vibrador,
y las cosas materiales,
como los actos morales,
su "una dos", tienen, lector.

La "dos" es planta especial;
con el sol ¡bella fortuna!
tiene un vínculo natal,
y un vasto imperio es su cuna,
vasto imperio celestial.

La "dos tres", aunque os asombre,
pájaro es que sabe hablar.
No se puede esto negar
pues él mismo enseña el hombre
cómo le debe llamar.

El "todo" es grave y paciente,
de apostura reposada,
no alardea de valiente
mas recibe estóicamente
la más profunda estocada.

Y si quieres perpetuar
tu manera de pensar,
a él tienes que recurrir:
y mientras te hace triunfar
se la viendo morir.

Pero nunca está doliente,
ni se queja si te ensañas,
y le sorbes inclemente,
poco a poco y totamente,
la sangre de sus entrañas.

No. 14 — Comprimido

MOS MES
MUS MIS

No. 15 — Jeroglífico
(Por. J. Fernández)



No. 16 — Nombre

Virtud 59

No. 17 — Charada

Si me remites la "todo"
de la función que arreglemos
junto a la "primera cuarta"
del huerto de tus hermanos,
no tan sólo una perdiz
sino una "prima" en un canasto
para "dos" y "tres" amigo
en el momento te mando.

No. 18 — Distraída

FINA

No. 19 — Jeroglífico
(Por. J. Fernández)



No. 20 — Oficio

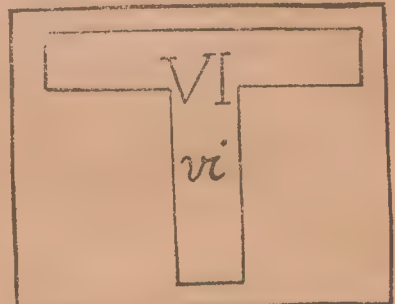
T

a p i o

No. 21 — Charada

"Prima dos", dame la "todo"
que he guardado en esa caja,
"tres dos tres cuatro, tres" modo
que no se caiga la tapa.

No. 22 — Jeroglífico



No. 23 — Vela

ANA
JULIO

PENSAMIENTOS

No existe un sólo hombre que no obre por la voluntad de una mujer fatalmente o sin saberlo. Casi todos los actos de los hombres políticos corresponden a las mujeres. — Girardin.

Los que buscan la felicidad, en el fausto y la disipación, se parecen a esas personas que prefieren la claridad de las bujías, a la luz esplendente del sol. — Napoleón I.

Si el llanto de los desleales pudiera fecundar la tierra, de cada gota nacería un cocodrilo. — Shakespeare.

La "superstición" degrada al hombre, el "fanatismo" lo encruelece y la "incredulidad" lo corrompe.

A la filosofía toca ser centinela de la moral para impedir que la frágil humanidad sea invadida o contaminada por tan horribles plagas. — Luz y Caballero.

Un padre es el único Dios sin ateos en la tierra. — Legouve.

Cuanto más se aprende a conocer al hombre, más se aprende a estimar al perro. — Toussenel.

SOLUCIONES DEL NUMERO ANTERIOR

No. 1 — Militar en retiro
No. 2 — Algarrobo
No. 3 — Florida
No. 4 — Aspaviento
No. 5 — La boca
No. 6 — Dependiente de comercio
No. 7 — Casino
No. 8 — Pica en historia
No. 9 — Entretenimiento
No. 10 — Sotabanco
No. 11 — Por mayor y menor.

TEATROS

PRESENTACION DE UNA COMPAÑIA EN EL MAIPO

Después de haber sido ocupado largamente el escenario del Maipo por una compañía de revistas que comenzó su temporada con ciertos alardes de buen gusto, por lo menos en su parte decorativa y que fué declinando paulatinamente en todos sus valores hasta convertirse en un pobre espectáculo sin interés, ha vuelto esta sala a ofrecer un conjunto dirigido por una actriz de mérito, rescatando para el sainete un tablado que detentaba el bataclán.

Bajo la dirección artística del reputado Arturo Mario, se presentó un elenco encabezado por Esther Buschiazzo y del que forman parte artistas tan conocidos como Emma Martínez, Margot Arellano, Pablo Acchiardi, Mangiante, Yacucci y otros.

Sirvieron para el debuto de esta compañía la pieza de Julio F. Escobar, "Aves de rapiña" y otra de Carlos R. de Paoli titulada "El corazón en la mano".

Ha conservado Escobar en "Aves de rapiña" su manera característica que consiste en tomar de la realidad varios tipos inverosímiles, exagerados aun con rasgos caricaturescos, manejarlos a su antojo y poner en sus labios frases efectistas unas veces y cáusticas otras pero siempre con cierta superficialidad de estilo periodístico, como de hombre que no tiene mucho tiempo para pensar las cosas. Es innegable la destreza de este autor para armar el tinglado de un sainete con pretensiones de comedia y su facilidad para abrochar diálogos de eficacia cómica por sus sátiras contra conceptos e instituciones transcendentales, pero todo ello no puede llegar a constituir una labor ponderable mientras cultiva el vuelapluma en la forma en que lo viene haciendo. Un mayor estudio de los asuntos, más detenido análisis de los personajes y mayor enjundia en el diálogo, permitirían a Escobar ganar en calidad todo lo que en cantidad se excede.

En cuanto a "El corazón en la mano" que su autor confiesa honestamente inspirada en un cuento de Sudermann, se trata de un buen propósito que no ha sido totalmente conseguido, si bien la obra se sale de los caminos trillados y trata de remontarse por ciertas zonas de aire puro, que se vienen considerando como poco accesibles por una gran mayoría de nuestros autores.

Todos los actores, se desempeñaron muy bien.

LOS CICARELLI EN EL NUEVO

Con buen éxito inicial de público se presentó en el Nuevo una compañía nacional de sainetes y comedias constituída por estimables elementos de nuestra escena, bajo la dirección de los hermanos Carlos y José Cicarelli.

Dos estrenos se ofrecieron en el debuto: "N. N. homicida" de Samuel Eichelbaum y "Un auxilio en la 34" de E. González Tuñón y Nicolás Olivari, anverso y reverso de una medalla que sería el cartel de este teatro.

Obra estudiada a conciencia y escrita con inspiración y estilo "N. N. homicida" constituye un estimable acierto de Eichelbaum que incorpora al paupérrimo repertorio nacional una pieza de inquietudes mentales que con poca frecuencia puede registrar la crónica.

Se analiza en esta pieza el problema psicólogo que plantea a un homcida la perpetración de su crimen y las proyecciones que este hecho tendrá fatalmente sobre su vida futura, pero no ya por la sanción social que constituiría un motivo subalterno como tema de la pieza, sino por la propia conciencia persistente de todas las horas. Hay que advertir que no es la sensiblera superstición del terror la que preocupa el protagonista con sus alucinaciones espeluznantes y sus miedos instintivos; es, por lo contrario, la forma más superior y noble de la conciencia humana representada por la serena reflexión y el juicio imparcial de los propios actos. La acción está llevada con interés hasta el lógico final, sagazmente sugerido.

"Un auxilio en la 34" no merece la pena del comentario. Se ve por esta obra que la nueva sensibilidad mantiene el mismo concepto desastrozo del sainete que la sensibilidad que hasta ahora veníamos usando.

Los hermanos Cicarelli, Francisco García Carabá y los demás elementos de la compañía actuaron con encomiable eficacia.

OTRO ESTRENO EN EL MAYO

"El niño desconocido", pieza cómica de Joaquín Abate y José de Lucio, hecha conocer a nuestro público por el conjunto español que dirigen Juarez y Sanjuan en el Mayo, es un juguete cómico o cosa muy parecida, que no significa por cierto ningún valor nuevo para el teatro. Se desenvuelve la acción en torno de un asunto de escasa monta, que no da en realidad para más de un acto o, si se quiere para trés cuadros solamente. En un matrimonio se produce una incidencia, por culpa del marido que es infiel a su compañera. La intervención de un pariente quiere solucionar la cuestión, pero el personaje, como muchos de otras comedias, no hace sino intrincar más el lío, haciendo derivar la falta en la esposa, que no la cometió. Como suecede siempre en esta clase de piezas, se aclara todo al final y termina la comedia apaciblemente, quedando conformes los cónyuges... y el público, que ha pasado un rato más o menos divertido.

"El niño desconocido" aumenta su interés en el segundo acto, el mejor de los tres y decae en el último. Tanto Sanjuán como Juárez, a cargo de dos tipos apropiados para sus aptitudes artísticas, se desempeñaron eficazmente y a su lado los demás intérpretes demostraron haber estudiado bien sus respectivos papeles.

LOS VODEVILLES DEL DEBUT

Con una tradución y adaptación de la pieza de Monezi - Eon y Mirande, " Le chausseur de chez Maxims", realizada con el título de "El portero del cabaret" y el estreno de la pieza "Se vende un marido", que firma un señor Armando Duval (seudónimo), se llevó a efecto en la Opera la presentación de una nueva compañía nacional en la que actúan, entre otros elementos conocidos, la Sra. Pepita Muñoz y el actor Pepe Arias.

Si bien el público acogió ambas obras con aplauso, cabe observar en la pieza original suscrita por Duval, que en ella se echa mano de toda suerte de recursos para obtener efectos hilarantes, no habiéndose cuidado el diálogo, el cual carece de espiritualidad. En cuanto a la versión del vodevil francés, los acreditados autores demuestran una vez más su habilidad para urdir intrigas y desarrollar el asunto en forma muy teatral y eficaz del punto de vista cómico.

La interpretación de las dos obras fué bastante discreta, gustando particularmente los actores que hemos citado, quienes se desenvolvieron con su habitual naturalidad, trasmitiendo interés a las escenas más importantes.

PARA HOY

Ha fijado para hoy su función de beneficio la eminente actriz Blanca Podestá que estrenará en el Smart una versión castellana de la obra de Félix Gandera "Le due signore della signora". Será una velada interesante.

PARRA ESTRENO

Con el kilométrico título de "El más grande vagabundo puede ser dueño del mundo", renovó su cartel la compañía del Argentino. La pieza, original de Ricardo Hicken, fué aplaudida y en ella se destacó la labor del capocómico.

BATACLAN EN LA COMEDIA

Como anunciamos, con "Tres chicas desnudas", adaptación de una opereta francesa que conocimos a principios de temporada en el Nuevo, y el estreno de "Aquí estoy porque he venido", revista de Pelay y Amadori, debutó en la Comedia la compañía bataclánica que dirigen los citados autores. Esta última, compuesta de doce cuadros, dejó una impresión bastante buena en el público, que llenaba la Sala y que salió satisfecho del espectáculo, sino nuevo del todo, porque en la obra se intercalan algunas escenas pertenecientes a otras revistas de los mismos autores, por lo menos bien combinado. Manola Fernández reedita en un cuadro su imitación de la popular "vedette" Carmen Lamas y hay que reconocer que lo hace con gracia.

Interesaron las incidencias producidas en una jira por la propia compañía en el interior, que se traen a colación en el curso de la revista, a veces con gracia e ingenio.

MARCONI

Con mucho público trabaja la Ferrandiz. Este conjunto que viene reprisando tanta obra interesante, prepara varios estrenos, entre ellos, "Comedia sin título", de A. Cabanellas; "La venus moderna", de L. R. Acasuso y "Sol de brujas", de Luis Góngora.

LA NOVEDAD DEL ATENEO

Estrenó De Rosas la comedia satírica de Duhau, "Para el aperitivo de las ocho", que fué muy bien recibida. En otra edición le dedicaremos la crónica respectiva.

"PUEBLERINA"

Tal es el título de la nueva obra del Dr. Pico, recientemente estrenada en el Buenos Aires con aplauso, a la que aludiremos en nuetra próxima edición, no sin adelantar que es un trabajo interesante.

LOS ESPECTACULOS DEL AVENIDA

Le película española "Malvaloca", dada a conocer hace unos días en esta sala, es una nueva expresión del progreso de la industria cinematográfica en la Penísula, que ya con otras producciones como "El negro que tenía el alma blanca", acreditó la pericia de los directores españoles . En "Malvaloca", hay una corrida de toros donde intervienen Belmonte, Márquez y Lalanda y un cuadro andaluz muy bien realizado. Como fin de fiesta actúa en este teatro Teresita España, gentil cancionista que gusta mucho.

Para el 25, fecha definitiva, se anuncia la reaparición en este escenario de la compañía de comedia española que tiene por primerísima figura a la popular actriz Lola Membrives, quien estrenará varias obras extranjeras y nacionales de prestigiosos autores. En otra edición enumeraremos esas obras.

REPRISAN EN EL NACIONAL

La compañía que dirige Pascual Carcavallo ha debido de reprisar en estos días la pieza de Martínez Paiva titulada "A la rastra" que alcanzó buen número de representaciones durante la temporada de su estreno. También se pensaba reincorporar al cartel de este teatro, una producción de Vicente Martínez Cuitiño, igualmente muy festejada en representaciones ante riores y que se titula "La rosa de hierro".

Entre tanto se defiende bien, aunque sin entusiasmar, "San Juancito de Realicó" de Pico.

GRAND SPLENDID

En esta semana se pasarán en este regio salón que administra el Sr. Carbone, notables películas que congregarán sin duda numeroso público selecto, como de costumbre.

HINDU PALACE

La nueva sala de la calle Lavalle está exhibiendo la cinta "El nacimiento de una nación", notable trabajo del arte cinematográfico, llamado a mantenerse en el cartel.

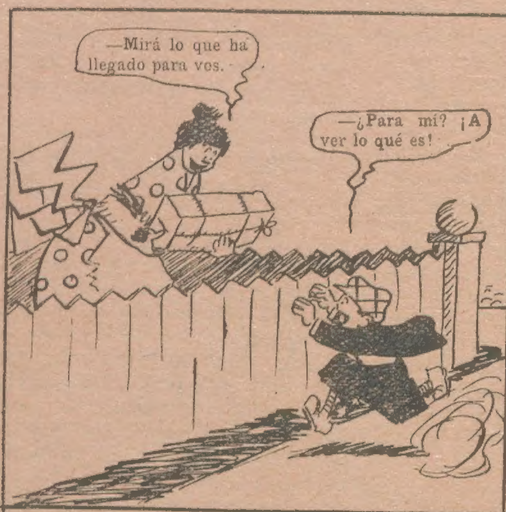
CAPITOL

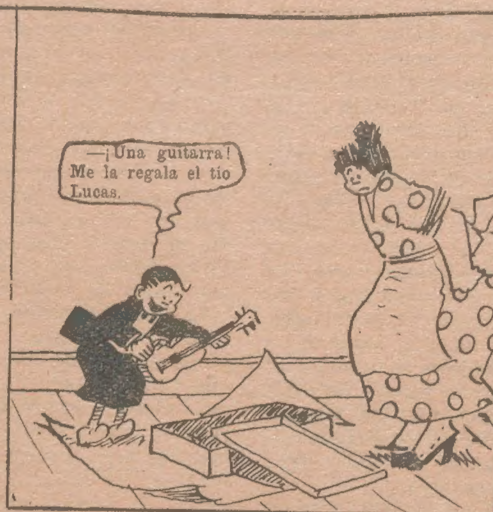
La bonita sala de la calle Santa Fe cuenta siempre con mucho público, que desfila atraído por la bondad de las películas que se pasan.

CINE PARC

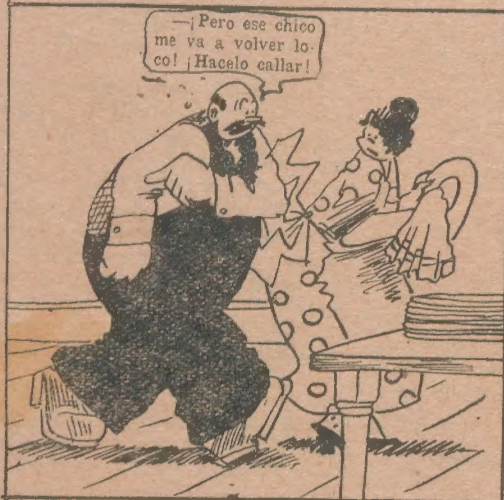
Nadie puede disputar a esta sala la preferencia en el barrio de Palermo. De ahí que las funciones se realicen ante numerosas familias de la vecindad que lo han erigido en su cine favorito.

AVENTURAS DE PIPIRI

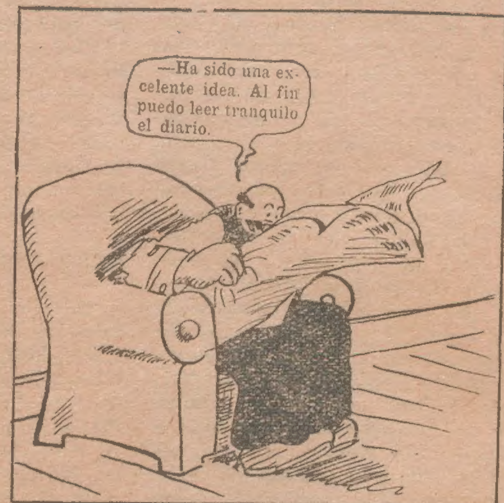


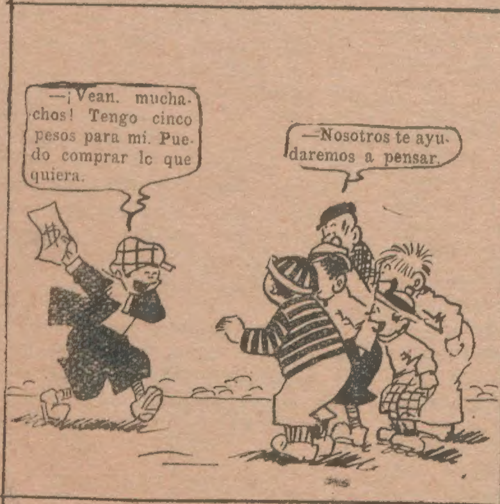


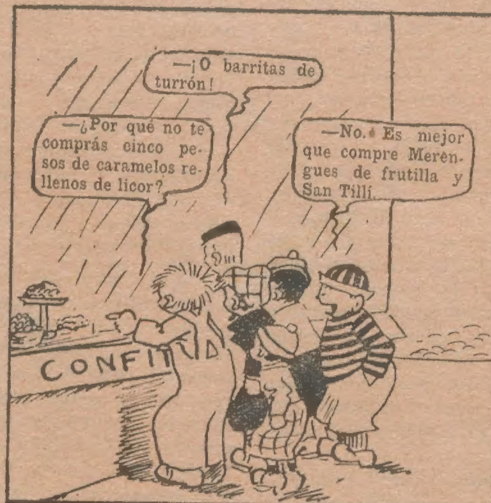






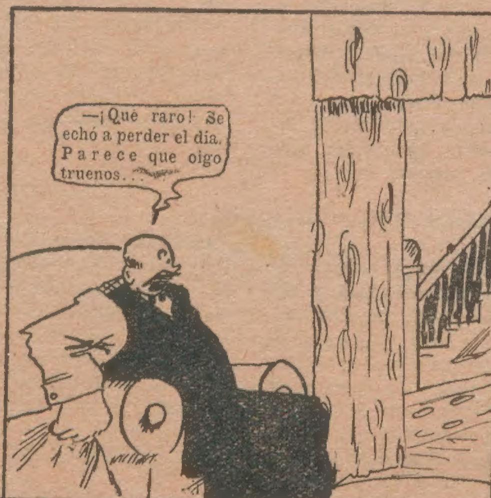


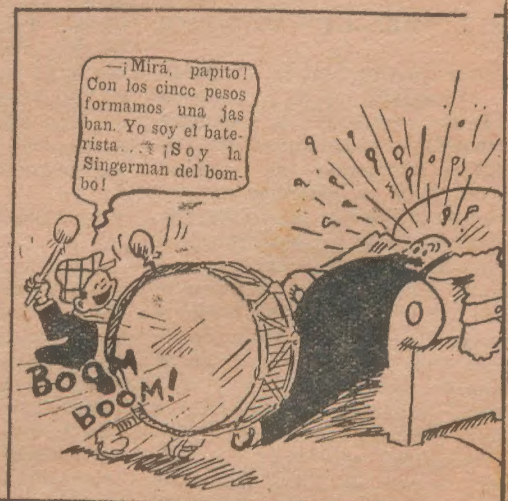








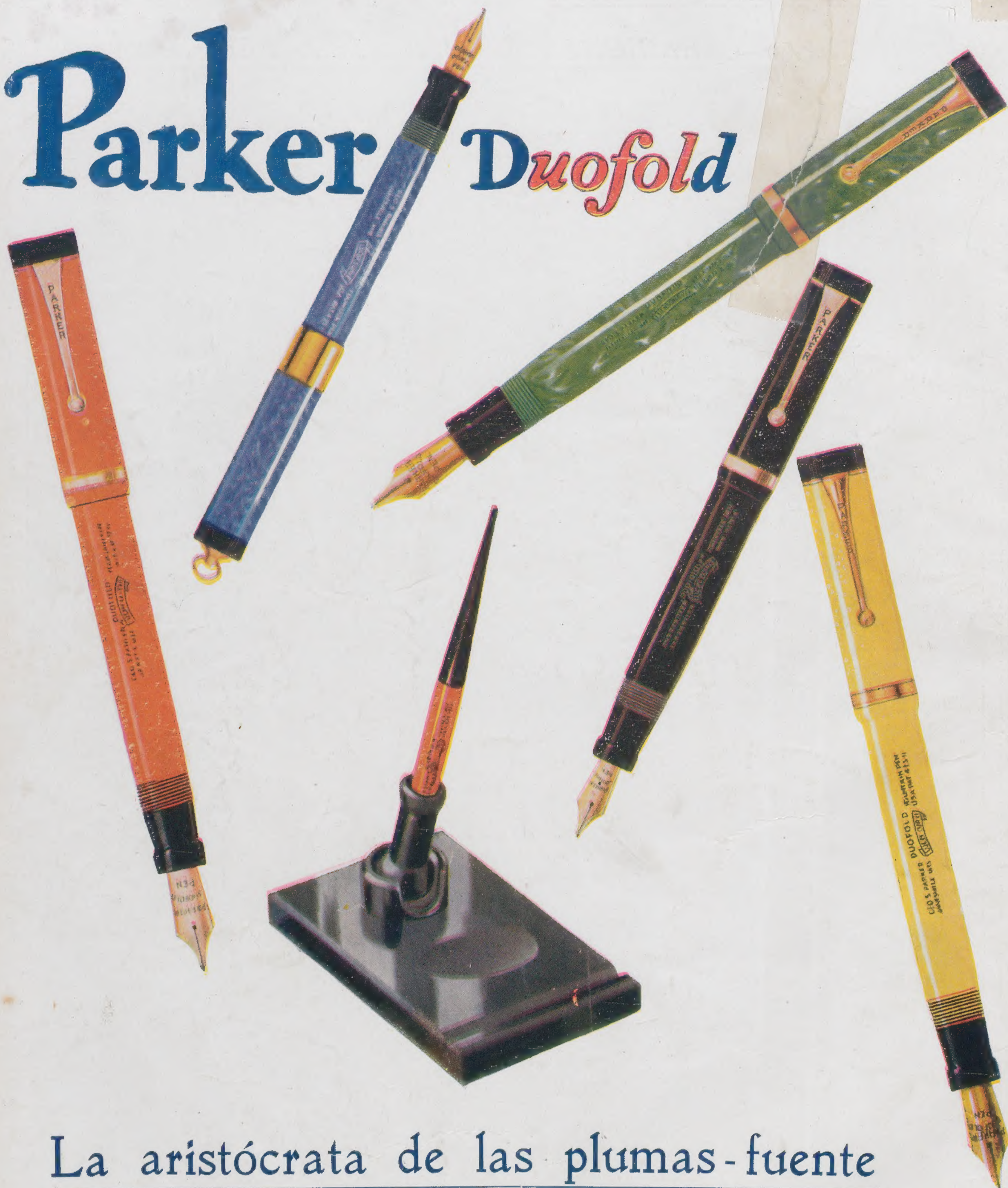




ULTIMAS CREACIONES DE LA MODA FEMENINA



1. Traje sencillo confeccionado en crespón de China color azul marino con guarnición de crespón de China azul claro. — 2. Modelo Martial y Armand. — Conjunto para tarde, compuesto de un traje de crespón Georgette color azul perlado y guarnecido con lentejuelas plata y un abrigo de raso azul, guarnecido con zorro gris y bordados y perlas plata. — 3. Modelo Martial y Armand. — Traje de tarde confeccionado en crespón de China color negro con chaleco y puños de crespón Georgette blanco, con franja blanca. El abrigo que acompaña a este traje está perlado en blanco y ejecutado en paño zibelina negro, forrado con kasha blanco. Lleva cuello y puños de piel de cabrito blanca y negra.



Tall. Gráf. A. García & Cía. Perú 1746.